



SEX SHOP

En busca del amor



Solange Freyre

A mis hijos, los grandes amores de mi vida.

A mis hermanos, los grandes pilares de mi vida.

A mis amigos/as, piedras angulares de mi vida.

A mi hombre, otro loco que cree en el amor.

Es importante exaltar la fantasía y el juego. Sólo eso nos mantendrá felices, y vivos.

Seguiré creyendo en el amor y la luz, aunque sea lo último que haga.

Cualquier parecido con la realidad, es pura coincidencia.

JUNIO. BUSCANDO A BRONTE

No sonó la alarma. Shit. Me planté el pantalón negro y la camiseta blanca, agarré el bolso y las llaves del coche. Me cercioré de que tenía el mando para abrir el negocio (esos segundos son cruciales) y eché a correr. Salí volando de casa como si me llevaran los demonios. Dejé a la vecina con el buen día en la boca. Tenía esa sensación de que me había dejado la tienda abierta la noche anterior y había ocurrido una hecatombe. Me imaginé a la muñeca descuartizada, su honor mancillado, la ropa hecha trizas. Los juguetes esparcidos por doquier; muchos de ellos ausentes en las estanterías. Todo lleno de huecos; había demasiados huecos.

Después de trabajar un año en la tienda desarrollé una obsesión (¿sólo una?): soy capaz de detectar un hueco en la estantería por más pequeño que sea. Puedo detectar la más mínima etiqueta torcida y hasta las motas de polvo que se han posado después de sólo tres minutos de haber pasado el trapo. Pero esta vez los huecos eran evidentes. Los juguetes más caros faltaban. Otros se lamentaban en el suelo. Las muñecas gemían de dolor. El mundo de fantasía y glamour que con esfuerzo creamos día a día, había desaparecido. Eso parecía más bien un colorido vertedero.

La fantasía y el glamour se podía leer sólo en restos de purpurina, y una pestaña postiza de plumas color fucsia tirada en el suelo. ¡Menuda tragedia! Pero quien más me preocupaba era Bronte. Él y yo teníamos una relación especial. ¿Y si se lo habían llevado?... Ese hueco era difícil de llenar. Tenía un sitio especial en las estanterías, y tenía hasta expositor. La gente podía apreciar su forma, textura, color, y sus movimientos. Quien lo veía y, más aún, quien lo tocaba, se lo llevaba sin dudar. Bronte ejercía sobre el cliente una especie de conjuro. Y sobre mí también. Bronte en su expositor estaba siempre allí. Posada a su lado, la caja que contenía su réplica exacta. Cientos de hermanos gemelos esparcidos por la ciudad, y el mundo. Convengamos que esta ciudad está llena de turistas. Pero... Si se hubiesen llevado al de exposición, al original, mi mundo estaría devastado.

Corrí hacia el coche y mientras abría la reja exterior le di al mando, como si pudiera estar en dos sitios al mismo tiempo. El coche se abrió pero yo aún debía abrir la reja, salir, cerrar la reja. Mentalmente cuando haces varias cosas a la vez parece que ganas tiempo, pero es mentira. Tiré el bolso en el asiento del copiloto. No llevaba mi bolsa extra con alimentos. Siempre llevo comida a la tienda, pero no me dio tiempo. Tampoco llevaba mi botella de agua. Eso era una tragedia. Tendría que apañarme toda la jornada corriendo escaleras arriba al almacén y bebiendo del grifo. Arranqué volando, haciendo ruido como si llevara un Lamborghini. Mi austero Sandero no se ofende con las comparaciones. Es un fierro. Si hubiese sido la escena de un cómic, habría dejado una estela de humo detrás y habría hecho una grieta en el pavimento. La vecina habría derramado su café, y se hubiese puesto pálida del susto, dejando para siempre su esencia mulata.

Fueron siete minutos eternos de carretera a toda velocidad, saltando en los badenes como una pelota de baloncesto, sujetando el bolso en las curvas y contracurvas (demasiadas rotondas), pero con tiempo suficiente como para darle al botón de la radio y cantar un tema de Abba justo cuando estaba por terminar. No puedo resistirme a un “Waterloo”. A continuación, el locutor

siguió hablando en inglés a toda velocidad. Hasta me dio tiempo a escuchar el chiste malo del día: “¿Qué obtienes si cruzas un limón y un gato?... A sour puss”. No lo entendí. Tendré que googlearlo.

Ni siquiera el follón en mi cabeza contribuyó a que los siete minutos se pasen más rápido. Y encima, cómo no, me tocó el coche-abuela delante. Ese que va lento, lento, como si existiera todo el tiempo en el mundo, como si la película fuera a cámara lenta, como si el planeta dejara de girar. Ese conductor o conductora excesivamente precavido, que mira a derecha, izquierda, frente, detrás, arriba, abajo, derecha, izquierda, antes de hacer cualquier maniobra, justo ése. Digo cientos de improperios en argentino básico. “Laconchadelaloraylareputísimamadrequeloremilparió.

“¡Dale mi amor, que no tengo todo el día!” No soy un lindo Ser Humano cuando conduzco. No estoy orgullosa de ello. Soy un monstruo, soltando veneno por la boca. Cero glamour, cero feminidad, cero deidad. Me transformo en un barra brava de Boca Juniors, pero sin panza, y sin el bombo.

Rápidamente recapacité, y me dije: “Eso me pasa por salir tarde, con la hora pegada”. Cuanto más prisa tienes, más lento irá el coche de delante. Es la Ley de Murphy. Este tipo, si es que existió, la tenía clara.

Entré en el parking del Centro Comercial como por un tubo. Ni reduje velocidad -cualquier día me la pego contra el muro o la primera columna-. Seguí conduciendo y moviendo la cintura cual joystick humano, como si el coche me siguiera el movimiento. Puse las luces y subí las ventanillas al mismo tiempo. Con un tercer dedo, apagué la radio que ya era sólo un zumbido. Justo empezaba una de Tina Turner. Shit.

Avancé en el parking a 40 km/h, debería ir a 20. Salté los badenes, y con una maniobra final de campeona de fórmula uno, me clavé en I14. Nota mental: “Recuerda: amarillo I-14”. Salí y mientras me encaramaba hacia las escaleras mecánicas, cerré el coche con el mando. Corrí escaleras arriba saltando escalones de a dos. Si la escalera mecánica se parara de repente, me la pego. Vislumbré la puerta de la tienda: estaba cerrada. ¡Bendito sea Dios! Le di al mando para abrir y atravesé la puerta. Todo estaba en orden. Aparentemente.

Corrí a la estantería de Bronte. Allí estaba. ¡Gracias Dios mío! (Es increíble lo católica que puedo ser a veces). Fue una pesadilla. Todo estaba bien. Respiré... Respiré... Resoplé y respiré. Luego me acordé que no sonó la alarma y me volví a agitar.

Cerré la puerta y me dispuse a hacer todo lo necesario para abrir el negocio. Ya tendría tiempo luego para hablar con Bronte. Iba mal de tiempo: no sonó la alarma.

Tiré el bolso sobre el mostrador mientras subí los plomos y fui encendiendo las luces, ordenador, detector de billetes falsos e impresora. Corrí escaleras arriba, llené el cubo de agua. Puse el desinfectante. Bajé corriendo pero atenta a mis pasos. (Esto es vital. Un traspies puede derivar en tragedia: una pierna rota, el cubo de agua derramado sobre las docenas de productos que viven debajo de la escalera, una pérdida de tiempo crucial. Abrir la tienda tarde equivale a penalización, regañina, caos. Lo de menos sería la pierna rota. O quedar desnucada. -De repente me vi como Meryl Streep en “La muerte le sienta bien” cuando se cae por las escaleras y de un

crujido se arregla entera. A mí ni tres años de osteópata me arreglarían.-)

Llegué abajo, respiré, resoplé, respiré. Encendí la cortina de aire y fregué con frenesí desde la puerta hasta el final de la tienda, pasando por todos los recovecos. Moví el expositor de huevos, asegurándome de que no quedara ni una sola pelusa detrás, ni una sola. Seguí con buen ritmo fregando y fregando, con movimientos coreografiados. Siempre flexiono las piernas y soy consciente de mi faja abdominal cuando friego. Que diez mil ochocientas horas de Gimnasia Hipopresiva sirvan para algo. Repasé alguna mancha rebelde. Retiré algún cabello largo. Maté alguna hormiga. Saludé a Bronte al pasar por su estantería. Seguí fregando, ya que no podía detenerme en ese momento. Pasé por las muñecas, se las veía bien. Los juguetes estaban colocados; ningún hueco dañaba mi vista, aún, haciendo el primer repaso superficial.

Quedaba sólo el último rincón. Desenchufé la aspiradora y la metí en el hueco de la escalera para limpiarla luego. Terminé la zona de caja. Coloqué cuidadosamente dos trocitos de papel de cocina en el suelo para pisar y no manchar, y acabé de fregar el último centímetro cuadrado. Abrí el programa. Pinché mi usuario. Conté monedas a toda velocidad. Conté billetes. Es correcto. Abrí la caja. Ahí me percaté de que no eran las 9:59 sino las 8:59, y que todo el corre-corre había sido en vano porque he visto mal la hora, y aún es pronto para abrir. Mátame camión.

Resoplé. “La concha de la lora y la reputisima madre que lo remil parió”. Resoplé. Gruñí. Ya por fin respiré. Suspiré. Bajé los hombros, que los llevaba pegados a las orejas.

Subí lentamente la escalera con el cubo de agua. Tiré el agua sucia por el WC. Ya que estaba, hice pis. Apreté el botón y me lavé las manos. Bajé las escaleras. Subí otra vez, esta vez con el bolso, y me pinté los labios de rojo. Bajé de nuevo. Y ya por fin, me fui a ver a Bronte. Uf.

Le saludé. Le conté la mañanita que llevo que recién ha empezado. Le pedí que me espere un poco y me fui a buscar un café. La cafetería más cercana abre a las diez. Me tocó caminar por un desértico centro comercial, pasando macetas gigantes, ropa chula, gafas, joyas, bolsos, ropa cara, y fuentes desperezándose. Diez minutos más tarde y con dos euros menos, ya tenía mi café con leche vegetal sin azúcar. Di un sorbo y sentí cómo entraba la cafeína en mis venas. Ahhhh. Ya con café, todo se vería mejor.

Regresé a la tienda. Qué silencioso estaba todo. La chica del escaparate me guiñó el ojo. Su honor no había sido mancillado y eso me alivió. La otra muchacha, Anastasia, bautizada así por un nórdico que cierta vez pasó por el local, me tiró un beso. En cierta manera me agradecen que las ponga lindas, que las cuide. Que si se les despegla la pestaña o se les cae una uña brilli-brilli, se las ponga en su sitio. Que si la braguita se les mueve a un lado, se las re-coloque para proteger su intimidad. Son agradecidas las chicas. Y qué bellas, oye: piernas de dos metros, largas y esbeltas. Éstas no tienen problemas posturales como los maniqués de otras tiendas. No sé por qué esta moda absurda de poner maniqués encorvados, desgarbados... Dan mal ejemplo. Lo único que les puedo criticar a las muñecas de la tienda, es que siempre van sumisas, mirando para abajo; no se comen el mundo. Aunque lleven lencería y zapatos de tacón, van como pidiendo perdón. Al final de cuentas, también dan mal ejemplo.

Bueno, llegué con mi café y Bronte me esperaba. Lo toqué, acaricié su cuerpo suave. Presioné el

botón de encendido y comenzó con sus movimientos ondulantes, rotativos y vigorosos. De no ser por su potente ventosa, iría por toda la tienda andando como pollo sin cabeza. Bueno, gracias a su ventosa y al hilo de metal que lo amarra al expositor. Es importante que nadie se robe a Bronte. Ni a Bronte ni a Sam. Ni a Steven, ni Saul ni a Zane. Los Stev, Solomon y Edward son más baratos. Pero igual llevan alarma. Ni hablar si se llevan un Lelo o Womanizer: arde Troya.

Bronte es un dildo realista de 8", unos 20 cm contando con sus potentes testículos. Tiene una función de vibración y otra de rotación, que hace felices a miles y miles de humanos en el mundo. Es el rey de las fantasías de mujeres y hombres, y supongo que de todos los demás también. Bronte ha sido testigo de mis penas, mis lágrimas, mi desazón, mis largas horas de pasar el trapo. Bronte ha sido capaz de arrancarme una sonrisa en varias ocasiones.

Una vez estaba yo testando a uno de sus hermanos gemelos, -imagínate un dildo rotando encima del mostrador-, cuando entra una señora septuagenaria despistada preguntando por bañadores. Su cara era un poema. Otra vez, un cliente gracioso colocó a Bronte en la pared del expositor apuntando hacia afuera. Al ir a explicarle los masturbadores que viven justo debajo de Bronte, me lo encuentro con el glande apuntándome a la frente. Así y todo expliqué los productos con seriedad y profesionalidad, aún sintiendo la cabeza de Bronte a un palmo de mi cara. Así, un sinfín de historias compartimos Bronte y yo. La verdad es que siempre me hace el día más ameno.

Sí; trabajo en el negocio del sexo.

Yo, que tengo un título universitario de economía, que he sido profesora de inglés, que he protagonizado musicales, que he sido viral en Youtube, que he perseguido sueños con la fuerza de un titán, que he tenido mellizos, que me he reconstruido a mí misma al menos tres veces, que me han reconstruido la pared abdominal, que he creado un sinfín de espectáculos, y textos, y canciones, que he dado miles de horas de clase, que pasé una pandemia igual que tú, que he empezado de cero no sé cuántas veces... Yo, que sigo creyendo en los sueños y en el amor... Yo, ahora, trabajo en un sex shop.

Pero, en realidad, más allá de lo pintoresco o morboso que pueda resultar, da igual. Ya que, en definitiva, tan sólo soy una chica, en busca del amor.

EL QUE BUSCA, ENCUENTRA

En busca del amor romántico, el amor de pareja, en esas estoy. Sigo creyendo. Por eso, tan sólo soy una chica, en una ciudad, en busca de amor. Como tú, como vos, como él, como ella, como elle (?) Digo “chica”, aunque voy a cumplir 50 este año pero no me importa. Digo “chica” igual. ¡Qué carajos!, como diría mi sobrino. Sigo siendo una chica en busca del amor, como Julia Roberts en Notting Hill (con bastante menos pasta, eso sí). Porque en realidad, no voy buscando un Bronte, sino un amor.

Los días transcurren como fotocopados. Puede ser de mañana o de tarde, pero el bucle es insalvable. Hay historias graciosas, momentos creativos, y no menos coloridos. Pero en general, todo es muy repetitivo. Es difícil para mí encontrar el sentido.

Lo que describí en el primer capítulo, pero sin la pesadilla, se repite una y otra vez. Ponte el uniforme, vuela con el coche, abre, atiende, limpia, atiende, limpia, limpia, limpia lo limpio, atiende, limpia, repone, limpia, vuela con el coche, come, recicla. Y si toca por la tarde, ponte el uniforme, vuela, cambia turno, atiende, limpia, atiende, limpia, limpia, limpia lo limpio, atiende, repone, cierra. Siéntate un poquito cuando puedas. Ve al baño cuando puedas. Come a escondidas y rogando que no te pillen con la boca llena. Ya sería el colmo, como una vez me pasó, que me pillaron con media banana en la boca y un dildo en la mano.

No me puedo quejar; he tenido novios, amantes, flirteos, un marido (ahora ex-marido), un prometido (ahora ex-prometido) y algunas cosas entre medias. Hasta el divorcio, digamos, fue más bien un conocerme a mí misma y mucha prueba y error. Es increíble cómo décadas de mandatos y paradigmas, pueden sumirnos en la más absoluta infelicidad, ceguera, y despojarnos del sentido vital. Por eso siempre hay que buscar; si te sientes mal, hay que seguir buscando.

Yo, desde que tengo uso de razón, he sido una buscadora: un trabajo más satisfactorio; un reto más difícil. Un lugar en el mundo, que no sé aún cuál es, pero donde reina la belleza y donde me puedo desarrollar como Ser Humano y artista. Un compañero vital que sea mi amigo, mi amante, mi sostén, mi lugarcito donde descansar un rato. Alguien con quien nos entendamos mutuamente y nos riamos a carcajadas.

Echando la vista atrás, me inicié en los asuntos del amor, algo tarde. Sobre todo si lo comparo con la edad promedio en que se inician los chicos, chicas y chiques (¿?) hoy en día. (Esta última palabra no existe; creo que tengo que darle al botoncito de “aprender palabra”). De hecho, no sé si necesariamente esto es algo positivo. Muchos adolescentes se inician en el sexo solo por presión, por la presión social. Se encuentran haciendo una felación (no la llaman así sino “mamada”), porque “hay que hacerla”, no porque les apetezca. Me parece triste. Y ni hablar del uso y abuso de juguetes sexuales. Desde jovencitas las chicas utilizan vibradores y “succionadores”, saturando tanto al pobre clítoris, que al cabo de los años, necesitan una trepanadora para sentir algo.

En la tienda hay un vibrador, masajeador, llamado vulgarmente “micrófono” por su forma y

tamaño, que hace los delirios de muchas mujeres y hombres por sus 7200 rpm. Es una brutalidad. Genial para un masaje muscular después de entrenar o si te duele la espalda. Vamos, es lo que yo le recomendaría a un futbolista después de un partido. Pero, ¿para un pobre clítoris? Me lo imagino gritando y retorciéndose de dolor. Perdón por el juicio de valor; cada uno busca lo que necesita. Pero es triste cuando una chica de no más de veinte años, te confiesa en la tienda, que no puede tener sexo con su pareja sin el Satisfyer. O cuando los hombres, se quedan mirando el “micrófono”, y luego de hacer el típico chiste del karaoke, dicen con desazón: “Con eso no podemos competir”. ¡Me da una pena! Me dan ganas de abrazarlos y decirles: “No querido, no hay como un hombre, que te abrace, que te diga que eres hermosa, y que te haga el amor”. Pero bueno, tampoco es cuestión de ir abrazando desconocidos, y menos en un sex shop. Me contengo, esbozo una sonrisa falsa, y sigo con mis quehaceres.

Volviendo a mi retrospectiva, en mi casa, de sexo casi no se hablaba. Lo poco que se sugería, era sinónimo de pecado, malo, peligro de embarazo, miedo al falo, horror. No sé ni cómo salí medio normal. No es que culpe a mis progenitores por eso; cada uno actúa según fue criado, y con su marco de creencias y experiencias. Un padre de principios del siglo veinte, y una madre de padre libanés, es lo que tiene. La pobre mujer no aprendió a nadar porque su padre le prohibía mostrar las piernas. (Es triste que los humanos limitados por ciertas creencias absurdas arrojen todo ese peso en sus descendientes, cortándoles las alas, privándoles de por vida, por ejemplo, de un hermoso baño en el mar).

Por eso mi primer novio, a los dieciséis, me duró dos semanas y sólo nos besamos. Que por cierto, no me gustó nada; pensé que era como chupar un palo (esta expresión debería revisarse, ya que dependerá, sin duda, de qué esté hecho el palo). Él era mayor que yo, unos seis años mayor, y judío, y, su madre, con solo una semana de relación y un tímido beso, se oponía a nuestra relación -porque yo no soy judía-, y lo demostraba arañándole las manos -emoticono de ojos gigantes-. Me sentí bastante discriminada, la verdad, pero, con mis escasos pero sabios dieciséis, le dije que estábamos mejor como amigos, y cortamos la relación. Entre mis padres y su madre, la cosa no tenía pinta de que fuera a llegar lejos.

Luego pasé dos años sin nada en el horizonte (yo, de adolescente, era una obsesiva compulsiva de hacer cosas; tenía la agenda llena de ocho a veintidós horas, así que tampoco me importaba). En el viaje de egresados de la secundaria, con dieciocho años, tuve una sesión de besos con un chico mayor que yo. Pero a mí, me dio por la ternura, y creo que él esperaba otra cosa. Así que, eso fue todo.

Mi primer novio, novio, fue más o menos seis meses más tarde. Lo conocí al regresar de mi viaje-premio de fin de curso: un mes en Oxford estudiando inglés y un mes de recorrido por Europa. Con seis kilos más de peso a fuerza de chocolate Cadbury que llevaba a todas horas en el bolsillo -en Oxford en enero hace un frío que pela-, tenía que hacer deporte urgente: lo conocí jugando al pádel.

Tímidamente me invitó a salir, y cenamos una noche en algún restaurante de la bella Buenos Aires. No se animaba ni a agarrarme una mano, y yo le animé. No sé por qué desde siempre les doy un poquito de miedo a los hombres. Creo que parezco muy segura, y eso les hace sentirse muy inseguros. Me soltó varias frases estudiadas para impresionarme (pensé que eran de cosecha propia, pero luego me di cuenta de que eran prestadas) y empezamos a salir con regularidad. El

romance cobró forma. Cuadraba bastante bien en mi cabeza y en la de mis progenitores, salvo por el insalvable hecho de que no tenía título universitario, y esto lo llevaba el pobre hombre como un lastre. Parece que la enfermedad “titulitis” data de bastante tiempo atrás.

Íbamos súper despacio; con semejantes mandatos, no podía ser de otra manera. Tuve mis primeros orgasmos sin saber lo que eran, y sólo haciendo “petting”, nada de desnudeces ni penetraciones. Fui descubriendo el sexo despacio y a veces teniendo que pasar por indeseables interrogatorios por parte de la familia (no sé cómo no me rebelé), hasta que decidimos que era el momento de “ya tu sabes”. Así que nos fuimos de viaje (mentira de por medio) y lo intentamos, pero no pudimos. Creo que tantos mandatos y miedos habían construido una pared de hierro. Así que, el “ya tu sabes”, tuvo que esperar.

Perdí mi virginidad a los veintiún años -dice una amiga sexóloga que esto es un mito, físicamente hablando; es más bien, una construcción social-. No fue nada placentero. Más bien doloroso y con una tremenda presión en mi cabeza: “Tiene que funcionar”. Poco tiempo más tarde, cortamos la relación.

Me costó recuperarme. A esas edades -o mejor dicho, a esas edades en ese entonces, que parece que fue hace un siglo pero son sólo veintiocho años (emoticono de risa total)-, todo es un drama. Iba a los sitios donde solíamos tomar capuchino, a estudiar análisis matemático -recordamos aquí que estaba en la Universidad de Ciencias Económicas-. Sí; estaba totalmente fuera de lugar. Entre parejas besándose y viejos verdes, yo me empecinaba en hacer integrales y derivadas ahogándome en cafés y tónicas. Hasta que la luz era tan baja, que ya los números eran todos iguales, y tenía que abandonar mi absurda misión de autoengaño e intento de superación. Fin de la historia. Pero yo seguí buscando, sin buscar, pero abierta a las posibilidades de evolucionar en el asunto del amor.

Y por eso yo, incluso hoy, con casi cincuenta tacos, sigo buscando. Retroceder nunca, rendirse jamás.

Como Don Manolo.

Entra a la tienda una mañana un señor de por lo menos setenta años, vivaracho y simpático. Bajito, con boina y español. Lo aclaro porque ésta es una ciudad con infinidad de nacionalidades. Vaya uno a saber qué misterio une a toda Europa y medio mundo en tan pequeña ciudad costera.

Entra Manolo preguntándome si en la tienda damos además servicio de masaje, o si conocemos alguna masajista. Con masajista, estos amables señores, no se refieren a un quiropráctico. Sino a una mujer, que pueda devolverles la ilusión de ser tocados, incluso amados, o al menos, liberados de su apetito sexual. A veces pienso que debe ser difícil hacerse viejo. Perder el apetito sexual, o que tu compañero o compañera lo pierda; que nadie te desee, que nadie te toque. No sentirse amado, no sentirte hombre. No sentirte mujer. ¿En qué deviene uno cuando deja de tener un sexo? ¿En qué se transforma? ¿En cosa?... No lo sé. Quizás es sólo un miedo infundado. Somos personas y tenemos un espíritu, claro está -me tranquilizo a mí misma-. Pero, ¿si se pierde la electricidad, qué pasa?...

La cuestión es que Don Manolo empieza a contarme su vida. Que su abuelo emigró ta ta ta, que su padre luego regresó a España ta ra rí, que tiene primos en el continente americano por aquí,

que tiene los hijos esparcidos por allá. Manolo se afana por ser simpático; yo creo que me ve cara de masajista. Yo sigo con mi cara de vendedora profesional, mostrando interés, pero sin entrar en detalles. Hasta que al final, Manolo me comenta, que hace mucho que no tiene sexo, que su mujer no quiere, que él no desea buscar una “fulana” por aquí u otra por allá, que quién sabe las enfermedades que se puede pillar, que no sabe qué hacer, pero que él todavía, dos veces por día, al menos dos veces, la tiene dura. No sé si hacerle la venia o hacer cuerpo a tierra debajo del mostrador (momento “mátame camión”). Me cuenta algunas de sus proezas sexuales cuando aún con la mujer tenían chispa, y me pregunta qué hacer para devolverle las ganas a su mujer.

Yo con el afán de ayudar, le enseño las feromonas para hombre, las gotas afrodisíacas para mujer, los aceites perfumados, le digo que le compre flores y le diga cosas bonitas, que le escriba cartas, que la sorprenda. Él me dice, que ella no quiere nada, que no hay manera. Me da pena, la verdad, pero no hay nada que yo pueda hacer. No hay poción mágica que le pueda vender. Estoy por decirle que le compre un Satisfyer. (Si no sabes lo que es, no te preocupes, no eres marciana o marciano; yo no lo sabía hasta que hice la formación para trabajar en el sex shop -que por cierto, me costó más que la carrera de Economía-; es una especie de succionador para el clítoris. Sí, leíste bien. Aunque no succiona, pero bueno, es como se le llama habitualmente.)

Finalmente Manolo, con orgullo, me dice que tiene ochenta años, y ahí está, lleno de deseo y con ganas. Y luego me comenta, que su mujer tiene ochenta y cinco años, operada de cadera y con movilidad reducida. Y yo no puedo más que pensar “Déjala en paz, Manolo, y date con un canto en los dientes si le quedan ganas de jugar a la petanca”.

Al final, le vendo una vagina enlatada y un lubricante a base de agua. Espero, con este gesto de vendedora totalmente altruista y desinteresada, darle paz a Manolo, y a su señora.

Pero, volviendo a mí, yo sigo buscando el amor, porque creo en él. Creo en el amor. Si no crees en el amor, estás perdido/a/e. Pero voy a matizar. El amor es la fuerza que lo une todo, que te lleva, que te mueve, que crea. Es la fuerza creadora por excelencia. El amor es todo. Pero, yo ahora voy a referirme al amor mujer-hombre/hombre-mujer. Me referiré a lo que sé y siento. Lo siento chicos: seré absolutamente binaria. Creo en el amor de una mujer y un hombre. Creo en un amor cómplice, conectado. Creo que es posible. ¿Me han vendido el cuento de la princesa y el príncipe? ¿Demasiado Disney de pequeña? No lo recuerdo. Puede ser. Me da igual. Compro.

Fui mujer-trapo de piso; fui mujer-caballero armado. Fui mujer-niña. Fui mujer-madre. Ahora quiero ser sólo mujer. Y para eso, o estoy sola, o estoy con un hombre. Que sea hombre; no un niño, ni un adolescente. Ni un viejo; ni un padre. Sino, un hombre. Lo quiero con un pene y dos testículos, si puede ser. Con testosterona. Con hombros anchos y pecho ancho, donde poder descansar un ratito. Lo quiero falible, con defectos. Humano. Que me ame y me respete. Que quiera hacerme el amor. Lo quiero con testosterona, repito. Al menos con más testosterona que yo. Manos grandes, de ser posible, no manos de niño. Si es calvo, no importa. Encuentro algo sexy en los pelados. Y ya, puestos a pedir, sin barriga. ¡Qué cojones! (Perdón por el impropio). ¡Sin barriga! Las mujeres tienen derecho a estar embarazadas; los hombres no. El embarazo de azúcar no lo compro. Sorry. (Un hombre una vez me dijo que un hombre sin barriga, seguro es gay. ¿Adivinen qué? El susodicho llevaba con cierto orgullo un embarazo gemelar -de eso sé bastante-. Sólo que el suyo era perenne).

Por eso busco, sin buscar. No es que esté buscando hombres. Es que mi corazón sigue creyendo que existe alguien, ese alguien que yo quiero. Creo en el amor romántico, y sí, mantengo la inocencia. Eso me mantiene siendo una chica; el seguir creyendo.

Como casi no salgo después del trabajo, me apunté en el Tinder. Es raro para mí esta manera de ligar. Antes conocías a las personas en el gym, en una fiesta, en la clase de inglés, o un partido de pádel. En un trabajo, o el amigo del amigo de un amigo, ... O en un viaje. Ahí, en carne y hueso, te das cuenta de si hay chispa o no. A veces no es la chispa; a veces - me ha pasado-, es la mente. A tu mente le cuadran las características aparentes del otro, y compra. Pero me fue peor cuando sucedió así. Siempre me fue mejor cuando hubo chispa.

El gimnasio ha sido proveedor de amigos, amantes y novios. ¿Debería volver al gym? ¡El ejercicio es salud! Pero ahora no tengo mucho tiempo -menuda excusa-. No tengo mucho tiempo porque soy pluriempleada.

JULIO. ESTOY CANSADA.

Soy pluriempleada. Está bien tener los huevos en distintas canastas, pero es que yo tengo un huevo por canasta y un huevo de canastas, es decir un montón. Un poquito por aquí, otro poquito por allá. Encima el verano es duro en la tienda. El centro comercial no cierra nunca, es una feria siempre abierta, y los turnos son criminales. A mi pobre compañera/ayudante de dependienta/encargada, le hierva la cabeza intentando cuadrar los horarios. ¡Parece que está por lanzar un cohete de la NASA! Hemos hecho diez días sin librar, y a veces, doble turno. ¡Y se cierra a las once de la noche! ¡Quién en su sano juicio está comprando dildos a las once de la noche! ¡Chicos! ¡Vayan a dormir, o a bailar! O si no quieren dormir, o bailar... ¿Es que no se acordaron antes de que necesitaban un dildo o un lubricante?...

Hablando de canastas y huevos, pero sobre todo de huevos, me veo a mí misma repitiendo el versito de los huevos al menos unas diez veces al día, en español y en inglés. “¿Conoces los huevos?... Son masturbadores para hombre. Mira, te enseño. Son así, súper flexibles -estiro el huevo-, tienen distintas texturas por dentro -le doy la vuelta con habilidad-. Se pone aquí el lubricante y se juega así -gesto de masturbación con dos dedos metidos en el huevo-; según el dibujo que lleva la cáscara por fuera es el dibujo que llevan por dentro”. Algunos clientes me miran atónitos; otros, avergonzados. Pero la mayoría, se compra un huevo.

Me duele tanto el cuerpo que cuando me preguntan qué crema corporal uso, mi respuesta es Radio Salil (Rati Salil si estás en Argentina). Triste, pero cierto. No quiero repetirme mucho lo de “estoy cansada” porque acabo creyéndomelo. Le estoy poniendo onda y hoy hasta voy a salir. Después del trabajo quedé con un chico. Lo conocí por Tinder. Llevo dos meses nomás metida en el Tinder, pero es la primera vez que quedo. Básicamente, porque estoy cansada. Uf, ya lo dije otra vez.

Trabajo en la tienda, tengo un pisito enano en alquiler temporario, y doy clases de canto online. De vez en cuando imparto un taller de hipopresivos (sigo en mi cruzada de que la gente deje de hacer abominables abdominales y que las mujeres dejen de normalizar las pérdidas de orina; soy como el Braveheart del suelo pélvico). Por eso, lo dicho: soy pluriempleada. Y a veces, hago algún show como cantante... Cuando me acuerdo de que, en realidad, soy cantante.

Fui a trabajar, como todos los días, o casi. Vestida de tablero de ajedrez, y con las ojeras de marco, que ni con el corrector de Mercadona las disimulo. Los morros rojos, eso sí: allá que voy en mi Súper Sandero, casi trescientos mil kilómetros lleva ya mi bestia motorizada; vuela, salta badenes, un golpe de muñeca al entrar al parking, y llego al trabajo. ¿Cuántas veces repetiré hoy el versito de los huevos? ... Hago una apuesta conmigo misma. Si gano, me regalo una sesión con el osteópata.

Aquí estoy otra vez: hilo musical, trapito en mano, mucho desinfectante y abro el Trello - aplicación que puedes compartir con muchas personas para poner tareas en común y/o proyectos-, para tiquear, destiquear y volver a tiquear las mismas tareas, en un bucle sin final-.

Todo está en orden, colocado en perfecta simetría sobre las estanterías y las chicas con sus conjuntitos sexis y mirada esquiva. Bronte erguido como un granadero en la puerta del Cabildo (si no sos argentino, un granadero es un soldadito con uniforme de soldadito de plomo, en la puerta de lo que fue nuestra sede administrativa colonial, luego una especie de Ayuntamiento, donde nació nuestra independencia). ¡Qué será de mí el día que Bronte esté flácido! ... El fin del mundo.

Se hacen las doce y veo un atisbo de esperanza. ¡Ya solo quedan cuatro horas! Y entre las doce y las catorce, suele haber movimiento. Cuando entran clientes, el tiempo se pasa más rápido. Mato dos minutos yendo al baño, y otros dos minutos comiendo un snack. ¡Qué triste es matar tiempo! Un verdadero crimen.

Les decía, hoy quedé por primera vez con alguien por Tinder, a ver qué tal. Estoy nerviosa como una colegiala. Me da un poco de pereza ponerme linda, y actuar encantadora. No sé, hace mucho que no lo hago. Es como cuando no entran clientes durante horas, y de repente entra uno. Te da pereza. Pero luego resulta mejor: el tiempo se pasa más rápido y hasta te lo pasas bien -casi siempre-. Estoy un poco pendiente del móvil, la verdad. Aunque en la tienda tenemos prohibido mirar el móvil, y estamos observadas por cámaras todo el tiempo como en un Gran Hermano, me tienta mirarlo y ver si ha escrito. Hemos quedado hoy a las siete en el centro de la ciudad, en el paseo marítimo. En el fondo creo que deseo que el chico Tinder cancele la cita, que se invente una excusa; no sé si estoy preparada para esto. Pero de momento, la cita sigue en pie.

En el hilo musical, la ironía predomina: suena una versión chill -lacónica- de “I want to break free” de Queen. La canto bajito mientras repaso las cajas de los vibradores pequeños. Trapito va y trapito viene, va a ser la una y solo he vendido un lubricante normalito, ni siquiera uno con efecto vibración. “¿Qué me pongo hoy para salir? Tendré que salir pronto de casa, ya que cuesta aparcar en el centro. No me dará tiempo a mi siestita. ¿Y si el chico es aburrido? ¿Y si no hay conversación? ¿Y si solo quiere sexo y me encuentro débil?” No sé qué hacer. Casi cincuenta años y tengo las mismas dudas.

Volviendo a mi retrospectiva, después de aquella primera ruptura amorosa con el drama añadido, y un diez en Análisis Matemático, estuve sola unos meses, hasta que un profe del gimnasio me hizo tilín. (Otra vez el deporte; estoy pensando que debería echar a correr ahora mismo como Forrest Gump, dejar atrás todos los vibradores, y apuntarme al primer gimnasio que se me cruce por el camino).

Él, el profe del gym, era, digamos, original. Todo lo contrario a mi novio anterior. Nada que ver con lo que mi mente quería. Vamos, era un capricho. Y ni hablar si lo veía mi madre: me echaría de casa. (Mi papá ya había fallecido, ese mismo año, antes de mi primer gran ruptura. Papá era muy mayor, casi treinta años mayor que mi madre, y desde que tengo uso de razón, estábamos preparados para su muerte. “Papá es muy mayor y en cualquier momento se puede ir”. Me da pena que haya sido así. Vivir con la amenaza de la muerte es como no vivir. Es decir, casi no compartí nada con él; me estuvo vedado como padre desde siempre. Era más bien un abuelo a ratos. Me da mucha pena, y lo extraño. Él pertenecía a otro siglo. Una vez me preguntó todo serio: “¿Qué son las Tortugas Ninja?”... Él fue ciudadano de Argentina potencia mundial, y salía

a la calle con traje y sombrero; vivió, aunque del otro lado del charco, las dos Grandes Guerras, la era Perón-Evita, los milicos y la vuelta a la democracia... Las Tortugas Ninja, simplemente, eran “too much”).

El profe del gym, el profe del gym... Que me voy por las ramas... Cuerpo esculpido, pero no inflado. Era el profe de step, GAP y esas cosas. Gafas culo de botella - muy gruesas-, con su cinta fluorescente para sujetarlas. Ropa multicolor y zapatillas con rayas tipo cebra. Muy lejos del empleado de banco de traje y corbata. Mantuve el romance oculto una temporada, temiendo la reacción adversa de mi madre. Un romance que empezó tímido, pero fue creciendo, y que hacía que mi mente se tornara elástica. Mi cerebro intentaba cuadrar la apariencia y originalidad de mi nuevo novio, sin éxito. Yo sentía la lucha de mis neuronas por crear nuevas conexiones. Me amigué bastante con el sexo gracias a él, y, aunque no fue apoteósico, al menos fluía. Mi mente no consiguió ir en sintonía con mi cuerpo y corazón, y, unos diez meses más tarde, cortamos. Yo no estaba enamorada: simplemente era bonito y divertido. Eso sí: ambos estábamos muy en forma.

Mis pensamientos son interrumpidos por la entrada de un señor muy elegante que me saluda en español pero con un acento marcado, como si fuera alemán, pero se ve que lleva viviendo aquí muchos, muchos años. Me saluda y va directo a la lencería. Me gustan los señores que compran lencería para sus esposas (esa es la película que me hago yo). Comprendo que hacen un esfuerzo, ya que no tienen ni idea de lencería, ni de tallas, ni de copas -de sujetador, de las otras, sí-, ni de bragas, pero da igual: celebran a la mujer y le ofrecen un mimo. Chapó. Le ofrezco ayuda y me agradece. No obstante, sigue eligiendo modelos él solo. Se acerca al mostrador con cinco cajas de lencería diferentes. Dos de ellas de las más baratas, pero tres de las más caras. Todo en talla S/M, y mucho rojo.

Este hombre sabe lo que quiere. Le ofrezco abrir todo para que vea las tallas, me dice que no, pero, no obstante, tengo que abrirlo todo para quitar la alarma. Y él comienza a hablarme de su mujer.

Se llama Oksana; es rusa, y él la ama. Le compra lencería, porque a ella le encanta, aunque no la invita a cenar. Ella es más bien hogareña. Me cuenta que ella es preciosa, siempre perfecta y radiante, siempre joven. No charlan mucho; ella es más bien callada. Pero Oksana sí que sabe escuchar. Siempre está dispuesta para el sexo y no se queja nunca. Nunca le duele la cabeza. Oksana es agradecida: exhibe los regalos que él le hace, y siempre porta una sonrisa. Su piel es suave como la seda y sus ojos son dos cristales de agua marina.

Yo lo escucho alucinada. Él realmente sabe ver a su mujer. La ve. La ama. La venera. Escuchar al señor elegante me devuelve la fe, y la energía. De repente no me siento tan cansada porque hay esperanza. Le pregunto por qué no viene un día con Oksana para que ella elija algo. Y me repite, que ella es muy hogareña y más bien tímida. Puedo ver en sus ojos que está deseando contarme más.

El sexo con Oksana es fabuloso: ninguna postura es imposible; siempre está húmeda, siempre abierta, y le gusta todo. A veces la ata a la cama, le da azotitos, la penetra por delante y por detrás. Lame su sexo en cualquier momento del día y ella le devuelve siempre el amor, con

grititos de placer. El señor elegante se está poniendo cada vez más íntimo y creo que me estoy poniendo roja. De repente ha subido la temperatura en la tienda y de reojo compruebo si he puesto la calefacción por error. No. No es la calefacción.

Por suerte, entran dos chicas y rompen el soliloquio del señor elegante. Las saludo, y él me pide disculpas por robarme tiempo, le cobro la lencería, empaqueto todo y le regalo una muestra de aceite para el cuerpo con feromonas para ella. Me dice que no, gracias, que Oksana no usa aceites. Y entonces, yo creo que ya no podía aguantar más, saca su móvil y me enseña una foto. Y sí. Oksana es perfecta. Como la maniquí de la entrada. Rubia, larga, delgada, tonificada, misteriosa. Hermosa. Pero no es de carne y hueso. Oksana es una réplica de silicona, súper realista y súper carísima que mi estimado señor elegante compró en Alemania por una suma que desconozco pero que debe rondar los cinco mil euros.

Me quedo pasmada pero intento aparentar normalidad, como si fuera algo que ves todos los días. Justo antes de marcharse, repara en la pintura corporal comestible y me pide una de fresa. Es lo que utiliza para pintarle los labios, ya que no puede poner cosméticos normales por temor a estropear el material. Oksana es delicada al fin de cuentas.

El señor elegante se marcha, y me quedo como flotando. Es como si la esperanza se hubiese desvanecido. Vuelvo a estar cansada. Las alas en mis pies me han abandonado. Me acerco a las chicas para ofrecer ayuda pero justo se están por marchar, así que me quedo sola, reflexionando.

¿Tan solo está el Ser Humano?... ¿No hay encuentro posible? ... ¿No hay mujeres y hombres en el mundo?... ¿No hay maneras de entenderse?... ¿Se extinguirán los abrazos, y los besos, de verdad?... ¿Y el intercambio energético que deviene del sexo?... Porque no se trata solamente de satisfacer unos órganos genitales. Estoy confundida. ¿Yo querría tener un muñeco de silicona de poder permitírmelo? ¿Si el muñeco fuera Bronte pero todo completo?... No. Definitivamente NO.

Estoy por cancelar mi cita de Tinder de la desazón que llevo. Pero, ni falta que hace. Abro el móvil disimuladamente y el chico Tinder Cero ha cancelado. Parece ser que le duele la cabeza. ¡Menos mal! No es que me alegra que le duela la cabeza; menos mal que ha cancelado. Menuda excusa absurda, con tanta droga disponible, no es una excusa digna que te duela la cabeza. Ahora, si te duele el alma, eso es otra cosa. La desazón, el color gris en el alma, eso no se va con ninguna droga.

Se hacen las dos de la tarde y me siento a comer en la escalera: el menú básico de tortilla de patata con ensalada. Siempre alerta de que no entre alguien y dejarlo solo y abandonado en la tienda. Como y pienso, pienso y como. ¿Debería rezar?... La peli de Julia Roberts decía “Come, reza, ama”, en ese orden. Igual me hace falta rezar, abrazar algún tipo de fe. De momento me centraré en comer.

Y ahí estoy, degustando la maravilla culinaria de la mezcla de la patata, la cebolla y el huevo, bendito invento, cuando entra alguien silencioso como un ninja y ya me lo encuentro cuando llega al mostrador. Doy un salto y le pregunto qué desea. Un lubricante. No sabe cuál. Otra vez a explicar: “Estos de aquí son a base de agua, de aquí para allá con sabor, se pueden comer, de aquí para allá, sin sabor, neutros, aunque algunos tienen efectos, como éste que es estimulante,

este otro que vibra, y éstos que dan calor y éstos frío. Estos son hipoalergénicos. De los neutros, los hay más líquidos o más gel, y este de aquí es súper denso. Los de silicona están en este otro lado”. El hombre me mira atónito: no sabía que existía un universo de lubricantes. Supongo que piensa: “Cuando le falta aceite al coche, compro un aceite, se lo echo al coche, y listo”. Pues no. Toca hacer la demostración de uno a base de agua, que se absorbe y uno de silicona, que hace una película y no se va, pero, aclaración importante: “No son compatibles con juguetes de silicona”. ¡Dios mío! ¡Soy un disco rayado! (Esta expresión no tiene sentido para un “millennial” ni “centennial”).

Al final, el hombre está más confundido que antes. Decido rescatarlo de su perplejidad devenida en parálisis, y elijo uno por él y le doy las buenas tardes. En mi fuero interno, deseo de corazón que le vaya muy bien con su lubricante. Y vuelvo a mi tortilla de patata, no sin antes comprobar mi dentadura en el espejo, para darme cuenta, con horror, que le he atendido con un cacho de lechuga pegado en los dientes. Mátame camión. Este hombre perderá la libido de por vida. Entre la lechuga pegada y el discurso que le he soltado sobre los lubricantes, si vuelve a tener sexo será por gracia de Dios... ¡Uy! ¡Qué bien! Ya llega la fe. Vuelvo a la tortilla, y empiezo a rezar, o algo parecido. Aunque la verdad, siento que me duele el alma.

BUSCANDO A PIXIE

Me duele el alma. Me estoy metiendo triptófano y magnesio cada mañana, pero ni con esas. Otra vez aquí. Otra vez aquí chillando: “¡Pixie! ¡Pixie!”... Me vi a mí misma gritando mientras subía escaleras arriba, al almacén. “Tengo que reponer a Pixie; ha quedado un hueco en la estantería”. Me entró la risa. Estoy fatal; me parezco a Tom Hanks en “Náufrago” gritando “Wilson”. Los vibradores son mis amigos. Me había quedado sin Pixies abajo y no vaya a ser que todo el mundo quiera hoy explorar su punto G.

Pixie, aunque tenga nombre de mascota, es un vibrador fino de doble uso: un extremo muy curvo para estimular el punto G, y otro más recto y gordito para fantasías fálicas al uso. Es rosa claro y suavecito, y bastante popular. Es por eso que no puedo quedarme sin Pixies. Ocurre casi como con los Pookies. Otro con nombre de mascota. Yo me imagino a dos caniches, pijos, conchetos en argentino, con lacitos en el pelo y ladrido carente de energía. A esos perritos habría que darles un Red Bull y probar a ver qué pasa. O una pastilla de esas de Viagra natural, triturada y mezclada con el pienso. ¿Se transformarán en demonios de Tasmania?...

Volviendo a Pookie, es otro juguete popular, rosita y suave. Es un estimulador doble: ondas sónicas para el clítoris y vibración para dentro de la vagina. ¡Pueden ser ambas a la vez! Imagínate las caritas de promesa de los clientes cuando lo explico. No puedo quedarme sin Pookies.

La cosa es que entre Pixies, Pookies y Bronte, pensarás que uno anda cachonda todo el día. No. Esto se normaliza y hablas de clítoris, glándes, vaginas y penes, como si hablaras de tomates y zanahorias. ¿Te pongo cuarto y mitad de Pookie?... Los juguetes tienen nombre.

Igual que el el chico Tinder de hoy, que vaya si tiene nombre. Se llama Uldarico Deseado. Va en serio. No sé qué esperar. Pero pobre, no es su culpa; no sé en qué estarían pensando sus padres. Igual fue un bebé muy deseado, hasta ahí puedo comprender. Lo de Uldarico... No sé. Si es ultra-rico, me vale. Sino, tendré que buscar un apodo. De todos modos, si a mis padres se les hubiera ido la pinza y me hubiesen llamado Simplicia Cleta, o Aroma Nory, me hubiera cambiado el nombre a los dieciocho años y un día, y si me apuras, me cambiaba el apellido también. Un nombre lo llevas para toda la vida.

Como mi siguiente novio. No diré su nombre para proteger su identidad (calculo que en el mundo hay sólo diez personas que llevan ese nombre). Después de mi romance fitness, estuve sola un tiempo, dedicada a la universidad, a mi trabajo como profesora de inglés, el buceo deportivo -al que me había aficionado-, y, la nueva aventura de tomar clases de Teatro Musical. Me quedaba solo una asignatura para acabar la carrera universitaria, y podía permitírmelo. Por suerte o por desgracia, el canto se me daba muy bien. Y, al terminar la universidad, hice un rollito con el diploma y lo guardé en el cajón (¡Tantas horas de Análisis Matemático rodeada de viejos verdes, para nada!). Había sido elegida para protagonizar un musical por todo lo alto, y esas cosas, pasan una vez en la vida. Así que me subí a esa aventura para enamorarme empedernidamente del escenario, con todo lo que eso conlleva. Y allí, tras bambalinas, conocí a

mi tercer novio, el del nombre raro.

Yo estaba de gira y él en Buenos Aires, así que teníamos una relación a distancia. Yo creí estar enamorada, pero, luego me di cuenta de que sufría una sobredosis de oxitocina. Él no me trataba bien; tapaba su tremenda inseguridad minimizándose, y yo me dejé pisotear a gusto. Le admiraba; él llevaba años en el mundo del espectáculo y eso me fascinaba ya que yo recién empezaba. Fue de lo más extraño. Pasó, en solo dos semanas, de “te amo y quiero tener hijos contigo” a salir con otra y dejarme. (¿WTF?) Nunca lo entendí. Supongo que él tampoco se entendía a sí mismo. Luego de evasivas durante semanas, -había quedado a tomar el té con una amiga, literal, durante dos semanas; no sabía yo que él era tan “British”-, se dignó a decírmelo a la cara. Se quiso despedir con un beso y todo, y me pareció el colmo de la contradicción. Quiso conservar la amistad. ¿Amistad?... Lo mandé a rastrillar los boliverales estepanosos, -cualquier cosa que eso signifique (gracias Elsa Isabel Bonermann, nunca olvidaré tu libro “El niño envuelto”). Hay algo que detesto de la gente y es la CON-TRA-DIC-CIÓN. La cruzada de mi vida ha sido -y es- buscar la CLARIDAD, y no tolero la CONTRADICCIÓN. ¡Aclárense, coño! Dicho esto, y hablando de coños...

Justo el otro día, lo cuento porque viene al caso, tuve un cliente de nombre impronunciable también. Estuvimos buscando su producto al menos una hora: un masturbador realista, en forma de vulva (un coño enlatado, vaya). Cuando entraba algún cliente, él se hacía a un lado, y luego, a seguir buscando. Resulta que quería comprar su primer masturbador, y no le valía cualquiera. Convengamos que en general consisten en una manga de silicona con forma de vulva, que recrea una vagina por dentro. Puede cambiar la textura interior, la apariencia exterior, y el largo, pero más o menos, todos se parecen. Excepto algunos que tienen vibración, y/o movimiento arriba y abajo, o hasta succión. Pero eso ya son palabras mayores.

El cliente del nombre imposible, quería uno que no hiciera nada, pero que fuera largo. Algunos clientes te repiten una y otra vez que necesitan algo más grande, no sé si para impresionar o si creen que una va a caer rendida a sus pies. Alguno llegó incluso a tener la osadía de compararse con Bronte. Eso sí que no lo admito. Bronte es único.

Volviendo a mi cliente del nombre insólito, no le valía con una manga de silicona anónima. Acabó comprando por encargo una vagina enlatada con nombre y apellido. Las actrices porno famosas venden réplicas de sus vulvas -a saber- y en vez de costar veinte euros, puedes pagar ciento cincuenta. Para gustos, colores. Así que le di un papelito con la promesa de orgasmos fabulosos y un lubricante a base de agua, a cambio de casi cien pavos (euros). Y se fue tan contento, no sin antes haberle explicado la importancia de lavar con agua y jabón su juguete, dejarlo secar muy bien, poner polvos de talco y usar siempre lubricante a base de agua. (Por favor, olvídense del aceite de oliva. Además ahora está carísimo).

Y ahora, vuelvo a mi chico Tinder, Uldarico Deseado. La cosa es que quedé con Rico, -o Desi, un apodo en este caso es ultra-necesario-, para esa tarde a las ocho: una cerveza y a ver qué tal. Llegué cinco minutos antes, nerviosa y con un cartel en la frente que ponía “mátame camión”. La cosa es que esperé unos diez minutos, y nada. Otros diez minutos y veo entrar a un chico, agitado, sudando, como que llegaba tarde. Tenía cara de Uldarico. Lo de Deseado, habría que verlo. No quiero ser mala. Pero la foto de perfil distaba mucho de la realidad. Se ve que entre la foto y la cita, vio todas las series de Netflix y comió todas las patatas fritas del súper, porque

había ganado al menos diez kilos. No quiero ser mala, repito. Lo repito como queriendo lavar mis culpas. Pero, no me atraen los hombres con sobrepeso. Tengo una tara mental con el estar en forma. Y, como ya explicaré más adelante, soy adicta a la belleza. Por lo menos lo reconozco.

La cosa es que tenía que escapar de allí, porque ni con diez Guinness podría sobrellevar ese encuentro. Perdón -otra vez pidiendo perdón-. Quizás era una bellísima persona y podríamos haber tenido una gran conversación. Pero yo no quiero usar mi tiempo para eso. Busco amor, amor de hombre y mujer. Y, para empezar una relación romántica, un hombre me tiene que atraer. Así que, pensé: “Mejor me escapo”.

Haciendo uso de mis conocimientos de agente secreto, me levanté el cuello del abrigo y me solté el pelo. Si aún lleváramos mascarilla, hubiese sido más fácil -nunca pensé que diría esto-. Gafas oscuras, no tenía. No entiendo la gente que sale de noche -o al atardecer-con gafas oscuras. ¿Ven algo?... ¿O más bien intuyen el mundo?... Sea como sea, me deslicé de la banqueta de la barra, como si por deslizarme me hiciese transparente, bajé la mirada, y con decisión, me encaramé hacia la puerta.

La cosa es que me topé de frente con Uldarico, que se me quedó mirando como si me conociera. Yo entonces, con un temor pavoroso a ser pillada, le solté: “Excuse me”, como para despistarlo. Pero para mi sorpresa, a él le saltó de la boca la palabra “¿Carla?” -es mi nombre en Tinder-, a lo que yo repliqué con cara de “no hablo español” y salí. Caminé lo más rápido que podía hacia no sé dónde; la cosa era desaparecer. Por supuesto: caminé unos quinientos metros en sentido contrario. Siempre he sabido que carezco de sentido de la orientación (“No se puede ser perfecto”, diría mi ex-marido, que realmente, en serio: ¡Se creía perfecto!)

Luego de dar un rodeo, cuando ya estaba cerca del coche, me fui relajando, y otra vez, fui bajando los hombros que llevaba en las orejas, y fui bajando el cuello del abrigo. Al menos la App que cuenta mis pasos diarios estará contenta hoy. Inmediatamente le puse un mensaje a Ulri “Lo siento, me encuentro mal, perdón por no avisar antes, me quedé dormida, me duele mucho la cabeza”. *OMG*, acabo de hacer *ghosting*. ¡Y encima usé la excusa patraña! ¡Qué ser despreciable! ¡Qué cobarde! No estoy orgullosa de mí. Solo quiero ahora que me engulla mi batamanta y ver todas las pelis de acción que pueda, nada de comedias románticas. Creo que voy a hacer una seguidilla de John Wick, y hasta contaré los muertos. Sí; eso es lo que voy a hacer. Quizás, si estoy muy necesitada, tenga una sesión amatoria con mi Pingüino Tony. Y sí; los juguetes, incluso los míos, tienen nombre.

AGOSTO. AGOTADA.

Los juguetes tienen nombre. Llegó una tríada muy mona que ofrece placeres diversos, y todos tienen nombre: Shiva, Hydra y Dyvia. Shiva ofrece vibración y golpecitos para estimular el interior, y un succionador para el exterior. Es color rojo brillante. Hydra es azul claro, y también ofrece vibración y golpecitos para la vagina, pero, en cambio, tiene una lengüita juguetona y discreta para el clítoris. Y por último, Dyvia. Es rojo burdeos, más grande que los anteriores, con vibración y un anillo con bolitas que suben y bajan para estimulación interna, y succión por fuera. Los tres cuentan con motores independientes -a veces siento que estoy describiendo un coche-. Cada uno tiene un color diferente pero con detalles en dorado. Estos detalles los hacen bonitos, pero en realidad, es una muy mala idea. Ya que el material -ABS, como un plástico, también usado en los coches- está pintado con pintura metalizada, y se va desgastando. La pintura se descascarilla con los lavados causando un estropicio. Tanto lujo para que acabe lleno de desconchones. Eso sí: la tríada está colocada en el estante en perfecta simetría. Si uno se vende, hay que reponer corriendo para que no quede el hueco. Y si no queda un ejemplar de la tríada, menudo problema. ¿Cómo resolver esa papeleta? Es uno de los retos a los que me enfrento a diario. No hay ningún juguete tan bonito que quede bien junto al trío estrella. Si metes un Steven rotador en medio -grande, tosco, retro y rosa chicle-, despídete de la estética. Ni hablar si metes un Action Number One, que pregona doble placer -u horror-, pero es de aspecto muy vulgar. Es un vibrador súper potente, estilo trepanadora, con una rueda que gira con lenguas para estimular el clítoris. Parece un molinillo. Al final siempre termino por colocar algo que no desentone tanto, pero siempre deseando que la tríada vuelva a estar completa lo antes posible.

Me he transformado en una enferma de la simetría. En el mostrador todo tiene que estar equidistante una cosa de la otra. No vale si se juntan un poquito, si se quieren rozar: datáfono y maquinita de celo (Cello Tape, o Fiso, en Murciano), a un centímetro y medio uno del otro.

En casa también: las pantuflas y zapatos, descansando en el suelo, paralelos y equidistantes... En filita, el derecho a la derecha, el izquierdo a la izquierda. Pero he mejorado mi TOC; antes era simétrica aún haciendo el amor. Si esta pierna está aquí, este brazo queda bien acá. En-fer-ma. Como si tuviera la conciencia de una cámara que me está grabando constantemente (¿premonición?)... A lo mejor tendría que haber sido directora de cine. Por momentos hasta el desorden debe ser simétrico: una pila de ropa sucia aquí, otra por allá.

Es agosto, y estoy “agostada”, una mezcla de agotada y gastada.. El verano es durísimo en la tienda. El Centro Comercial, como ya os dije, no cierra nunca. Bueno, sí. De 11:15 de la noche a 9:45 de la mañana está cerrado -excepto algunos bares y el banco que abren antes-. Pero, por suerte, podemos dormir. No hay citas en el horizonte ni ganas tampoco. Mi idea de Caballero Andante ahora mismo, es un hombre que me haga reír y me traiga un café XXL, o dos. Ya os conté que hacemos turnos más largos y a veces muchos días seguidos sin librar. No sé si esto es legal; pero cuando estás vibrando en el miedo, con la presión de pagar un centenar de facturas, ni te lo planteas. Es triste, pero cierto. Café y a seguir. Y si el día se pone muy áspero, apelo a las drogas duras: Coca Cola original, nada de Zero.

La ciudad está a rebosar de gente, y el Centro Comercial es un reflejo. Lo bueno, es que el tiempo se pasa más rápido atendiendo gente, como ya sabéis. Lo malo, es que el bucle se intensifica, el cuerpo acumula cansancio, el alma acumula frustración, y los sueños quedan cada vez más lejos. Te preguntarás qué me ha llevado a meterme en un trabajo que suena a esclavitud: empezar de cero en una nueva ciudad, y después de una hecatombe financiera y emocional, es lo que tiene.

Al mar lo miro en una postal, porque no me da la vida. Aunque a veces, en el treinta y único día libre que en algún momento toca, voy a tirar mi cuerpo sobre la arena, y dormir mientras el mar me acuna. Me zambullo brevemente en su hermosa agua para refrescarme, y sigo durmiendo. Digamos que, soy como una morsa, pero más delgada y en bikini.

Otra cosa mala de agosto, es el tráfico: una ciudad con habitualmente una población de cien mil habitantes, cuadruplica esta cifra en verano. Es un infierno desplazarse en coche. El camino al trabajo parece una gincana. Coches por aquí y por allá; motocicletas; stops y rotondas; el “coche abuela” de turno; bicicletas y los temidos patinetes. Pero, cierto día, fue el colmo: un triciclo gigante. ¡Sí! Un triciclo, como de bebé pero tamaño XXL. Aún no he visto caballos o rickshaws, pero intuyo que falta poco. Para meterte en algunas rotondas tienes que tener los cojones más grandes que el caballo del espartero (dicho popular de Logroño, que proviene de la estatua que vigila El Espolón de Logroño y que se utiliza, para aludir la valentía de alguien en alguna situación complicada). Y en el caso del Super-Sandero, tengo que hacer uso del dicho de Logroño, pero además lo tengo que pisar a fondo, quemando en tres segundos, diez euros de gasolina: ahí que se van. Ay, qué “a-gusto” estamos en “a-gusto”.

Mis uñas son un cacho de plástico comprado por Amazon. Una vez que entras en la debacle de las uñas perfectas, el gel, el acrílico, etc, etc, estás perdida. Se debilitan cada vez más y las tienes que volver a hacer una y otra vez. Es la tiranía de las uñas, otra forma de esclavitud. Me compré el gel, la lámpara UV, todo el kit, y sigo probando cosas. Limas, tornos, removedores, un sinfín de desastres que castigan a mi pobre cuerpo. Pero, no puedo envolver los paquetes en la tienda escondiendo las terminaciones de mis dedos como si fueran un pecado. No sé por qué mi gel no se queda, así que tristemente voy perdiendo uñas por la casa (¡Y por la tienda!). Así que opté por comprar un pegamento. Si las pierdo y las encuentro, las pego. Sino, las vuelvo a hacer. Triste. Patético. Me “escucho” a mí misma y doy pena, y con estas uñas de *pega*, que tengo que *pegar* constantemente, apenas puedo escribir. Pero, oye, qué bonitas quedan.

Entre lo espesa que estoy yo y los clientes a los que les falta un hervor, madre mía, márame camión. Le pregunto a una chica: “¿Quieres bolsa?” y se me queda mirando como si le hubiera preguntado el teorema de Pitágoras.

A lo que respondo: “No es una pregunta muy trascendental, pero tengo que hacértela”, más que nada para cobrarle o no los cinco céntimos, y no tener que ponerlos luego del bote. Hay otros que directamente entran y te dicen: “Quiero un consolador, pero lo quiero fino, gordo, flexible, duro...” Yo no sé si no se dan cuenta de que están citando adjetivos y sus respectivos antónimos, a la vez -emoticono ojiplático- ¿No quieres también que te susurre al oído y te invite a cenar?... Hay que joderse.

Todo el año está lleno de extranjeros. La nacionalidad que se te ocurra pasa por aquí. Y no hablo sólo de los países de Eurovisión, incluso los terminados en “aján” o “istán”, sino del mundo. Así que más de una vez me siento “Lost in translation”. Algunos no hablan inglés. Éstos son generalmente rusos, ucranianos, de algún país árabe, o algún alemán mayor. Y, por supuesto, los franceses, que parece que les va a salir urticaria si hablan algo de inglés. Chicos, tírenme un cable que con el Duolingo no doy a basto. Para los que no saben qué es el Duolingo, es una App de idiomas. El icono, un pájaro verde, se asoma en mi teléfono recordándome con crueldad, que hoy no practiqué, que perderé mis beneficios, que Edith Piaf estará decepcionada, y que caeré en picada desde la Liga Diamante hasta el mismísimo carbón. Este mes estoy tan agotada de intentar desesperadamente mantener mi posición en la Liga Diamante, que tiré la toalla. Me pasé a la versión gratuita, con anuncios, y estoy en la Liga Cobre. Y bueno, no me da para más. Las frases básicas me las sé, y con eso tiro. Las demás me las invento y gesticulo mucho. Y siempre vendo, porque les hago gracia. Si se van contentos, además las canto “La vie en rose”, y eso ya se transforma en una experiencia inolvidable.

Si estos clientes no angloparlantes o alérgicos al inglés son más bien jóvenes, entran directamente con el Google Translator activado, y repiten cosas como: “Necesito un enchufe anal”. Mi cerebro cortocircuita, oigo tres chispazos: el enchufe de casa, un ano, un cable, un cargador de móvil metido en el ano, y luego viene el pictograma correcto: se refiere a un *plug* anal. Mátame camión.

O el chico que entra y me muestra su móvil, cuya pantalla pone en perfecto español: “Quiero una chica que me la chupe”. Cerebro en blanco.

Sigue en blanco.

“Este... guau... ¿Qué ?...” Siento como si me acabaran de hacer una lobotomía. Acto seguido, balbuceo: “Eh, aquí, eh, no, eh, chicas, eh, tengo, eh, ¿masturbador?”...

Le pongo en el traductor “Aquí no tenemos chicas, tenemos productos, ¿te sirve un masturbador?” Finalmente, y para mi tranquilidad, me pone en el traductor: “Yo tengo novia, para que ella me la chupe, y que le guste”. Uf, alivio. Y a la vez preocupación. Una muy efímera preocupación: no puedo hacer milagros. “¿Un lubricante o un aceite con sabor te sirven?”... Lo del gel vibrador ni lo menciono para evitar más malos entendidos. Ruego que se lleve un lubricante de fresa, que a la novia le encante, y que él sea muy feliz. Se marcha con un lubricante de fresa y otro de chicle, por las dudas, y carita de promesa.

Se complica cuando el cliente no habla español, ni inglés, ni francés de Duolingo, y es mayor de setenta y cinco. Este buen hombre, alemán, se compró una bomba para el pene, un modelo caro, pero no sabía cómo usarla porque las instrucciones venían en inglés. Mátame camión, otra vez.

Al final, tuve que mandarle todo el manual traducido por mí, porque como era una foto y no estaba online, no pude ni siquiera pasarlo por el traductor. Así y todo volvió a la tienda diciendo que sin querer la ahogó, me refiero a la bomba para el pene, y que quería una nueva. Ni siquiera intentó reclamar la garantía, yo creo que por la limitación idiomática. Prefirió pagar otra vez casi cien euros. Terminó llevándose además un aceite vibrador de cannabis, para estimular a su mujer. Le advertí que se llevara una monodosis para probar, pero como no me entendió, acabó pagando veinte euros y se llevó el bote. Bien para mí, aunque no sé si para su mujer. Porque yo le dije que tenía que echar una gotita, como no me haya entendido, la mujer habrá salido ardiendo. Si tuvo que llamar a los bomberos o no, ya es cosa suya: el servicio post venta no llega a tanto.

No me encuentro muy motivada, la verdad. Le echo la culpa al cansancio, pero, también es esta especie de soledad. A mí me gusta estar sola, siempre me gustó. De jovencita viajaba sola, a ciudades remotas y países aún más remotos. Pero ahora, llegando al medio siglo, me gustaría un compañero. Ciertamente es que mis proyectos y el deporte, siempre me han mantenido motivada. Pero estos meses, el agotamiento ha desplazado a ambas cosas. Sólo trabajo, como y duermo. También me descerebro viendo series por la noche. Reconozco que Netflix y todos sus secuaces, son un gran invento para evadirse: vivimos muchas veces más las vidas de otros que las nuestras propias.

Bueno, como ven, el cansancio me pone un poco filosófica también, o me transformo en un coñazo, como quieras verlo -esta expresión española, desdeña al sexo femenino, ya que significa “molesto” o “fastidio”; deberíamos buscar otra, pero ahora mismo no se me ocurre cuál-. No me quedan ganas de Tinder, ni siquiera como pasatiempo. Este mes nada de Tinder y nada de Duolingo.

Qué suerte que pronto llegará septiembre. Me encanta septiembre. Siempre es un buen mes para mí, al igual que marzo. Es el mes de la primavera en Argentina, y, aunque aquí sea el mes del otoño, a mí, septiembre, me activa un botón de felicidad. Además es mi cumpleaños, y, aunque vaya a caer medio siglo, merece la pena celebrar que aquí seguimos: estamos vivos.

SEPTIEMBRE. PRIMAVERA OTOÑAL

Estamos vivos, y eso, tan solo eso, es un montón. Un millón de libros de autoayuda te dirán que es un milagro; y es verdad. Por más pintorescos que sean los clientes, somos todas personas, cada uno con lo suyo, con sus batallas, triunfos y fracasos, sueños y frustraciones, maneras de ser y rasgos psicopáticos; pero todos, al fin y al cabo, personas, vivas.

Está el típico cliente que no sabe lo que quiere pero está buscando algo. Algo que le llene, que le dé placer, que haga mejor su vida... Algo mágico quizás... Algo que le ilusione... No importa si es rosa, morado, suave, estriado, largo o corto, pero que expanda sus fronteras vitales.

Hay otros que saben perfectamente qué quieren y simplemente van tomando productos y apilándolos sobre el mostrador. Estos son geniales porque apenas cuestan trabajo y gastan mucho. Generalmente son rusos. Abren la cartera y sacan billetes y billetes de todos colores, sobre todo naranjitas y verdes, los de cincuenta y cien euros, y te los tiran sobre el mostrador. Hablamos de tickets que oscilan entre los seiscientos a los novecientos euros. Casi nuestro sueldo, gastado en una tarde en futuro placer, o promesas de placer.

Otros, son tan tímidos y les da tanta vergüenza, que se llevan cualquier cosa con tal de no hacer muchas preguntas, y evitan a toda costa el contacto visual. (Como cuando fui a conocer la Muralla China, que, apenas bajabas del autobús, los vendedores ambulantes te rodeaban y al mínimo contacto visual, terminabas comprando, sin saber cómo ni por cuánto, dos libros de manualidades en papel, un juego de té y un set completo de caligrafía que nunca usaré; hay que joderse).

Otros, otras, más bien, aquí distingo género, las muy jovencitas, en busca de aventuras, o porque se quedaron con ganas de postre, prueban todos los lubricantes de sabor dejando la estantería de cristal de los lubricantes hecha un cristo. Todo bien; sin rencor; todos somos humanos, falibles y vivos. ¿Veis? Mi humor empieza a mejorar. Estoy menos cansada y ya sueño a un libro de autoayuda. Vamos bien.

Todavía hace calor pero, al menos, ya no cerramos a las once de la noche. He vuelto a abrir el Tinder, a ver si encuentro algo interesante. Qué horror: cosificar a los hombres como si estuvieran en un escaparate. Pero, qué narices. Ellos harán lo mismo conmigo. ¿No?... Es raro esto del Tinder. Quizás, repito, debería ir a un gimnasio, o volver a jugar al pádel... ¿Cómo será agarrar una raqueta de paddle -pala de pádel- después de veinticinco años?... ¡Cómo pasa el tiempo! En el día a día, me doy cuenta del paso del tiempo porque mi Mac me dice: "llevas 67 días sin copia de seguridad"... "Fuck-shit! ¿Ya pasaron 67 días desde que enchufé el bodoque del disco duro?"...

Hice "match" con uno en Tinder y creo que hasta voy a salir. Es policía, y me da un poco de cosa. Los argentinos tenemos una tara con la policía y los militares. La sola palabra nos da rechazo, por nuestra historia. Aunque ahí no me voy a meter, debo reconocer que yo tengo esa

tara. Desde que llegué a España, si veo que me para la policía o la Guardia Civil, me echo a temblar aunque sepa que no he hecho nada malo. Alguna vez me metí sin querer en el bus vao - carril para ir con acompañante-, estando sola, bueno, llevando como copiloto a un contrabajo - ¿eso no cuenta?- Fui rezando todo el camino. Pero, debo reconocer que, generalmente, han sido majos conmigo. Una vez me metí en sentido contrario por una avenida central de Madrid -debo echarle la culpa al GPS-, y me escoltaron marcha atrás hasta retomar el rumbo. Las veces que he puesto denuncia por robo, siempre han sido de lo más amables. Lo más raro que me pasó, es que me pararan por llevar al nene sin camiseta -que realmente no me di cuenta que el nene se había medio desnudado mientras yo iba conduciendo por la autovía- y también que me pararan por llevar una bicicleta dentro del coche sin atar. En esa oportunidad me preguntaron si tomaba drogas. Me quedé tan sorprendida, que me olvidé de la herencia argentina de miedo a la autoridad y le solté: “¿Drogas? Es lo único que me falta”. Creo que me vio cara de “madre mujer orquesta agobiada”, y no insistió.

Volviendo al policía, muchas y muchos tienen la fantasía del policía: arrestar/ser arrestado; someter/ser sometido; castigar/ser castigado. En la tienda hay algunos disfraces de policía, y alguno de esclava o de presa. Generalmente todo lo lúdico está enfocado a la mujer: un body divino azul con su corbatita y escudo, con brilli brilli, y el sombrero de policía y esposas. O un top a rayas con super minifalda a rayas, para las presas. Para hombre tenemos un traje de policía muy poco realista: camiseta de rejilla y bóxer de látex, con su gorro y su nunchaku metálico -creo que confunden a los policías con los ninjas-, que considero bastante peligroso. Es verdad que es algo más apetecible para un hombre gay que para uno hetero, ya que es un look un poco YMCA. Y por supuesto las esposas están a la orden del día. Y la cuerda para bondage, va creciendo en popularidad.

Tuve algún affair con un policía, de verdad, no tipo YMCA. Y sí, tiene su morbo; aunque al final todo está en nuestra cabeza. Fue un romance más que breve, y no daré muchos detalles. Yo estaba débil, después de una ruptura, y necesitaba sentirme amada y protegida. Pero, ¿viste cuando enseguida te das cuenta que ese hombre está tan centrado en sí mismo que jamás va a compartir la vida contigo? Me di cuenta rápido. Era lindo, guapo, un cuerpo tallado a lo Miguel Angel, fuerte, inteligente, en fin, tenía muchas virtudes. Pero, creo que compartir y compartirse, no era una de ellas. Además, un pequeño detalle: tenía novia, que me lo dijo luego del flirteo; una novia que no pensaba dejar ya que estaba muy cómodo. Y a mí, realmente, ese rollo de ser segundo plato, no me va.

Volviendo al match del Tinder, el poli, después de una semana de chat, finalmente quedamos. Amante de la naturaleza y el deporte, quedamos para hacer trekking. Sí: primera cita, una ruta de senderismo de diecisiete kilómetros, facilita (emoticono ojiplático). Se trajo todo el equipo: mochila con cosas (agua, brújula, binoculares, cuerda (¿?)) y hasta al perro. Menos mal que yo llevaba mis gafas de sol de diva -no las de trekking, que también las tengo- porque mis ojos eran dos huevos fritos; no podía recuperarme de la sorpresa. El día estaba hermoso, eso sí. Soleado y con brisa, perfecto para no morir del asco o de calor. Transcurrieron los diecisiete kilómetros entre charla y resoplidos; es decir, su monólogo y mi falta de aire. Sus comentarios acerca de la fauna y la flora, el avistaje de pájaros y el diálogo con los pájaros, en distintos idiomas pajariles, el saltar arroyos, trepar rocas y llenarme de polvo. Y de echar un polvo, ni hablar. Yo creo que él me quería impresionar, a base de alarde de excelente estado físico, fuerza, conocimiento de biología y labia. Pero, simplemente, no hacía falta. Acabé agotada de cuerpo y

mente, y deshidratada, y ante la promesa de quedar en dos días para otra ruta, me hice la difícil y no dejé ni que me besara. No me quedaban ganas de besos ni de sexo, si apenas sentía mis piernas. Mátame, camión. Por qué me meto en estos embolados. Con este muchacho también tuve que hacer *ghosting*.

Así que, sigo en Tinder 0, o 0.1, -no puedo decir que éste fue Tinder 1-no paso de fase ni por casualidad. Igual que en Duolingo que sigo en la Liga Carbón, sin perspectivas de mejora. Y ahí eché mi día libre, para volver al día siguiente a la rueda de hámster y a la desazón, y con agujetas en los gemelos. Menos mal que soy polifacética, y me desahogo cantando, escribiendo, bailando, o haciendo deporte, cada vez que puedo. Aunque no me quedaron ganas de hacer deporte por una semana, tendré que poder. Ya va volviendo el deporte a mi vida, a fuerza de trekking y de necesidad del alma.

Qué le voy a hacer; como os dije, soy polifacética. Me falta el poliamor y ya lo tengo todo. Tengo hasta un pólipo. Y cosas de poliester, seguramente, muchas. No olvidemos que soy medio políglota. Y ya salí con un poli, o dos. Sólo me falta ser un poco más Pollyanna.

FELIZ CUMPLEAÑOS A MÍ

Ser un poco más Pollyanna; ése es mi objetivo para este mes de septiembre, y mi deseo de cumpleaños. Por eso empecé el reto de Chopra de veintiún días. Es maravilloso. Cada día tienes a Chopra diciéndote algo positivo, una meditación con su respectivo mantra, y una tarea. Llevo un cuaderno donde apunto todo. Siempre, desde chica, he tenido la manía de tomar apuntes. Debo reconocer, sin embargo, que en las meditaciones, a veces me quedo dormida. O lo que es peor: algunas veces, acabo la meditación contando vibradores. Estoy perdida. ¿Debería decir, “mátame camión”?...

Esta semana estoy de mañana, y la mañana a veces es extremadamente lenta. Diez en punto abro después de correr, subir, bajar, cargar, encender cortina de aire, fregar, subir, tirar agua, bajar, contar la caja, preparar el datáfono, pintarme los morros, mejorar mi pelo, encender teles, encender música, y apagar cortina, darle al botón de abrir puerta. ¡Todo eso en doce minutos! Resoplo. Respiro. Abro Trello para destiquear y tiquear. Toca limpiar, aspirar desinfectante y limpiar. Arranco la semana muy lejos de Pollyanna.

La lencería se cae de las estanterías de manera random. Una de mis peores pesadillas es que se caiga toda la lencería en efecto dominó. Yo creo que las chicas de las fotos en las cajas de lencería, se suicidan de puro aburrimiento. O a veces pienso que el fantasma de mi madre me anda rondando, y me dice: “¿Un título de economía y estás vendiendo penes de plástico?... ¡Qué vergüenza!” Una vez un cliente me dijo: “Estas estanterías están mal puestas; están torcidas, por eso se te caen las cajas”. Sonreí y le di la razón: no sé qué lumbreras puso las estanterías inclinadas hacia abajo. Por una ley física, las chicas de la lencería se suicidarán sin remedio; mi madre no tiene nada que ver esta vez. D.E.P.

A veces abro por la mañana y veo que ya hay llamadas perdidas en el teléfono de la tienda desde las nueve (hay gente que se aburre mucho). A las diez en punto, una vez me pasó que cogí el teléfono, y solo pude oír una voz resoplando, o respirando en plan asesino en serie. Algún gracioso que no tiene nada mejor que hacer con su vida, y se pone cachondo llamando al sex shop. Me juré a mí misma que si me vuelve a pasar, voy a decirle: “Soy tu padre” imitando la voz de Darth Vader. Y por lo menos quedamos empatados.

Mis pensamientos son interrumpidos por una señora que llega esta mañana con un vibrador Steven rotativo (el hortera, medio retro, color rosa chicle) y pretende cambiarlo, o que le devuelva el dinero. Le explico amablemente, lo que resulta obvio, pero que hay gente que no lo entiende: que un vibrador una vez abierto no se puede cambiar, ni se puede devolver el dinero. (¡Chicos, que no se cambian ni las bragas del Primark! ¿Cómo te voy a cambiar un virador?... Una vez un señor, bueno, señor le queda grande, se fue todo ofendido porque no le quise cambiar un plug anal, ¡que probó y no le gustó! What? Really? Estimado señor, sus neuronas... ¿Están conectando en este momento?..)

Volviendo a la señora del vibrador retro rosa, luego de un largo silencio seguido de un “Ahhhh”, que parece querer decir “entiendo”, me cuenta la historia. Resulta que lo compró un

mes antes para una despedida de soltera. En la fiesta de despedida, le dio el juguete a su amiga, lo pusieron a rotar y echaron unas risas, y la amiga se marchó de luna de miel. Pues la pobre mujer no llegó ni a sacarlo de la caja, ya que su flamante esposo, se murió esa misma noche de un infarto. No somos nada. Él “era muy viejito”, me explica la señora, por eso le compraron el Steven rotativo. Por mucha pena que me da, no puedo cambiarle el vibrador ni devolverle el dinero. Le digo que si infrinjo esa norma, no sólo me echan sino que se me cae el pelo. Creo que la mujer me imagina calva, y no insiste más. Se lo lleva para ella y de paso se lleva un lubricante. Esa es la actitud. El efecto Pollyanna ya está en marcha.

Esto de cumplir medio siglo me tiene reflexiva. No entiendo muy bien lo caprichoso de mi vida, los vericuetos que ha tomado mi camino. Mi vocación se plantó ante mí de manera irrefutable, cuando fui elegida para protagonizar un gran musical. Recién graduada como Contadora Pública Nacional (¿de aquí viene mi manía de contarle todo?), no ejercí nunca: ser la heroína en un gran musical era mucho más apetecible. Quizás, sólo quizás, si hubiese elegido el camino empresarial, tendría mucha más pasta -dinero-. Pero yo sé que el Teatro me salvó la vida. Me permitió expandirme y buscarme, y, en algún punto, encontrarme. Yo estaba muy sometida, sin saberlo. Estaba metida en una jaula de mandatos, creencias, y una lealtad ancestral hacia mis progenitores y todos sus antepasados. Sólo el Teatro podía salvarme.

Tuve muchos hitos en mi carrera artística, pero ninguno fue suficientemente grande como para darme la fe absoluta en mi cantante, mi actriz, mi artista: me he pasado medio siglo boyando entre mis pasiones: cantar, bailar, actuar, escribir, hacer deporte, viajar. Sé que lo que más feliz me hace es cantar, pero, he huído y he relegado a la cantante un sinfín de veces. Me pierdo, me encuentro y me vuelvo a perder, en un bucle que no comprendo, y que espero que, al cumplir medio siglo, se resuelva el misterio como una verdad absoluta, como una prueba irrefutable, como cuando me eligieron para el musical. O cuando me eligieron entre cientos de candidatos, americanos y británicos sobre todo, para ser Lead Singer en un barco de lujo. O cuando me cayó una lluvia de papelitos dorados en aquel Got Talent. Parecen “turning points”, pero ninguno lo fue realmente, y siempre he vuelto al bucle. Relego una y otra vez a la cantante, porque total sé que me espera. Yo creo que está herida, esperando, en algún rincón.

No puedo echarle la culpa a la maternidad: ser madre es de lejos lo mejor que me ha pasado en la vida. Mis dos tesoros, son el amor más grande que hay. No puedo explicarlo. Me maravilla ver las personas en que se han convertido: buenos, bellos, nobles, además de las otras cualidades socialmente importantes, a saber, guapos e inteligentes. No puedo estar más agradecida. Y eso que mi madre me amenazaba: “Cuando tengas hijos, ya vas a ver. Cría cuervos y te comerán los ojos”. Pues mis dos óculos siguen en sus órbitas, y mis hijos son lo más. Creo que al menos he conseguido romper el bucle familiar, la cárcel ancestral; sólo eso ya ha merecido la pena. Me tienen mucha paciencia y me comprenden; comprenden a la artista aún más que yo. Seguramente, sin querer, les he hecho daño con algunas decisiones. Pero, confío que el amor puede más, y además, me he ofrecido a pagarles la terapia. Al final, las madres somos humanas. Nada más.

Ahora que están grandes, es cuando le doy otra oportunidad a la mujer que habita en mí, y vuelvo al ruedo en busca del amor. Del amor hombre-mujer. El amor madre-hijos es único, infinito, incondicional y jamás negociable. Así lo veo yo. O, mejor dicho, así lo siento yo.

Volviendo a la mujer, al Tinder, a mi caótica vida, al mes de mi cumpleaños, al sex shop, a la artista relegada, otra cosa que relegué, fue mi salud. ¿Recordáis que mencioné que era tan polifacética que hasta tenía un pólipo? Bueno, dicho pólipo, resultó ser un mioma, en el útero. Y dicho mioma, en todos estos años de lucha y desazón, desamor y relegarme, creció hasta el tamaño de una pelota de tenis. ¡Tengo una gran bola en mi cuerpo, construída a base de miedo y desamor! Bola que tendrán que extirparme, oportunamente, cuando la Sanidad Pública tenga un quirófano libre. Y aún así, me siento afortunada de que sea un mioma y no otra cosa, de que tenga solución, y de llegar a los cincuenta, con heridas y agujeros, cicatrices en la piel y en el corazón, pero viva. A los treinta y cinco me importaba estar buenorra; a los cincuenta, sólo quiero estar sana, y estar tranquila.

Llega mi cumpleaños y quiero celebrar que estoy viva y sana, y quiero celebrarlo con mis dos amores. Así que me voy en viaje relámpago a verles. No quiero conducir tantas horas, así que esta vez voy en tren. Tampoco quiero abusar del Super Sandero. Salgo el sábado por la tarde después del trabajo, el domingo libre, y el lunes vuelvo por la mañana, para trabajar por la tarde. Una paliza feliz. Cenamos y desayunamos juntos, con una velita en el cruasán del desayuno, y mi alma está reconfortada. Puedo tirar otro més en la rueda del hámster, y puedo incluso enarbolar la bandera de Pollyanna desde ya. Aún hay que sacar la bola, la del útero, pero ése es otro cantar.

En el viaje de vuelta, he venido “tindereando”, aprovechando este nuevo optimismo que me inunda. Y he hecho match con un chico, que, aunque más joven que yo, parece que tenemos mucho en común. Es músico. Quizás me ayude a devolverme la fe en mi cantante.

Oigo desde un recóndito lugar de mi alma, a una cantante emitiendo risitas tímidas, risas optimistas, y siento a la vez cómo se llena mi corazón de una sensación de calidez. Es como si esa llamita, que nunca muere, se hubiese avivado un poquito. Ya hay algo más de luz. Cómo puede un ser humano perderse tantas veces.

OCTUBRE. STORMY WEATHER

“¡Tantas veces te lo dije!”, me chilla mi jefa por el teléfono. Y yo derramo una lágrima como si fuese una niña pequeña. “¡Cuando entran más de tres personas, una silla de ruedas, un carro, un perro... Me tienes que llamar. ¡¡¡Es que te están robando, no ves que te están robandoooooo!!!???” Mi corazón va a cien; mis suprarrenales liberan cortisol a tope, mi sistema nervioso lanza rayos y mi sistema inmune seguramente se deprime. “¿Robando? ¿Dónde? ¿Qué?”... Repaso las estanterías, los ganchos, no hay huecos, no falta nada. Repaso otra vez, con ella chillándome por teléfono. No falta nada. Otro repaso. No falta nada. Cuando el sobresalto pasa, me pregunto: “¿Cuál es el objetivo de meter miedo en el cuerpo de las personas? ¿Impartir autoridad? ¿Regañar por regañar? ¿Chupar energía? ¿O, simplemente, el puro placer de hacer la vida de otro ser humano más jodida, y mucho menos luminosa? Nunca lo comprenderé.

La Pollyanna en mí está a punto de morir otra vez, pero me sujeto al mostrador, aprieto los dientes, trago saliva, orgullo y autoestima herida. Compruebo que mis lágrimas no me han transformado en panda -tengo que probar el rímel waterproof de Mercadona, mi hija dice que va muy bien, y en este trabajo, parece que lo necesitaré-. Me recompongo, trapo en mano, desinfectante, y a seguir. Pasan unos días de la regañina, y, aunque el cuerpo no olvida, el malestar se disipa. Eso sí: se crea una armadura, que ni con un Lelo regalado se desintegrará. Construiré una coraza; otra. Me mantendré inocente, niña, luminosa, y seguiré creyendo en las personas. Y estaré atenta para que mi llama, no se apague, cueste lo que cueste.

Por suerte, los juguetes son mis amigos. Como será que personalizo a los juguetes que el otro día, mientras limpiaba diligentemente las cajas de Stev, Solomon y Edward, les cantaba Stormy Weather. Justo entró mi jefe y me pilló con Solomon en una mano y el trapito en la otra. “Hola, aquí estoy, cantándole a los vibradores”.

Stev, Salomon y Edward son vibradores sencillos, no muy grandes y funcionan con una pila. Uno tiene forma de pene, otro de bate de béisbol, y el más raro, Edward -a veces mi mente hace cortocircuitos cuando enseño a Edward porque mi padre se llamaba Eduardo-, tiene dos lengüetas que no lo hacen muy apetecible para introducir, pero sí posiblemente para una estimulación externa. Los tres vienen en dos colores básicos, negro y fucsia. Aunque a veces hemos tenido rosa y azul claro. Se venden como churros, la verdad. Una vez, no quedaba ni una unidad, y una señora se compró el tester: con dos años o más de exposición, tocado por toda la población del mundo, ahí se fue Stev con un treinta por ciento de descuento a contentar a alguien en algún lugar del planeta. ¡Larga vida a Stev!

Hoy el día está raro. No hay muchos clientes, aunque es temprano, suelen aparecer a mediodía. La cosa es que está gris y llueve. Me da pereza solo pensar en la cita que tengo esta tarde. Otro intento Tinder y a ver qué pasa. Este chico parece mono, aunque unos cuantos años más joven que yo. Por el chat parece interesante; es el músico. Espero tener de qué hablar. A veces alguien te gusta físicamente, pero abre la boca, y ¡zas!, la magia se rompe. Una vez salí con un chico así. Las historias que cuento sobre mis ex ex ex, son muy ex, es decir, hace décadas. Suena fuerte decir “décadas”, pero es cierto. Al menos han transcurrido dos décadas y

media de aquellos días de citas y relaciones cortas.

Ésta en concreto fue una relación muy corta. Teníamos muchísima química; brutal. Pero abría la boca para hablar, y mi cerebro hacía cortocircuito, igual que cuando enseñé un Edward. Más de una vez le preparé comida o un zumo sólo para que no hablara un rato. Me parecía poco inteligente, no me interesaba en lo más mínimo lo que me decía. Carecía de ese sentido del humor ácido, que me encanta. No me reía ni por casualidad. Todos estos pensamientos y sentires me hacían sentir -valga la redundancia- aún peor: “Mala persona, ni que tú fueras un Premio Nobel, o la Reina del Club de la Comedia”. El caso es que, sin comparaciones, simplemente, no había fluidez, excepto en el sexo. Y por más “duro” que estuviera, “duró” muy, muy poco. Otra vez hete aquí la importancia de las tildes. (Agradezco tanto a mi profesora de Lengua... Me caló hondo: no tengo errores de ortografía, me expreso con corrección y conjugo bien los verbos. Aunque nos llamara “mangangás”, y nos amenazara con mandarnos a marzo por un pluscuamperfecto mal utilizado, el sacrificio ha merecido la pena. De dos cosas puedo estar absolutamente orgullosa: uso las tildes y pongo el intermitente para girar cuando voy conduciendo. ¡Ole!)

(Por cierto, aquí haré un inciso. El muchacho en cuestión, la tenía muy pequeña. No sólo la labia y la inteligencia, sino lo otro: el miembro viril. La primera vez que eché mano a los pantalones, no la encontraba. Digo esto para que aquellos hombres a los que les preocupa el tamaño -es algo que veo en la tienda a diario-, no se agobien tanto. Este chico sabía usarla y la química era fantástica. Así que, vamos a descomprimir un poco. Aunque, cierto es que cada uno sabe lo que quiere y necesita, y ahí no me meto. Más que recomendar alguna crema, pastilla o bomba, no puedo hacer. En concreto un cliente -que se parece mucho a un enano de la peli de Blancanieves, pero no es enano, sólo bajito- viene siempre en busca de algo para agrandar. Me lo dice y me lo repite, y creo que hasta está tentado por mostrármela. Le recomiendo un día el Titán Gel y le enseñé a hacer la maniobra de jelqing con un dildo de silicona -entregada a mi trabajo-, y cada tanto, vuelve a por otra crema, y se las lleva de dos en dos.)

Volviendo a la situación climatológica, llueve fuerte, y no estamos acostumbrados. En esta ciudad casi siempre reina el sol. Por eso está lleno de nórdicos, alemanes, ingleses, y ahora también rusos y ucranianos, (además de los latinoamericanos de inmigración anterior, pero éstos no vienen por el sol, sino por el euro). Esta ciudad es un crisol; un crisol lleno de sol. Pero cuando decide llover, llueve. Cae todo junto como queriendo vaciarse. Como cuando no tienes sexo por bastante tiempo y los orgasmos son volcánicos y desaforados. Pues eso.

Salí del trabajo y llovía a cántaros. Como les dije, llueve a mares. Todo huele a lluvia; los naranjos en flor del terreno de enfrente están de fiesta. La lavanda y el romero que planté en una maceta, me sonríen. Siento que me susurran: "No nos riegas nunca, cretina, sobrevivimos gracias al de arriba". Pero agradecen esparciendo su aroma. No me importa que llueva; es lindo, todo se refresca. Claro que imagino que lo vivo así porque llueve poco. Si fuera cíclico como era en Buenos Aires, no me haría tanta gracia. Porque el ánimo se hace cambiante, oscilante como el clima. Cuando vivía en Buenos Aires, yo era mucho más ciclotímica. ¿Curioso, no? La cosa es que, se llovió todo.

Quedé con el chico, lo llamaremos Tinder One -ya que los anteriores han sido un cero-, en un bar-restaurant frente al mar. No es especialmente caro ni de lujo, sólo es que aquí es fácil que

todo esté frente al mar. Y, fundamentalmente, me queda cerca de casa.

Fui sencilla; no quería ir con un cartel en la frente que pusiera: “Necesito un hombre esta noche”. Así que eché mano al pantalón negro, remera -camiseta- blanca, chaqueta de cuero negro, tacones, pelo atado -porque no me dio tiempo a peinarme. Muy estilo Grease pero sin los rulos de Olivia. Durante el camino de ida, no más de siete minutos, sonaba “Gimme Gimme” de Abba en la radio -sí, amigos, escucho la radio en el coche, me sigue pareciendo mágica-. “Gimme gimme gimme a man after midnight...” Canté un par de estribillos pero la apagué luego temiendo que el influjo de la canción me hiciera parecer demasiado regalada.

Llegué antes que él y me senté con una cerveza tostada. Mala idea: ésas suben mucho más rápido. Pero es que las rubias no me gustan, y en este bar no hay Guinness.

Cuando lo vi llegar, supe que tenía peligro esa noche. Era sexy. No sé, algo en su manera de andar, de aproximarse. Su seguridad. No era muy alto y era calvo, afeitado. Manos grandes, lindas. Cuerpo trabajado de gimnasio, y los brazos tatuados. Y el condimento final: músico. Estaba perdida.

La cita transcurrió entre cerveza tostada, cerveza rubia (tuve que pasarme a la rubia por cuestiones de supervivencia), tónica, agua. Risitas nerviosas por aquí y por allá, y preguntas, muchas preguntas. Y mi cabeza dando brinco: “Le saco ocho años a este pibe, es un niño, un hombre niño, no sé, pero está bueno, me lo comería ahora mismo, pervertida, asalta cunas...” Sólo podía imaginarme cómo me tocarían esos hábiles dedos de bajista.

No se me da bien el coqueteo; me siento torpe y me pongo más bien tímida que voluptuosa. Él no tiraba mucha ficha; más bien parecía debatirse con algún dilema moral. Había parado de llover y dejamos el restaurante. Caminamos un rato por el paseo marítimo para sudar un poco la cerveza, y ahí se desató. Me agarró de la cintura, me apretó fuerte contra su sexo, y me comió la boca. No sé qué me pasó. Respondí como una loca ninfómana. Entre la lluvia, y la luna nueva, que es como la luna llena pero de incógnito, estaba desenfrenada.

No llegamos ni a casa, ni a la mía ni a la suya. Ahí mismo en la playa, en una cala rocosa, me arrancó la ropa, le arranqué la suya y follamos. Me fundí con las olas del mar y tuve no sé cuántos orgasmos. Esta manía de contarle todo, en el quinto perdí la cuenta. Y él seguía y seguía... “Este pibe no acaba nunca, mañana no podré caminar...”- pensé. Él me cambiaba de postura hábilmente y me seguía follando. Yo era una diosa pagana. Pero una diosa acojonada: “Si nos pilla la Guardia Civil, estoy en el horno... La multa es elevada”. Ya me imaginaba yo en el calabozo. (Esta palabra es antigua, ¿verdad?... A veces uso vocablos de mi padre, QEPD, que era de principios del siglo veinte, como ya les conté).

Entre sacudidas, olas, rocas, y fantasías carcelarias, cuando él se quedó a gusto, hubo unos segundos donde pareció que las olas se habían detenido. Mi cabeza daba vueltas, supongo que por la sacudida y las cervezas.

Quedé erotizada y abierta como una flor. Mi pelo estaba electrizado, una especie de Medusa pero con anguilas eléctricas. No quería vestirme; me sentía roca, arena, agua y sal. Y

él... No lo sé. Él se fue a su isla, como hacen los hombres. Que están allí, contigo, dándolo todo, pero después se exilian vaya una a saber dónde. Por lo menos, avancé en la Liga: Tinder Uno.

Y comenzó a llover de nuevo. Nos vestimos a toda prisa y echamos a correr hacia los coches, cada uno al suyo. Hubo un beso tímido de despedida, y un “nos vemos”, menos convincente que cuando el primero de enero dices que te pones a dieta, y nos marchamos.

Conduje a casa confundida y helada. En la radio sonaba “Stormy Weather”, otra vez, como corolario de la historia.

Pensarán que fue el inicio de una historia de amor. Yo también lo pensé, pero no. No lo volví a ver; ni siquiera para saber si había más conversación. No me volvió a llamar, ni a buscar. De-sa-pa-re-ció. *Ghosting* le llaman ahora -oye, que yo también lo he hecho-. Durante la primera semana, más que “ghosting”, la palabra que me venía a la mente era más bien “gilipollas”. O, en argentino nativo, “forro”. Después se me pasó la bronca y me bajó el nivel de electricidad. Igual, no lo entendí nunca: pasas un rato de película, al menos sexualmente, y ¿no quieres repetir?... Es, por lo menos, extraño.

Siempre la primera tendencia, el primer impulso, es echarse una misma la culpa: “¿Lo asusté?... ¿Fue *too much*?... ¿No le gustó?”... El siguiente pensamiento, me redime. “Si no le gustó eso, es gilipollas/forro”. Tercer pensamiento, “¿Es casado y se arrepintió?... ¿Se dio cuenta de que es gay?”... Pensamientos erradicados simplemente porque es imposible adivinar lo que le pasa al otro, y estar en su mente. “Que le den”. Siguiendo ola de pensamiento, entra el humor: “¿Se jodió la espalda follando en las rocas y está hospitalizado? ¿Lo abdujo un ovni? ¿Se hizo monje budista después de un polvo iluminador?...” Jajajajja... Me lo imaginé con la túnica naranja, -la calvicie ya la tenía-, y a otra cosa, mariposa.

Durante al menos dos semanas, siempre que sonaba Stormy Weather en la lista de reproducción de la tienda, tenía que saltarla. Que te den, Etta James.

Poco a poco me olvidé del olor a lluvia, las rocas, la luna nueva, su polla (perdón, corté la poesía, pero una es humana); sus brazos y manos, su risita de costado. Se fue borrando, como cuando se borran las marcas en la arena. Suave, lentamente, persistentemente. Hasta que no queda nada. Borrón y cuenta nueva. Lo que más pena me da, es no haber podido conocerle más. Me quedé con preguntas, ganas de saber de su vida, sus sueños, sus frustraciones. Al final, más allá de los orgasmos, que están muy, muy bien, ese ida y vuelta con las personas, es lo que más nos enriquece. Pero bueno, hay gente que es para echarle de comer aparte.

GENTE QUE VIENE Y QUE VA

Hay gente que es para echarle de comer aparte. Esta expresión española me encanta. Así como hay otras expresiones, como “me suda la polla”, que me cuesta mucho digerir y menos utilizar, ya que me parece demasiado gráfica. (Por cierto, significa “me da igual”. Y, por cierto, gracias a Arguiñano -cocinero español que está en la tele-, aprendí que al miembro viril se le llama “polla” porque está encima de los huevos. Mejor “polla” que “gallina”). Las primeras veces que escuché la expresión “me suda la polla”, recién llegada a España, me venía a la mente, inmediata-mente, valga la redundancia, un pictograma de un pene sudando, y mi cerebro parecía paralizar sus funciones.

En fin, volviendo a la gente, algunos pensarán también que yo soy de esas personas para echarles de comer aparte. Eso es impepinable. Pero, esta gente a la que me refiero, es la que, le ofreces ayuda en la tienda, porque parecen perdidos, y te espantan con gestos como espantarías a un mosquito, y luego acaban llevándose una funda para el pene creyendo que es un dildo. Menuda desilusión cuando llegan a casa y ven que le falta el relleno. Hay quien se ha llevado un plug-joya metálico, sólo por bonito, y para utilizarlo de pisa-papeles.

O la chiquita delgada y etérea como un gorrión... Que me enseña en una mano un spray para sexo oral que se llama “garganta profunda”, con eso te lo digo todo, y en la otra mano unos chicles afrodisíacos para potenciar la erección, y me pregunta, en su perfecto inglés nativo “¿Cuál me recomiendas?” ... Me quedo atónita y me dan ganas de preguntarle en mi perfecto argentino nativo, si es pelotuda, pero me muerdo la lengua. (Perdón; me siento un ser horrible cuando pienso así del prójimo). Pero, es como preguntarle al del mercado: “¿Qué me recomiendas, un bife de lomo o una manzana verde?”...

O la pareja china, que no se entera de nada y me preguntan tres veces si un lubricante es un aceite para masaje, y si un aceite es un lubricante, y lo prueban, y me lo vuelven a preguntar, y luego se ponen a deliberar en chino cuál les gusta más, y, siento que sobro, y me deslizo hacia atrás, hacia el mostrador, cual trinchera, haciendo el pasito de Michael Jackson -¿Moonwalker?-, para que se note menos que me voy. Al final se llevan uno de cada y espero que lo usen bien. Bueno, sea como sea, no corren peligro de todos modos.

Entre la gente que vino y que fue en mi vida, debo citar a mi novio gay. Una psicóloga, la que me tocó por la Seguridad Social luego de parir y en plena depresión post parto no diagnosticada, insistía en corregirme: “Será bisexual”, “No; era gay”. “Bisexual”. “Gay.” “BISEXUAL”. “GAY!!!!!!!”. (Coño, que es mi relato, mi historia, ¿Sabes tú más que yo? Este afán por etiquetar y poner las cosas - y personas- en cajas y estanterías).

La cosa es que este chico gay me andaba rondando. Y yo le advertí: “No me busques que me vas a encontrar”. Si algo siempre supe es que no soy de madera. Y me encontró. Tuvimos un tórrido romance de unos cuantos meses, donde tuvimos muy buen sexo -y puestos a etiquetar, incluso mejor que el que tuve con hombres heterosexuales-. Pero claro, eso estaba condenado al

fracaso. Había al menos entre quince y veinte centímetros de “algo” que yo no podía darle. Y esa historia, aunque bonita, tabú y apasionada, también se terminó.

O sea que hasta salí con un chico gay. Pero nunca había salido con un asiático, y reconozco que me daba curiosidad. Así que quedé con un chico ¿Chino? ¿Japonés? ¿Coreano? ... No lo sabía, y me daba corte preguntar. No sé distinguirlos. Fue mi cita Tinder Dos.

(¿Habéis tenido curiosidad alguna vez por saber cómo sería el sexo con alguien de otra raza? Que no estamos hablando de otro planeta, pero, a ver. Algo de curiosidad sí que da. Una amiga de otra época, estaba obsesionada con tener sexo con un hombre negro. Viajamos juntas a Estados Unidos, y desde que puso sus pies y su ejército de zapatos en la Tierra Prometida, sólo pensó en tirarse a un negro -así lo verbalizaba ella-. No le costó mucho. No pasó del lobby del hotel y ya clavó anzuelo: el recepcionista de turno era negro, alto, con manos grandes, y cumpliría la fantasía. Ya se podía incluso tachar del check list: “Uno. Ir al Target. Dos. Follarme un negro.” Check. Check. Ella, yo no).

Pero volvamos a mi cita Tinder Dos: explorando el Imperio del Sol Naciente, o algo parecido. No llovía; empezamos bien. Después de la experiencia de lluvia y rocas, prefería una experiencia menos salvaje, más predecible, menos climatológica y con menos clímax, más controlada, si se quiere. Se me ocurrió que un asiático sería más así, más medido, más zen. Tonterías que se me ocurren; podréis comprobar a estas alturas que no soy nada prejuiciosa.

Después de chatear una semana, -donde, debo confesar, no hubo muchos puntos de encuentro en cuanto al sentido del humor-, quedamos. Procuero quedar en mi día libre semanal, o cuando me toca el turno de mañana, así puedo quedar por la tarde. Sería raro quedar con un extraño a desayunar, o comer, a pleno rayo de sol, aunque éste sea naciente, cuando en Tinder siempre parece estar implícita la promesa de sexo.

Esta vez me moví más lejos de casa, pero sólo quince minutos. Aquí todo queda cerca, y eso es una bendición. Después de haber vivido siempre en ciudades muy grandes, me encanta poder plantarme en cualquier sitio en menos de quince minutos, y siempre escoltada por el mar.

Cojo/agarro mi Lamborghini/Sandero, y me planto con más o menos saltos en badenes, en quince minutos. No sabía muy bien cómo vestirme. Como os comenté, mi seguidilla de citas y novios fue hace más de dos décadas, y se pierde la práctica. No sé... Es asiático, ¿me pongo un vestido cruzado tipo kimono con dibujos de grullas y flores de cerezo?... ¡Por qué no! Sino no lo uso nunca. Allá que voy. Eso sí: dos palillos cruzados en un moño alto sería *too much*, así que el pelo, al viento.

Quedamos a cenar en un restaurante asiático, cómo no. Llegué puntual pero él ya me estaba esperando, aunque recalco que llegué puntual -bueno, quizás tres minutos tarde-. Estoy orgullosa de mí: he conseguido corregir casi al noventa y cinco por ciento mi impuntualidad. Se levantó para saludarme y no sé si por instinto o qué, atiné a saludar con una bajada de cabeza al estilo oriental y repetida tres veces, para luego darme cuenta de que él atinó a dos besos en las mejillas al estilo español. Arranqué mal; estoy llena de prejuicios. Mátame camión.

No es muy alto, y es de contextura pequeña, con manos pequeñas. Lo siento, pero a priori, no me ponen los hombres más pequeños que yo. Y hablo del tamaño general: me gustaría perderme en unos brazos fuertes, en la explanada de un pecho ancho, y ser abarcada por unas grandes manos. No es que piense que al tener manos grandes tendrán el miembro viril también grande. Sólo miro las manos, y pienso que me gustaría ser tocada por unas manos grandes, que abarquen mis pechos, y que sean más grandes que mis manos, que son bastante grandes.

Nos sentamos. Siendo vegetariana, siempre caigo en el rollito primavera sin carne (aunque siempre me la cuelan y acabo desmembrando el rollito para sacar diminutos trocitos de carne de dudosa procedencia), y el arroz tres delicias (donde también acabo separando minuciosamente los trocitos de jamón). Él observa tranquilo mis maniobras con ojos nipones, aunque todo en él es muy occidental. Así me voy enterando de que nació en Japón, pero vive en España desde los siete años. Tiene cuarenta y siete años. La verdad es que está muy bien; se ve joven, y bien formado; pero en talla S.

La charla es agradable, hay algunas risas también. Pero, simplemente, no hay chispa. Lo veo más como un compañero de oficina, y entonces me relajo. Dejo la coquetería, y solo como, bebo, escucho, y ocasionalmente, hablo. Y cierro en mi mente la posibilidad de un algo romántico: este adorable ser nipón, ni pon, ni son. No me pone nada.

La cena acaba, y yo creo que él tampoco se sintió especialmente atraído hacia mí. Me acompaña hasta mi coche, y con dos tímidos besos españoles al estilo japonés, nos despedimos, con la típica frase: “Bueno, ya quedamos”, sabiendo que no vamos a quedar. Y fin de la historia. Ya de vuelta a casa pienso en lo que tengo que hacer mañana, mi lista de tareas. El oriental no me hizo mella y creo que ya lo olvidé. Mañana tengo que ir a Mercadona. Como diría mi hijo “Mercadona es lo mejor que le ha pasado a este país”.

NOVIEMBRE. MOSCAS Y MOSCONES

Mercadona es lo mejor que le ha pasado a este país. ¿Qué haría yo sin mi empanada de atún que me dura un almuerzo y una cena? ¿O la tortilla de patata para llevar al trabajo, que me cunde cuatro comidas? Ya ni hablemos del maquillaje. Ma-ra-vi-llo-so. Y así puedo seguir.

Aunque, aquí citaré otra vez a mi hijo, pero sobre otro asunto. Como diría mi hijo: “¿Para qué se inventaron las moscas?”... Yo toda sabia, sabía responder -hete aquí la importancia de las tildes otra vez-: “Para alimentar sapos y batracios en general”. Pero, al final, le encuentro razón; llevo una hora con una mosca pegada. Hizo yoga conmigo, posándose en mis poses. Y ahora desayuna conmigo, posándose en mi yogur de soja, y por supuesto, intermitentemente posando sus patitas en mi cuerpo, como si fuera su vasto territorio. Me irrita. “¡Mosca de mierda!”, le espeto. -menudo palabro-. La verdad, la estamparía sin pensar ni siquiera un momento, en aquel batracio que hoy no comerá.

Y la mosca de esta mañana (es otra, creo, una de aún más temprano), tampoco tiene desperdicio. La cabrona, en mi día libre, que decidí no poner la alarma, me despertó entre zumbidos y cosquillas en diversas partes de mi cuerpo. Hasta que me arrancó de las sábanas. Luego desapareció; ni siquiera pude eliminarla. por eso creo que es otra distinta.

Hay hombres/mosca también. Y moscones.

Tuve un novio un poco mosca. Después de mi relación con el muchacho gay (aunque ya os dije que mi psicóloga de aquel momento, que me duró un día, insistiera que debía ser bisexual), conocí a un chico estando de gira. Era diferente; no el típico porteño engreído, me las sé todas, ni tampoco del show biz. Todo lo contrario. De aspecto más bien hippie, familia vegetariana, perro lanudo enorme. Todos hermosos, bellos; quiero decir, él, la familia y el perro. Del norte de Argentina, muy al norte, donde la tierra tiene al menos siete colores. Nuestra relación empezó realmente cuando él se fue a estudiar a Buenos Aires, y era una relación sin etiquetas. Si mi novio fitness dejó pasmada a mi mamá, éste, la hubiera matado de un infarto directamente. Y eso que ella también era del norte. Así que nada de presentaciones formales, más bien, otro novio que esconder. Yo, en esa época de mi vida, -creo que ya lo dije- era una maquineta de hacer cosas. Me obsesionaba no perder el tiempo. Y, pasarme un día en la cama, era perder el tiempo. Él no lo veía así. Digamos que la relación no prosperó mucho. Me rondó como mosca un par de meses más después de la ruptura, y luego se desvaneció en el aire. Juro que no le eché insecticida. Pero creo que todo lo que no crece, se desvanece.

Y hablando de moscas y moscones, les cuento este “encuentro Tinder” que no tiene desperdicio. Vamos a por Tinder Tres. Bueno, a ver si llega a Tres. Que no sea por no intentarlo. Sigo con el efecto Pollyanna a full. ¡Vamos!

Un hombre-mosca me viene rondando -y mosqueando- una larga temporada. (¡Eureka! Ya entiendo de dónde viene la expresión “mosqueando” para definir algo que te estorba. Viene de lo pesadas que son las moscas. De verdad: me acabo de dar cuenta). Se deja caer por la tienda de

manera random, y se enzarza en conversaciones larguísimas sin sentido. Esas personas que se preguntan y se contestan a sí mismas, y van hilando un pensamiento con otro de manera arbitraria, con frases sin final, y, para más inri, en distintos idiomas a la vez, y con un acento difícil de precisar. Mi cerebro se exprime -sobre todo si es por la mañana en la tienda, que todo va lento-, y trata de seguir el hilo de la ...¿conversación?..., sin resultado. Siempre se pierde el hilo, indefectiblemente. Cuando crees que ya lo tienes, puf, cambio de tercio, o, simplemente, puntos suspensivos... Muy raro.

Este tipo de cliente no sabes si viene a ligar, a ponerse cachondo, o simplemente tiene mucho tiempo libre. ¡Dichoso! ¡Préstame un poco! Sea como sea, cada tanto caía Jake. Le llamaré Jake. Despliega su enredo de pensamientos en alto, me deja el cerebro tiritando, y se marcha, cuando yo suelto la amenaza: “Hay cámaras por todos lados, Jake; tengo que trabajar”.

Paralelamente, llevo unos días charlando con uno en Tinder. Es extranjero, de origen belga, aparentemente, aunque lleva doce años en España. La conversación es un poco escasa, quizás por las diferencias culturales. El idioma es trabado, cuesta un poco. Y de usar la ironía, ni hablar. ¿Qué es eso? ... Por eso decidí quedar. No por la promesa de sexo -aunque por la foto no se ve mal, con gafas oscuras, sombrero y chaqueta-. Sino por desvelar el misterio lingüístico más que nada.

Así es que quedamos en una cervecería irlandesa, aunque pertenece a un noruego, y está en el barrio inglés. Esta ciudad es así. Nada de restaurantes belgas ni parrillas argentinas: mejor un territorio neutral.

Esperé un rato. “Éste se debe haber perdido”, pensé. Me entretuve mirando los videoclips de los años ochenta y noventa, y saboreando la espuma cremosa de una buena Guinness. Más allá de lo cutre de los vídeos, qué música espectacular la de esos años. ¡Qué artistas! ¡Iconos! Pones ahora vídeos de MTV y todos los temas son iguales, con monigotes gesticulando raro y mujeres vendiéndose barato. Lo único que cambia de un vídeo a otro es el color del chándal (jogging, o “yoguin”, para los argentinos; prenda deportiva por antonomasia, símbolo de desidia si te lo pones para no hacer deporte y lo más anti-elegancia si te lo pones con tacones -aunque conozco un caso-, pero que ahora parece ser lo más de lo más). Yo estaré “demodé”, seré antigua, pero, tengo dos lemas: “Si llega el fin del mundo, que no te pille en chándal” -a los raperos no les importa- y “Se puede caer la moral, pero jamás el culo” -los reguetoneros y reguetoneras están de acuerdo conmigo.

El caso es que a los quince minutos aproxi- madamente, me pareció ver una cara familiar. Elevo la mirada y me topo con Jake, el de la tienda, el de los pensamientos random y acento raro, el hombre-mosca. “OMG”, pienso; menuda suerte. Ahora tendré que fumarle mínimo una hora de conversación sin sentido. Y no hay cámaras con las que amenazar. Aunque... Sí le puedo decir que estoy esperando a alguien. Con eso debería bastar... ¿No?...

Jake se acerca, me saluda y le saludo, y arranca su perorata sin casi respirar. Cuando para de hablar para tomar aire, aprovecho y le pregunto: “¿Qué haces por aquí?” Y me suelta, todo sorprendido, que quedó conmigo por Tinder. “Que ¿Qué?...” Abro la App con un intento desesperado de demostrarle que está equivocado. Y no. No lo está. El de la foto es él. Con gafas, sombrero y chaqueta. Pero él. Jake. Quedé con el hombre-mosca sin saberlo. Mátame camión.

“Pensé que sabías que era yo”, me suelta. Nooooooooooooo. De eso nada monada.

Y arranca otra vez la conversación hacia ningún lado, concatenando el (des)afortunado encuentro, el Tinder y la búsqueda de pareja, con el horóscopo chino, su tótem, los astros, su abuela que toca el piano, sus amigos músicos y artistas que pueden sacarme de la tienda, porque yo lo valgo, su ex-mujer, sus hijos, sus viajes, la decoración que está por poner en su baño, toda llena de flores, hasta por el techo, el aceite de masaje que compró el otro día y la crema estimulante efecto calor intenso Thor. Todo en una sola frase, o eso parece. Yo, mientras tanto, iba por la segunda pinta de Guinness, intentando ahogarme en espuma y desaparecer.

El hombre mosca no para de hablar; yo ya me he perdido, no sé por qué capítulo va. Estoy por pedir la tercera pinta de Guinness, pero sé que luego lo lamentaré. Tendré que pedirle que me lleve a casa, y de eso, ni hablar. Así que, en un acto de valentía, hago un gesto de *stop* para ir al baño. Si sigue hablando solo ya es cosa suya.

A la vuelta del lavabo, le digo que ya pagué mis cervezas, y, en un acto de doble valentía, no me vuelvo a sentar. Le digo que quiero ir a descansar, que mañana trabajo y el día se me hará largo. Y me largo. Bueno, no sin antes soportar otros veinte minutos de oraciones inconexas donde intenta convencerme de que la noche es joven, de lo bien que lo estamos pasando, de lo interesante que es la conversación, los astros, el tótem, y la decoración de su baño, pero, finalmente, me largo. Madre mía. Debería estar prohibido hablar tanto.

Recuerdo haber salido casi corriendo, y a unos quinientos metros, lancé un grito de desesperación, -para malestar de los vecinos-, satisfaciendo mi necesidad acuciante de lanzar mi frustración al espacio. Pensé seriamente en borrarle de Tinder, pero le daré otra oportunidad. Sigo en Tinder Dos; no he avanzado en La Liga, ya que esta cita no cuenta. Pero bueno, tendré que volver a intentarlo. Si volvía a ver a Jake, sería en la tienda, rodeada de cámaras y en mi trinchera, armada hasta los dientes, con un dildo morado a modo de cuchillo, y como granada de mano, un *plug* con vibración.

HABLAR SIN PALABRAS

Un *plug* con vibración y un dildo morado, marchando. Mientras voy envolviendo todo lo más rápido que puedo, y lo guardo en la bolsa, sonrío y deseo las buenas tardes. Soy la dependienta feliz. Bueno, “ayudante de dependienta” pone mi contrato, y es que, me ayudo a mí misma.

Entra una pareja con un bebé en su carrito y, mientras los tres saborean helado, los padres se van a un rinconcito a ver los juguetes anales. Yo comienzo mi diálogo silencioso con el bebé: precisamente una beba de quizás ¿nueve o diez meses?...

Primero la conquisto con mi performance completa de dependienta-payaso, perdón, ayudante de dependienta -payaso. Me escondó debajo del mostrador y pego un salto; así repetidas veces. Luego me escondo tras una caja de lencería, y asomo una cara de ojos saltones. Ella celebra cada gesto como si fuese una fiesta, y me hace feliz.

Luego comienza a hablar conmigo con gestos. Hace movimientos con las manos, con una, con las dos, distintas combinaciones con los dedos. Y yo imito todo, como en una coreografía. Hace gestos con la boca; una U y una A, U, A, U, A. La imito. ¡Y le encanta! ¿Sentirá que soy su marioneta y es titiritero? ... Me fascina lo simple que puede ser la felicidad.

Al final los tres se marchan sin helado y con un *plug* rotativo llamado Twister. Hay que espantar a la rutina, aunque sea a golpe de pequeños huracanes.

Limpio las manchas de helado minuciosamente y con una sonrisa. Los bebés son como bombas de felicidad. Los pones ahí y ¡boom!: sonrisas. Bueno, salvo cuando se les da por llorar persistentemente y te taladran el cerebro. Pero, básicamente, siempre que no tengan un gas atravesado, son bombas de felicidad.

Sigo mi jornada en la tienda alternando algunos clientes- que vienen a comprar promesas de polvos apoteósicos- con quitar el polvo a golpe de trapito empapado en desinfectante -espero no tener secuelas en los pulmones en el futuro por aspirar tanto desinfectante-. Escucho a mi mente. Mi mente es como el mar. Siento las olas de frustración, tedio y desesperanza, alternando con las olas de “me como el mundo”, “aún soy joven” y “yo puedo”. Digamos, es como si en vez de un ángel y un demonio en cada hombro, tuviera a Tony Robbins y a Schopenhauer susurrándome al oído. Un infierno. No hay triptófano ni magnesio que aguanten.

Quizás es la época del año. El otoño es así, aunque aquí venga, algunas veces, disfrazado de verano alargado, o de primavera, el cuerpo lo sabe y crea los síntomas: ciclotimia, inestabilidad, negatividad interrumpida por ráfagas de deseos heroicos. Uf, todo se me hace insostenible.

Cuando no hay nada que hacer en la tienda además de limpiar lo limpio, juego al Tetris. Esto es, quitar los productos de cajas y cajones, limpiar, lo que está limpio porque no le da tiempo a ensuciarse, y volverlos a meter dentro de la caja. Procurar que vuelvan a caber, cambiando la disposición. Se me da bastante mal; nunca fui buena en el Tetris (lo mío era el Mrs. Pac Man). No tengo paciencia. Pero al final, siempre lo consigo.

No hay muchos clientes, y eso, lamentablemente, me da demasiado tiempo para pensar. Pienso en mis ex, de los últimos veinte años, que se dice pronto, dos largas relaciones. Una con hijos, que ya mencioné, a los que amo y añoro. Otra más larga y sin hijos. Una llena de desamor, otra carente de evolución. De la primera, aprendí que quiero ser amada, sino prefiero estar sola. De la segunda, aprendí que quiero ir hacia algún lado, y no tirar de un carro sola, sencillamente, porque es agotador. Una me rompió el corazón. La otra, la espalda.

Como decía un gran amigo mío, muy sabio él: “Siempre nos quedará IKEA”. Después de cada ruptura, toca un viaje a IKEA. Tendrás que armar un nuevo apartamento, o habitación, o renovar lo que tienes, para verlo distinto. Para que el nuevo comienzo sea nuevo de verdad. Ya he pasado por todos los colores y modelos de KALLAX: los he tenido blancos, negros y color madera. Dos cuadraditos, tres, cuatro ¡y hasta seis! Que no saquen un nuevo color que no me da la vida para tantos nuevos comienzos y decoraciones.

Encima ha pasado lo que me temía. Estoy de duelo: Bronte ha sido descatalogado y quitado de la estantería. No sé qué voy a hacer sin Bronte, sin sus movimientos ondulantes, sin sus promesas de placer expandidas por el mundo. El caso es que nadie ha ocupado su lugar. Cuando un cliente solicita un dildo realista con rotación, la desilusión se lee en sus ojos: “Tenemos que pedirlo online; no tenemos nada que ofrecer en tienda. Lo siento”. Y, aunque dejan la pasta a cambio de un papelito que promete placer en cuarenta y ocho horas, no es lo mismo que llevarse a Bronte en ese mismo instante a casa. Ese tipo de emoción, no tiene precio.

Ahora, cada mañana soñolienta, no tendré a Bronte para confesarle mis penas. Y la verdad, hablar con Saul o Zane, que están en una caja, y son blandengues, y de un color marrón impreciso, no me hace ninguna gracia. (Una vez una clienta me dijo que tenían el color de un muerto; y el marido acotó: “Ya quisieran muchos muertos tenerlo así de grande”. No digo más; Bronte es Bronte. Se acabaron las confesiones matinales.)

Entre polvo y polvo, me refiero al polvo de las estanterías, me tomo un descansito de, digamos, ochenta segundos y miro el móvil. Paso candidatos de Tinder y ninguno me hace tilín. Ya había pasado un mes y pico desde mi encuentro Tinder apasionado en las rocas, -los dos posteriores encuentros Tinder fueron fallidos-, y, convengamos que, aunque esté rodeada de dildos, un miembro de carne y hueso sería de agradecer. Bueno, ya ni hablar si hubiese conversación, y chispa, y la promesa de amor. Eso ya sería la bomba. Pero bueno, sin fliparme demasiado: al menos un dildo de carne y hueso sería de agradecer.

Decido animarme un poco, recuerdo mi intención de ser más Pollyanna (¿Dónde quedó aquella promesa, aquel deseo de cumpleaños?) Vamos a por una noche de sexo. Decidido. Abro el Tinder otra vez, esta vez, descaradamente sobre el mostrador, total, no hay ni Dios.

Deslizo, deslizo, deslizo... Izquierda, izquierda, izquierda... Nada. Voy a la estantería de los dildos para inspirarme. Resoplo. Decido que el azar decida por mí -valga la redundancia otra vez-. Me dirijo hacia la baraja de cartas eróticas con la firme intención de sacar una carta, al azar, y según el número que salga, deslizar esa misma cantidad de hombres menos uno a la izquierda, y el siguiente, a la derecha, y el que toque, toca. Total, “buscamos un dildo de carne y hueso”, me recuerdo a mí misma. Cojo la baraja, con intención de coger una carta, pero un cliente me coge por sorpresa. (Tranquilo; me coge en español de España: mi sueldo no da para tanto).

Convengamos que he dicho la palabra “coger” cuatro veces en una frase, y soy argentina: debo estar necesitada.

El cliente es un hombre mayor y extranjero que desea un dildo. Muy bien. Le enseño lo que hay y le recomiendo el uso de un buen lubricante a base de agua. Me dice rápidamente y un poco colorado, en un inglés trabado, que no es para él. Que es para una mujer, asumiendo de esta manera que las mujeres no necesitan nunca un lubricante. Y que ¡por Dios! ¡Él no es gay! -como si a mí me importara- Vale. Seguimos. No juzgo. No juzgo. No juzgo. Intento recordar algo de lo que aprendí en los veintiún días con Chopra, sin éxito. Luego me dice que quiere lencería, roja y talla S. Le enseño varios conjuntos, y me hace abrir dos.

Al final elige uno, lo paso por el lector junto con el dildo, comienzo a envolver los productos y me suelta, sin anestesia -y sin lubricante- “Que compra eso para su hijastra ya que le gusta verla masturbarse y hacer squirting”. La verdad es que esto lo dice muy bien en inglés, como si fuese su lengua materna. Me quedo pasmada, y luego de un “mátame camión” mental, esbozo una sonrisa que se queda a medias, entre sonrisa y gruñido. Termino como puedo de cobrar, embolsar, y le doy los buenos días. Juzgo. Juzgo. Juzgo. Chopra se desvaneció. ¿Tu hijastra?... ¿En serio?... Me quedé sin ganas de dildos, de coger la carta, de es-coger un chico del Tinder, y de coger en argentino. Cómo cuesta mantenerse positiva.

Esto me hace pensar en que hay gente que está bastante peor que yo. A mí sólo me gustaría una pareja con proyecto en común, un compañero. Como cuando hablaba con el bebé sin palabras: una persona con la que pudiera comunicarme de verdad. Un compañero que pusiera mis necesidades y deseos antes del qué dirán. “Seguro que existe; en algún lugar habrá alguien para mí” (Gracias Tony). “El amor romántico es una utopía y está condenado al fracaso” (¡Calla, Schopenhauer!) Mi mente es como el mar.

Ese día volví a casa desesperanzada y sin match. Pero, seguramente, el mar me devolvería la vida al día siguiente, como cada día. Y además, me llega una ola de optimismo ya que pronto tengo una semana de vacaciones. Me llenaré de mar, caminatas, y mar. Qué haría yo sin el mar.

DICIEMBRE. MANTO AZUL

Qué haría yo sin el mar. El mar me salva la vida cada día. No exagero. Cuando voy al trabajo, en algunas bocacalles de esquinas soleadas, sólo con una mirada sutil de espía, con un leve giro de cabeza que no llega a treinta grados, puedo ver el mar. Inmenso, azul e intenso. Me invita siempre a zambullirme en su magma. No puedo hacerle caso siempre, o la mayoría de las veces. Éste es el peligro de vivir en una ciudad con mar: si le haces caso siempre, ya no trabajas; no ejecutas tu “to-do list”. Más bien reemplazas tu lista de tareas por: tomo sol, me baño en el mar, camino en la arena, salto olas, medito frente al mar... Me ducho, me lavo el pelo, me hidrato, descanso... Así cada día, en un bucle feliz y sin propósito, hasta hacerte vieja, muy vieja, y muy arrugada. Simplemente, dejas de hacer todo lo demás, y te abandonas al mar.

Llegó diciembre, con la nostalgia típica de otro año que se va. He estado ocupada, más bien mi mente ha estado okupada -llena de pensamientos okupas- y no he tenido tiempo de mirarme y consultar conmigo cómo estoy. Y, mejor me agarro que vienen curvas: en pre-navidades, navidades y post-navidades, hay mucha gente y muchos clientes. Suele ser bastante frenético. Sí; hay quien regala vibradores y masturbadores en Navidad. Pero, la mayoría de los regalos son perfumes con feromonas, aceites o velas de masaje y lencería. Mucha lencería; las típicas braguitas rojas que hay que llevar en Noche Vieja para arrancar el año nuevo con suerte, y algunos disfraces de Mamá Noel, claro. Llega el fin de año y la promesa de uno nuevo, lleno de pasión, aventuras, y amor. La primera mitad de diciembre también es movida ya que hay muchos días festivos, y la gente, sobre todo de Madrid, viene en olas a pasar unos días en el mar. Parece ser que el mar, al menos por un rato, nos devuelve a todos la cordura. O casi.

Dudosa cordura tenía esta persona que entró casi a las diez de la noche, horario de cierre, -recordemos que se trata de un sex shop, nada de primera necesidad- buscando algo vegano. La persona en cuestión es un chico-chica. (Alguna vez un aparentemente hombre me ha pedido feromonas de mujer para sí misma/o y otras veces, una aparentemente mujer me ha pedido pastillas para la erección para ella misma/o. Estoy confundida/o. No tengo nada en contra de las personas así, pero me siento en un dilema. No sé qué recomendar porque desconozco cuál es su genitalidad).

Pues, volviendo a elle, entra a las 21:56 buscando algo vegano. No importa el qué, siempre que sea vegano. Pero ... ¿Qué quieres alma de cántaro?... ¿Un lubricante?... ¿Un choker de cuero vegano?... Un masturbador. Me aclara que es para el pene porque viste falda, leggings morados, y lleva las cejas depiladas y las uñas pintadas mejor que yo (¿Qué hombre, nacido hombre, en su sano juicio, se mete en la tiranía de las uñas de gel?) ... No sé sinceramente si el masturbador de pene es vegano. A cada cosa que señala me pregunta si hay uno más grande, o uno más transparente, o si es el único modelo. Me empiezo a irritar -aunque no lo demuestro- pero pienso: “¡Lo que ves es lo que hay! ¡No me entretengo escondiendo mercancías a los clientes!”... Me imagino a mí misma en plan Gollum aferrada a un dildo y diciendo “mi tesoro”, y me río por dentro. ¡Mátame camión!...

Finalmente se lleva un lubricante que reza “Bio Vegan”, por si le quedan dudas. Se lo lleva no sin antes preguntarme si lo tengo más grande. Me refiero al tamaño del lubricante. ¡NO! ¡No tengo escondido uno más grande! Pero, no solo entra tarde y no sabe qué quiere, sino que huele muy mal. Eso lo llevo peor. Se me está revolviendo el estómago. Tengo invadida la pituitaria de un olor rancio y en breve dejaré de pensar. Se marcha a las veintidós en punto, gracias a Dios, y yo cierro la puerta detrás de él-le/la. Hago una apnea de diez segundos, lo que necesito para ir a buscar el tester de perfume Secret Orchid y echarlo en la tienda. El aire se hace medio respirable. Respiro, resoplo y respiro, y mientras estoy contando y cerrando caja, comienza a tocar la puerta. Me hago la sorda. Ya cerré la caja, no puedo cambiar nada, ni cobrar nada, ni leer etiquetas buscando la palabra “vegan”. Sorry. Finalmente contesto a los gritos desde la caja, sin asomarme, ya que si me asomo, tendré que abrir, dialogar y oler ese olor otra vez ... Le pregunto a los gritos que qué desea. Me chilla desde el otro lado del cristal, que vio en la web que hay un Bio Vegan más grande. Le grito: “Ok, pero yo no te puedo cobrar ya porque he cerrado caja”. Que no es para cobrar, que si me lo puede encargar para traerlo. Le grito que para traer algo especialmente hay que dejarlo abonado. ¡¡¡Y ya no puedo cobrar!!! Se marcha... Respiro. Resoplo. Respiro otra vez esquivando algún vestigio de olor rancio que aún perdura. Bajo los hombros que llevo pegados a las orejas. Y luego, intentando recuperar la cordura, me pregunto... ¿No te acordaste del lubricante antes? Estamos abiertos doce horas, de diez a diez... ¿No miraste la web antes?... ¿Te acabas de hacer vegano/a/e?... ¿Tuviste una revelación?... Y... Fundamentalmente, ¿Por qué no te has duchado?...

Repasando mis amores, amantes, ligues, historias vitales con un otro-hombre, tuve una breve etapa de búsqueda de mí misma, donde no quería ponerme de novia -siempre andaba de relación en relación- sino, conocerme en relación a un hombre, dos, o tres. Quizás cuatro. Aprender de mí con ellos. No me duró mucho la etapa, pero mereció la pena. Tuve suerte de que no caí con ningún degenerado, o asesino serial. También es cierto que, aunque eran encuentros casuales, no eran encuentros con absolutos desconocidos. Convengamos que no había Tinder en esa época. Podía ser el amigo de un amigo de un amigo, o el fan repetidor en uno de mis conciertos, o el extranjero conocido de un colega que está de paso por la ciudad, o, quizás, el profesor de teatro de algún compañero.

En una etapa de experimento, creo que lo mejor es elegir tipos de hombres diferentes, para poder aprender lo máximo posible. Distintas edades, profesiones, intereses, y tipos físicos. Yo no sabía nada de mí como mujer, y me daba miedo y cierto rechazo el sexo, por mi crianza. Entonces dediqué esta breve etapa de mi vida a hacer mi mente más elástica. Igual, y aunque el Tinder se parece un poco, no repetiría.

Fue la única etapa de mi vida, que pudo haber durado como mucho un año, donde yo salía por fin del cascarón para comerme el mundo. Ya iba tarde, como siempre. No era una niña: tenía veintisiete años. Siempre he ido con diez años de *delay* por lo menos en mi desarrollo como mujer.

Tuve el polvo por pena, por no saber decir que no. Tuve al amante extranjero, con el que jugué a ser mujer-cosmopolita. Tuve al amante prohibido, ya que era casado. El amante mayor, sólo para comprobar si estaba tallada igual que mi madre y me gustaban los muy maduros. No. Ninguno era mi tipo. Tampoco descubrí gran cosa de mí como mujer en cuanto al placer se refiere. Más bien me pareció todo normalito, nada apoteósico. Y agradezco a Dios su protección

durante el experimento. Era yo en una lucha desesperada por conquistarme como mujer. Y aún me quedarían muchas batallas.

Estoy ocupada en la tienda estas semanas, lo que es muy bueno, así no pienso, y no aspiro tanto desinfectante. He decidido no tirar la toalla y no acabar el año sin una cita Tinder que se precie, así que, fuera del trabajo, miro el Tinder a todas horas. Alguna cosa interesante aparece, pero todavía nada espectacular.

Por tener salvavidas, estoy chateando con dos chicos. O, debería decir, hombres (no sé cuándo dejamos de ser “chicos”). Uno es fontanero y electricista; vive en las afueras de la ciudad, es divorciado, con dos hijas y un perro. Siempre es bueno tener un manitas en casa. El otro es soltero, me parece que no ha llegado a los cincuenta, -¡quizás no ha llegado ni a los cuarenta!-, está muy en forma, y parece tener un gran sentido del humor. De Tin Marín de Do Pingüe, Cucara Macara Títere fue. ¿Tengo que elegir? ¿O puedo quedarme con los dos?... ¿Estoy volviendo a los veintisiete?...

Según Rudolf Steiner, la vida cambia cada siete años. Es la teoría de los septenios. Mi madre me hablaba de esto. A veces me acuerdo, porque, es curioso cómo cada siete años aparece un ciclo nuevo. Yo lo he sentido así, sobre todo a los 27-28, luego claramente 34-35 -un cambio radical-, a los 42 crisis existencial, y a los 49-50, bueno, ya ven por dónde voy. Y conforme nos hacemos mayores, parece que se repiten en paralelo. Si ponemos el punto de inflexión a los 35 años, aproximadamente, a los 49-50 años tendría un ciclo como el de mis 14-15 años. Es decir, ¡soy una adolescente! Aunque, teniendo en cuenta mi *delay* en la adolescencia, se podría afirmar casi con seguridad, que estoy volviendo a los 27. Pero mucho más sabia, y arrugada (aún no he pasado por el bótox, pero en cualquier momento, caigo).

Una cosa que me encanta hacer en la tienda es decorar la vitrina. Puedo sacar mi parte creativa y desplegarla, y el tiempo se me pasa más rápido. Estas navidades he puesto unas hojas enormes de palmera, de purpurina roja, estrellas de purpurina negra, dos botellas de champán envueltas con el papel característico de la tienda, muchos regalitos y bolas de navidad. Un Womanizer Marilyn Monroe en el centro, algo de cosmética, y juguetes, claro. Lo más original: un succionador en forma de rosa roja y un huevo vibrador que parece una fresa, metidos en una copa de champán. La verdad es que está bonita. Las chicas de dentro van a juego con lencería roja y negra, cintas de raso de bondage, gorrito de Papá Noel y flores de Pascua. Y más sobre la fecha navideña, la rubia se transformará en pelirroja, y llevará un vestido divino de elfo sexy, hecho de terciopelo verde con detalles en rojo y plata. Es importante exaltar la fantasía y el juego. Nos volvemos viejos cuando dejamos de jugar.

He quedado con uno de los chicos de Tinder, el fitness, para vernos en la rave navideña de La Zenia. Les cuento lo que es porque parece ser una locura. Yo le llamo rave, pero no es una rave. Es una macro fiesta donde se juntan todas las nacionalidades en la playa. Todos vestidos en plan navideño. Cada uno planta su bandera, su barbacoa, su carpa, o lo que le dé la gana. Y todos conviven y comparten en una gran celebración. Los looks van desde el simple gorro de Papá Noel, hasta pijamas navideños, y algunas van de arbolito, llenas de brilli brilli. ¡Exaltar la fantasía y el juego! ¡Claro que sí! ¡Hasta los perritos van disfrazados! El chico Tinder y yo

somos tan regios que hemos quedado en ponernos un gorro de Papá Noel dorado y encontrarnos en medio de la playa. Esto ocurrirá el día 25. Creemos fervientemente que nadie llevará gorro dorado. Todos serán rojos o, a lo sumo, verdes. Llevo una semana recorriendo bazares chinos en busca de un gorro dorado. Menuda idea. Le voy a quitar peso a este encuentro, y sólo iré a pasar un buen rato, sin expectativas.

Sólo por añadir algo de diversión, o para complicarme la vida, quedé con el otro chico Tinder, el fontanero, también en la rave de La Zenia el día 25, pero quedamos en ponernos cuernos de reno plateados. Con uno quedé a las once de la mañana. Con el otro a las tres de la tarde. A ver qué tal. Puede ser fantástico, o un auténtico desastre.

Antes que llegue el día, tengo pensado un viaje relámpago a Madrid a ver a mis hijos. La idea de que pasen Navidad solos -el padre se va de viaje-, me estruja el corazoncito. Así que, por lo menos, el día 23 de diciembre voy a ejercer de Papá Noel, y les llevo una bolsa entera de regalitos y algunos dulces. Es la única época del año en que me atiborro -y les atiborro- de azúcar.

Apuro mis días en la tienda, 20, 21, 22 y llega la libertad. El día 23 vuelo con el Súper Sandero a Madrid, y paso dos medio-días hermosos con mis hijos. Les entrego la bolsa llena de regalitos para que pongan debajo del arbolito. Y, para mi sorpresa, regreso con una bolsa de regalitos también. No paran de sorprenderme.

Me vienen recuerdos de tantas navidades y celebraciones. Nunca fueron chicos de pedir muchas cosas. Aún guardo algunas cartas a Papá Noel. Eran tan sencillos pidiendo regalos que me emocionan y enternecen. Me acuerdo de unas botitas color rosa que pidió mi nena cuando tenía tres añitos. Y los trenecitos y autitos de mi nene. Qué privilegio ser Papá Noel.

También fui Ratón Pérez. Una vez pidieron no sólo el regalito, sino una carta firmada por el mismísimo Ratón Pérez con su huella impresa. Esa fue la noche que me acosté tarde tallando una mini pata de ratón en una patata, para luego mojarla en tinta y estamparla en las cartas del ratón, donde tuve que cuidar extremadamente la caligrafía. La exaltación de la fantasía y el juego siempre han estado muy presentes en nuestras vidas, gracias a Dios.

Llegué a casa el día 24 súper tarde. Y al otro día tenía doble rave navideña. Y antes de acostarme me di cuenta de que sí tenía el gorro dorado de Papá Noel, pero no los cuernos plateados. Así que me tocó acostarme tarde construyendo unos cuernos plateados con papel albal.

Lo duro de la rave navideña es ponerte un bikini en pleno invierno, cuando el cuerpo ha estado tapado tanto tiempo. No te sientes sexy y ya estás descolorida. Como aquí vas a la playa hasta bien entrado septiembre u octubre, no es un blanco níveo, pero sí un bronceado descolorido. Y otra cosa son los pies. Tres meses sin una pedicura en condiciones, toca hacer un apañío rápido con esmalte rojo, que siempre disimula todo. Digamos que fue una noche larga entre cuernos de reno, depilación, autobronceador y pedicura de emergencia. Me levanté destrozada a las nueve y media, desayuné en cámara lenta, y me preparé para marchar. Llevo el bañador puesto, por las dudas; pantalones verdes brilli brilli, una camiseta blanca y una sudadera con Mickey Mouse y Donald Duck navideños que dice “Jingle Bells”. Es lo que conseguí y será

mi uniforme navideño de aquí a la eternidad.

Es imposible aparcar el día 25 de diciembre en la Playa de La Zenia, salvo que vayas a las siete de la mañana. Aparqué a media hora de allí, y cargada con mi mochila y lona de playa, comencé mi caminata. Es un hermoso día de sol, y corre una brisa agradable. Con cada paso renuevo mis ganas y mi energía. A veces me olvido de lo fantástico que es caminar. Tan sólo poner un pie delante de otro, y caminar, no para llegar a ningún lado. No por nada los filósofos, filosofaban mientras caminaban. Fluye mejor la sangre al cerebro y las ideas se aclaran. Llevo un tatuaje en un brazo que pone “just breathe” -sólo respira-. Debería añadir uno que ponga “just walk” - sólo camina.

CAMINAR y RESPIRAR

“Sólo camina”, me digo a mí misma, como repitiendo un mantra. Llevo casi veinte minutos y me estoy viniendo arriba. Creo que apenas tenga vacaciones voy a hacer el Camino de Santiago. ¡Sí Señor!

Llego a La Zenia a las 10:45 y ya es un mar rojo a fuerza de gorros y trajes de Santa Claus. Me siento un rato a beber agua y recomponerme, para estar lista a las 11 en el centro de la playa con mi gorro de Papá Noel color dorado. A las 10:55 me adentro en el mar rojo, donde flotan diversas banderas: españolas, belgas, inglesas, alemanas, suecas, noruegas, alguna argentina, colombiana y ¡brasileña! Alcanzo a ver a Uruguay, Venezuela, Ucrania, Rusia, Finlandia y una que no sé de qué país es. También está la bandera del orgullo, y se coló una del Real Madrid. El olor a salchichas a la barbacoa inunda la playa. Y el reggaeton de unos, se confunde con oldies de los ochenta en inglés, y una especie de tecno búlgaro que no comprendo. Esto es maravilloso.

Sigo adentrándome en el mar rojo, buscando a mi churri de Tinder, es decir, buscando un gorro de Papá Noel dorado. Uno, dos, tres... Diez. Hay gorros de Papá Noel dorados por todas partes; siento que estoy en un libro de “Buscando a Wally”. ¡Hasta los caniches llevan gorritos dorados! Por eso yo no encontraba gorros dorados en los bazares chinos: ¡Ya los habían vendido todos! Voy descartando candidatos, empezando por las mujeres, los señores muy mayores y los caniches.

Cuando son las 11:10, estoy en el centro de la playa, con mi gorro dorado, y un poco desesperada. Justo cuando estoy por sucumbir ante la frustración, matando a la pobre Pollyana que me grita desde un rincón, diviso a unos cinco metros, unos brazos musculosos y bronceados. Me voy acercando, sobre todo para comprobar que esos brazos son seguidos por un cuello, una cabeza y un gorro dorado. ¡Y sí! ¡Bingo! Es él. Respiro. Resoplo. Respi... Se da la vuelta y me ve. Exhalo. Nos acercamos.

“¡Hola!”, me suelta junto a un gesto con la mano, la mar de amigable. “¡Hola!”, respondo. Y caen dos besos al estilo español. “Menuda locura, ¿eh?”, le digo con sorpresa y alivio. “¿Es la primera vez que vienes? Yo vengo todos los años.” Mi mente prejuiciosa rápidamente empieza a calcular: este chico de qué va, todos los años aquí rodeado de Papás Noeles, no tiene otra cosa en la vida, qué raro, bla, bla, bla... “¡Calla Schopenhauer!” Respiro para vaciarme de ruido y me entrego al momento.

Él es lindo, tiene un cuerpo tallado -lleva solo camiseta aunque sea diciembre-, y parece muy vital. Nos hacemos hueco entre la marea humana, y conseguimos poner mi lona en la arena. Conversamos mucho y nos reímos bastante. Ya el mero hecho de poder conversar con un humano, es reconfortante. Tanta IA, y tanto móvil me tienen desesperada. Hay quien usa el CHAT GPT hasta para escribir cartas de amor. Al final, las máquinas conquistarán la Tierra: nos volverán máquinas a nosotros. Fuera corazón, fuera emoción y fuera imaginación. El hemisferio derecho del cerebro se marchitará sin remedio y posiblemente la glándula pineal se transforme en canica. Es realmente triste y patético.

“¡Basta! ¡Fuera negatividad y especulaciones futuristas!”. Amordazo a Schopenhauer en un rincón opuesto al que habita Pollyana, y a Tony Robbins, le pongo el bañador. “¿Vamos al mar?”... Le suelto a mi Tinder Tres (he decidido que mi Tinder Tres, Jake, no es mi Tinder Tres, sino un moscón que usó Tinder para tener una cita conmigo, así que no vale).

Lo bueno de tener una cita en bañador, es que los complejos que puedas tener con tu cuerpo se desvanecen inmediatamente. No hay nada que esconder, lo que ves es lo que hay. Esto es algo que no podría haber hecho a los veinte, ni a los treinta, ni a los cuarenta. ¡Benditos cincuenta! ... El mar está helado, pero es necesaria esta inmersión por dos motivos: uno, porque refresca la cita, y el segundo, porque la cola para hacer pis en el único baño que hay, es de por lo menos treinta personas. Además, es bueno para la circulación. Todo son ventajas.

Tinder Tres tiene cuarenta y cuatro años -un pibe- y es venezolano. Creo que él cree que yo tengo menos años. No pregunta, así que no contesto. Por una vez en mi vida, no cuantifico y me conviene. No tiene el acento muy marcado ya que lleva en España la mitad de su vida. Pero se nota el ritmo, el calorcito y el sabor. Los latinos sabemos de eso. Hay algo de chispa y mi Pollyana interior está haciendo *twerking* en un rincón. Se nos ha pasado el tiempo volando y lo estamos pasando francamente bien. Es raro tener que despedirme y hacer que me voy, para volver con unos cuernos plateados media hora más tarde. Pero, oye. Quedan cinco días para acabar el año y hay que tener plan A y B, y si me apuras, C. He quedado con Sergio, así llamaré en este relato a mi Tinder Tres, para vernos el año próximo. Cuando pasen todas las celebraciones familiares, de trabajo, etc., quedaremos en algún otro sitio y sin gorro dorado. No sé si es porque es de día, o porque nos rodea el espíritu navideño, pero sólo hay un tímido beso de despedida, como si fuésemos dos adolescentes a escondidas de los padres, y un “¡Hasta el año que viene!” Él se va a comer con amigos, y yo me voy a casa. Mentira. Yo me voy caminando, aparentando mucha seguridad, dejando el mar a mi espalda. A unos trescientos metros, detrás de una especie de arbusto, me cambio de ropa. (Dije que iba a ser mi único uniforme navideño, pero luego me di cuenta que podía ser vista por Sergio, así que me embutí en unos vaqueros blancos y un hermoso jersey rojo y suavecito que me hizo mi hermana). Una vez lista, vuelvo a la playa pero por el otro extremo. Con Tinder Cuatro hemos quedado cerca de los juegos infantiles. Con esta precisión y los cuernos plateados será más fácil encontrarnos.

Una vez en los juegos infantiles, me dan unas ganas locas de tirar la mochila y ponerme a trepar una tela de araña gigante, ante la mirada atónita de una decena de niños -no he dejado de ser chica-. Pero me aguanto las ganas. Sería raro que mi Tinder Cuatro me viera colgada de una tela de araña gigante como primera impresión. Respiro, me pongo mis cuernos plateados hechos hábilmente con una diadema vieja, dos bolis, mucha cinta de embalar y papel albal, y oteo el horizonte. En esas veo un hermoso Golden Retriever color blanco, que se acerca sonriente y con unos cuernos de reno plateados en miniatura. No puedo más que tirar la mochila, agacharme y llenarlo de mimos. Es hermoso y me recuerda a Duke (Golden Retriever blanco que pertenecía a mi ex pareja, y que vivió con nosotros unos nueve años). Los Golden son ángeles bajados del cielo. Bueno, los perros en general. Tienen esa inocencia, y esa fidelidad sin fisuras -casi siempre-, y el gran don de conectarte con el presente inmediatamente.

Es raro ver un perro suelto en esta playa y más en un día como hoy. Pero deja de ser raro cuando veo al dueño corriendo detrás. El dueño también lleva cuernos de reno plateados. Así es como me encontré con Tinder Cuatro, al que llamaré Carlos.

“No pude dejar a Bobby con nadie”, me dice Carlos agobiado. (“No le pongas Bobby a este perro, por favor; acabas de destrozar toda su estirpe”, pienso). “No pasa nada; es adorable”, digo, para tranquilizarle. Nos saludamos y después de algunas bromas sobre los cuernos que llevamos -él los fabricó con unos tubos de PVC-, creamos un pequeño territorio independiente entre el mar de nacionalidades, y nos sentamos. Bobby ya está atado y recostado al lado nuestro. Carlos detesta llamarle Bobby, pero su hija pequeña le puso el nombre, y hubo que firmar.

Carlos es español, tiene cincuenta y dos años y es un hombre tranquilo. Es fontanero y electricista, autónomo, con lo bueno y lo malo de ser autónomo. Pero yo sé de eso un montón. Me cuenta de sus hijas, su divorcio y sus hobbies. Yo le cuento de mis hijos, mi divorcio, mi separación y mis hobbies. Se me hace raro contar mi historia dos veces en un día, y se me hace más raro aún, hablar tanto de mí. Le hace gracia que trabaje en un sex shop. Dice que no entra a uno desde hace siglos. Entonces, le cuento algunas anécdotas graciosas.

“Resulta que un cliente se comió el aceite Afrodita -el de las feromonas- en lugar del aceite comestible -tranquilo que no murió-. Otro cliente nos muestra videos porno de su novia, sólo para que veamos la talla de sujetador y podamos asesorarle mejor. ¡Anda ya! O el típico que lanza un comentario súper anti-sexi mientras mira los estimuladores prostáticos: “Me recuerda cuando mi madre me metía los supositorios” -si a tu mujer, que está al lado tuyo en este momento, le quedan ganas de algo después de ese comentario, me alegraré mucho por ti-. ¡Y así puedo seguir hasta el año que viene!”

Le cuento que somos una tienda pet friendly. Puede entrar perfectamente con Bobby. A veces lo más real que entra a la tienda es el perrito que entra con su dueño, es lo más inocente y transparente que hay. (¿Por qué el mundo no deja que seamos inocentes? Es como si necesariamente uno tuviera que estar manchado, ser retorcido, maquiavélico u ocultar algo). Aunque el otro día entró una pareja con su perro buscando pastillas para la erección, y el perro estaba empalmado. (Creo que Bobby me ha guiñado un ojo; igual estoy alucinando).

Carlos se ríe, y no puede creer que me tome todas estas cosas con total naturalidad. Y sí; llevo mucho peor el estrés absurdo de las regañinas absurdas (uso la palabra “absurdo” dos veces a propósito), que los videos porno. -“Eso sí: detesto a la gente que está tres horas para elegir un lubricante como si fuera una decisión trascendental, justo a la hora que quiero ir al baño y comer. ¡No te metas con mis necesidades básicas!” -pongo cara de asesina en serie y Carlos se ríe otra vez.

Aunque la charla es agradable y nos entendemos, sobre todo porque tenemos casi la misma edad y vivencias parecidas, Carlos no me hace tilín. Yo a él sí, y busca el beso. Pero, yo no estoy por la labor. Carlos es fontanero y está fondón -ya les dije que tengo una tara mental con el físico y soy adicta a la belleza-. Pero más allá de lo fondón, no hay química. Creo que me gusta más su perro que él, y una relación no puede empezar así. Le digo con franqueza en qué punto estoy, y él lo comprende perfectamente. Se ofrece como amigo, y como fontanero y electricista. Y, oye, sólo por eso, la cita ha valido la pena. He ganado un potencial amigo, un hermoso perro y un manitas. Y él, posiblemente, si se anima a venir, ha ganado un excelente asesoramiento -y quizás algún descuento- en el sex shop, o, por lo menos, una monodosis de lubricante de fresa.

Ya sobre las seis de la tarde, de un soleado pero ya fresquito 25 de diciembre, nos despedimos, hasta el año que viene. -“Si alguna vez necesitas que me quede con Bobby, me dices”, le digo. “Vale”, me dice con dos besos españoles. -“Y si necesitas un fontanero, ya sabes” (menos mal que no hizo el típico comentario de desatascar las tuberías, aunque me hubiese reído seguramente. A los cincuenta, ya no te ofendes al pedo).

Aún me quedaba la caminata de treinta minutos al coche en la que mi mantra vino a rescatarme: “Solo camina. Solo camina. Solo camina”. Volví a casa cansada pero feliz. ¡Qué bien aprovechado este día libre! El fin de año promete y llevo puesta una gran sonrisa.

Volví a casa contenta y con un hambre voraz: me tiré el día entero con un sandwichito y una cerveza sin alcohol con limón. ¡Voy a desaparecer! Me preparé dos tostadas con verduras y huevos revueltos. Y de postre, ¡un yogur vegetal con nueces! “Wow, menuda bacanal”, dirás. Pero es que no tengo nada en la nevera; debo ir a Mercadona otra vez. Que no me pille el nuevo año sin mis básicos de Mercadona.

ENERO. LACÓNICA.

“Mercadona, Mercadona” ... Suena el hilo musical del supermercado, y la voz del anuncio tiene más energía que cualquiera de las cantantes agonizantes que están hoy de moda. Estoy comprando mis básicos de Mercadona semanales. No sé qué me agota más; si la rutina sin sentido, el limpiar lo limpio, el repetir las mismas frases, la vigilancia persecutoria, o las cantantes lacónicas que conforman el hilo musical de la tienda. Exceptuando algún respiro de Ella Fitzgerald, o Tina que viene a rescatarme con su Private Dancer, el resto es un hilo quedo de voz, como si tuvieran pereza. No sé si les pegaría una hostia o les daría un plato de lentejas. ¡Coño! ¡Respiren, modulen, muevan la mandíbula, el diafragma, y el resto de músculos intercostales!... ¡Si sudan un poquito, también está bien!... ¡Por Dios! ¡Canten! Esta moda de cantar todo en un susurro me pone de los nervios. Es un insulto a siglos de Bel Canto, un insulto a las estrellas del rock, a los grandes del pop. Ahora bien: cuando la pereza las hace calar, es decir, no clavar la afinación, sino que están casi en la nota, eso no lo perdono. Le doy al botoncito de “pasar a la siguiente canción” con un gesto de desaprobación total, como queriendo infringirles un castigo. Pero lo reconozco: estas cantantes lacónicas tienen millones de escuchas y son, por ende, millonarias, y yo no. Algo habrán hecho bien.

Arranco el año como las cantantes lacónicas: aunque afinada, tengo muy poca energía. Me cuesta salir de la cama. La cuesta de enero, cuesta. Pasaron los Reyes Magos con su locura añadida (si Gaspar, Melchor y Baltasar supieran la que se monta cada año con la compra de regalos absurdos, comidas copiosas, y celebraciones forzadas -y en nuestro caso, la venta indiscriminada de dildos y vibradores-, daban marcha atrás al camello y a otra cosa, mariposa). Por suerte ya pasó la fiebre de las Fiestas, y los niños han vuelto al cole. La segunda ola de fiebre es la gente que quiere cambiar los regalos. Los que aún les quedan neuronas que hacen sinapsis, traen la caja sellada de algún vibrador para cambiarlo por otra cosa. Hay quien insiste en que le cambiemos un vibrador abierto, y toca poner cara de póker y armarse de paciencia.

Mi chico Tinder Tres, Sergio, me ha estado mensajeando y no sé qué hacer. No le quiero dar largas pero no tengo energía. Le dije que la tienda me tiene machacada, que me espere unos días más para quedar. Me acuerdo de un cliente que con la Maca comprada en Ali Express tiene alegría de vivir. Me habla de las bondades de la raíz andina, y le salen chispas por los ojos. Así que corto por lo sano, y me compro por Amazon un bote que contiene la promesa de energía y libido que ando necesitando: Maca Negra, con Ginseng, Tribulus y L-Arginina, un toque de Zinc, Vit. C y todo el grupo B; si me apuras, la V también. Menos mal que soy Prime-la falta de paciencia cuesta al menos cincuenta euros al año-; mañana lo tendré en casa, y empezaré a tomarme las cápsulas, tres por día. Cuando lleve doce, quedaré con Sergio. Lo tengo todo pensado. Digo yo que en cuatro días ya sentiré algo. Igual soy demasiado optimista.

Estoy lacónica pero optimista. Mi Pollyana interior no hace *twerking* pero se mece al son de un cover lacónico de Nirvana. (¿Veis? ¡Cómo no van a ser millonarias las cantantes lacónicas, si consiguen reproducciones hasta en mi subconsciente!) Se acerca la fecha del inventario y no sé si ponerme contenta o echarme a llorar. Hay días que me paso horas y horas contando bolsas. Por un lado me mantengo ocupada; pero por otro, siento el desperdicio. Una mujer como yo cuenta bolsas, durante horas, a cambio de un poco de dinero. Es triste. Es como una película en

blanco y negro, donde el amor de tu vida se aleja y empieza a llover. Así me siento. Pero recuerdo que mañana tendré la Maca Negra, y me aferraré a ella como a un salvavidas: de esta salgo. Hasta que mi corazón quiera bailar y cantar de alegría, no pararé.

Hablando de Maca, me viene a la mente, las veces que las mujeres entran a la tienda buscando ayuda para recuperar la libido. No sólo mujeres en edad menopáusica, sino chicas jóvenes también. Intento ayudarlas hablándoles de las cosas naturales que pueden tomar, el deporte que pueden hacer para segregar más testosterona, las feromonas, etc. Un día una mujer entró buscando un lubricante y diciendo: “Es que me hice mayor”, como pidiendo disculpas. Yo, además de normalizar el uso de lubricante, le devolví un piropazo: “Qué hermosas pestañas”. Entonces ella me contó su truco: un rímel de no sé qué marca por 31,50€. Quedé muy agradecida, pero seguiré con el de Mercadona, por 3,50€: lo mejor que le ha pasado a este país. (*Attenti*: el rímel que me recomendó -lo he googleado- se llama “Better than sex”. No sé si quiero esas pestañas).

Varias veces han venido mujeres a mi rescate también. Es bonito cuando las mujeres, lejos de competir, se ayudan.

Estaba yo en uno de esos días tristes, sentada en un bar, buscando respuestas en una taza de café con leche vegetal (algunos dirán que eso no es leche), cuando una mujer se me acercó, así, de la nada, *-out of the blue*, dirían los ingleses-, y me entregó una nota. Al principio la miré con desconfianza. Estamos inmersos en una sociedad donde temes que te den una droga que por ósmosis te deje *knock out* y te roben hasta las bragas. O que sea una maniobra de distracción para robarte hasta las bragas. Qué triste, ¿verdad?... Pero no. Era una nota que decía: “Eres valiente, hermosa, llena de amor y cariño. Siente tu fuerza”. Qué lindo cuando una mujer rescata a otra. Aún llevo la nota conmigo.

Otra vez estaba yo en una escala larguísima en el aeropuerto de Londres, sentada en el suelo, procurando escribir, cuando un hombre, bastante embebido en alcohol, se me puso a hablar. Otra vez, la desconfianza. Le dije varias veces que intentaba escribir, para que no me hable. Pero seguía y seguía. Hasta que una joven mujer musulmana -llevaba velo-, se acercó y me preguntó si quería su mesa, que ella ya se iba. Y de esta forma me rescató. Quizás no de un depravado, pero de una situación incómoda, sí.

Llegó la Maca Negra y empecé a tomarla religiosamente. Y otra cosa que empecé, aunque no tan religiosamente, es el deporte. Necesito construir energía. Ya pasaron más de dos semanas desde que conocí a Sergio, y, aunque hemos seguido hablando por chat, no tenía energía para quedar. Pero llevo cuatro días de Maca, así que voy a por todas. Hemos quedado a cenar mañana y la verdad es que me apetece verlo. Mis ganas van *in crescendo*, y, lamentablemente, mis expectativas también. Lo de las expectativas ya no es tan positivo. Intento pensar en otra cosa, aunque recuerdo vagamente los brazos fuertes de Sergio, y la llamita se agita. Pollyanna se está peinando y acicalando; Schopenhauer sigue amordazado, y Tony Robbins está meditando: creo que está creando momentum.

Cuando despierte Tony, “agarrate Catalina”.

Pasan las horas y mi idea sobre Sergio va tomando forma, color y textura. Sería genial

poder poner a la mente en *pause*. Debería volver a hacer el reto de Chopra. A veces mis prejuicios me dejan boquiabierta. Por ejemplo, ves a la típica señora tirando a mayor, con sobrepeso, sin ningún tipo de armonía en su físico, totalmente descuidada su estética, y termina diciéndote, toda orgullosa, que tiene un novio veinte años más joven y, a la vez que te cuenta sus proezas sexuales, se compra, con la tarjeta de su novio, casi trescientos euros en lencería y juguetes eróticos. Ole tú.

Por suerte me distraigo un poco con los clientes pintorescos. También hay clientes emotivos. Como esta chica ucraniana, que compra lencería y cosmética erótica porque va a visitar al novio, al que no ve desde hace seis meses, ya que no pudo salir de Ucrania por la guerra. Me hace pensar. A veces nos preocupamos por cada tontería, y hay gente huyendo de bombas.

También está el rarito de turno: un cliente que no habla español, o eso hace creer, y se pasea por la tienda mirando cosas random, y cada tanto se mete la mano en los pantalones... No sé si se toca las partes o justo le pica un grano, pero, hay que joderse, lo que hay que aguantar. Me hago la que no me doy cuenta para evitar una escena, y porque no hay otros clientes. Pero si un cliente mira cosas random, es sospechoso... Un masturbador, unas bragas, unas bolas chinas, un gel vibrador... Ya lo de la caja de tampones-esponja no me lo trago. No puedes ser un hombre y estar mínimamente interesado en un tampón. Eres raro, chico. ¿O es que igual no es un hombre?... Esto de ser tan binaria me tiene loca. Cuando el personaje se va, desinfecto todo lo que ha tocado. Porque recordemos, que entre bola china, plug, y tampón, se ha estado tocando los gobelinos. Mátame camión.

Entre prejuicios y juicios de valor transcurre la mañana, aburrida en general pero con algunas notas de color. Ya he desmantelado la vitrina navideña, ya he limpiado, ya he comprobado que todos los clientes que recientemente han llenado una tarjetita, están dados de alta en el sistema. Ya ha pasado el inventario, y ya hay misteriosamente algún fallo de stock. Sobre todo al alza. Generalmente nos sobran productos, más que faltarnos. ¡Qué empleadas ideales, oye!

Para rematar la mañana, entra el típico grupito gracioso que parece que tienen cinco años, todos juntos, y no hacen más que reírse nerviosos, decir y hacer groserías, como tocar el “chochito” de la maniquí. A veces desearía tener poderes telequinéticos y darles una hostia a través de la maniquí. Como no tengo dichos poderes, al menos no los tengo hasta que mi Tony Robbins interior cree el suficiente momentum, solo me limito a arrinconarlos hacia la puerta diciendo: “Ésta no es una conducta apropiada”, e invitándolos a retirarse. Alguna vez uno me ha replicado en plan chulo, y he estado a punto de llamar a seguridad. Es duro ser ayudante de dependienta, dependienta, policía, segurata, limpiadora, psicóloga, sexóloga, traductora, reponedora, decoradora, recepcionista, y que, incluso a veces, te confundan con masajista, por la módica suma de... Cualquier día de estos, al típico cliente septuagenario que me pregunte si he probado todos los vibradores y cuál me gusta más, lo mandaré a *la reconcha de la lora*, sea de la nacionalidad que sea. Seres del mundo: no abuséis de mi paciencia. No es que yo esté premenopáusica: es que estáis cruzando los límites.

Me centraré ahora en lo bonito: llegó el día de la cita y dos brazos torneados y bronceados me esperan. Me arreglo un poquito, aunque no demasiado: convengamos que este

muchacho me conoció en bañador, y con un gorro de Papá Noel en la cabeza. Tiro del vestido negro al cuerpo -que siempre queda bien-, botas y una chaqueta de cuero. Es enero pero no hace tantísimo frío. Con mi Sandero allá que voy a unos diez minutitos de casa, a mitad de camino entre mi casa y la suya, un restaurante con terraza frente al mar, que, aunque sencillo, tiene la magia de la brisa marina y su cielo está surcado por filas y filas de lucecitas que lo hacen pintoresco y especial. Como es enero, ponen estufas y te dan mantitas, y se está la mar de bien.

Llegué en hora y Sergio ya estaba allí. Me dio dos besos y me regaló una sonrisa perfecta. “Buenos dientes”-, pensé -ya estamos-... Sin pensar cuántas personas por día se envuelven en la misma manta, me la pongo sin dudar: estaré más a gusto. Continuamos la charla más o menos donde la dejamos el día de Navidad, alternando con anécdotas sobre estos casi veinte días que han transcurrido desde aquel encuentro. Le conté de mi agotamiento, mis historias del sex shop, lo que me cuesta enero. Y él me contó de todas las visitas familiares, y las comilonas que contrarrestó con el doble de entrenamiento. Debo reconocer que este muchacho tiene mucha disciplina.

La comida es buena, y el ambiente, distendido. Convengamos que un vinito tinto, ayuda. Me intriga que no se haya casado, que no tenga hijos, que no haya pasado por los típicos estándares por donde casi todos pasamos. Él me cuenta que nunca se enamoró hasta los tuétanos, y que nunca deseó tener hijos. Su familia es ya de por sí multitudinaria, y tanta gente y tanto ruido, a veces le agotan. Le encanta pasar tiempo solo y le encanta entrenar. Entrenar es su hobby y su trabajo, ya que es entrenador personal -que antes no os lo dije-.

Consigo hacer a un lado a mi mente, y más allá de pensar si hay futuro, si no hay futuro, si sí, si no, si el este o el oeste, procuro conectar con el momento presente. Y para eso, comienzo tocándole un brazo. Un buen bíceps es para una mujer como el porno para el hombre. Y si va acompañado de un buen deltoides, bingo. Bracito va, bracito viene, comenzamos a besarnos. Pollyanna salta de alegría y la Maca Negra y todos los demás ingredientes recorren todo mi sistema.

Fue una cita sensual y romántica, y vamos hasta mi coche, donde siguen los besos y toqueteos. Siento por un lado la excitación y por otro, la comida y el vino que van borrando los efectos de la Maca. No voy a forzar un encuentro íntimo, sobre todo, porque me doy cuenta de que quiero dormir. (¡Paso súbitamente de vampiresa sensual a morsa! ¿Cómo puede ser?)...

Me da un poco de palo decírselo, pero finalmente le digo la verdad: llevo un día largo entre el trabajo, recados, etc. La próxima cita seguimos donde lo dejamos. Me sonrío con sus dientes perfectos y nos despedimos. Me queda el resto necesario para conducir, y meterme en la cama. Convengamos que mañana por la mañana tengo que abrir la tienda y no me da para mucho más. Si Sergio hace *ghosting*, lo entenderé y no le guardaré ningún rencor.

Pero no; no hizo *ghosting*. Al otro día tenía un mensaje de “Buenos días” y una flor virtual en el WhatsApp. Aguante Venezuela. Como siga tomando la Maca y no toque un vino, en dos días, esos bracitos me estrujarán. Ahí va mi aliciente para esta semana.

Procuraré quedar con Sergio esta semana otra vez, ya que la semana que viene me toca de tarde, y salir a desayunar y hacer *jogging*, se me hace raro. El efecto Maca va viento en popa

pero siento una vibración extraña y constante en el periné. ¿Será la Maca o el hecho de estar rodeada de vibradores? No lo sé, pero es, al menos, curioso.

Ya sabéis lo que toca, trapito y desinfectante, y un escaso goteo de clientes normalitos: lubricante, preservativos, alguna pastilla para la erección. También hombres desesperados buscando afrodisíacos para sus mujeres o amantes, algo que puedan “echarles en el champán y se vuelvan locas”. Esto es bastante habitual. La gente quiere soluciones mágicas para todo. Yo me pregunto: ¿No probaron con amarlas, besarlas, acariciarlas, hablarles al oído, hacerles sentir especiales y hermosas, y escucharlas?... A veces les pegaría una hostia. A esos hombres, digo. No se trata de drogarlas, chicos. Haz algo para que ella desee fervientemente tocar tu pene y abrirse como una flor.

Pero, no es culpa de ellos, ni de ellas; nos enseñan mal el sexo, y esta mala idea está reforzada por el porno, las pelis, e incluso ¡los anuncios de chocolate! (Él la mira, ella lo mira - me referiré al sexo hetero de los anuncios de chocolate y las pelis de acción- él tiene una erección bestial, ella está súper motivada, él la saca mágicamente y sin dificultad, la despoja de sus panties, mágicamente y sin dificultad, y él la penetra en un santiamén, mágicamente y sin dificultad, como si fuese un misil teledirigido: va directo y sin fallo. Ambos llegan al orgasmo súper rápido y juntos. I-RRE-AL).

Sergio insiste en quedar el jueves por la noche, y, aunque sé que el viernes por la mañana lo lamentaré, he quedado. Que Dios y la Maca me acompañen.

SANTA MACA

Que Dios y la Maca me acompañen: llegó el jueves. Después del trabajo me propuse hacer siesta, como las abuelas, para tener energía por la noche. Quedamos con Sergio a tomar un cóctel, nada de cenas copiosas. La cita es en un bar que tiene terraza y está decorado estilo caribeño: las lámparas son sombreros de paja, y los cocteles son coloridos, con sombrillas, y frutas tropicales. Por las dudas me pedí un cóctel sin alcohol. Este sitio me gusta.

Sergio trae sus brazos y dientes perfectos, y mucha energía. Yo voy construyendo energía de a poco -este chico debe tomar algo más fuerte que la Maca-. Después de los cócteles con buena música de fondo y algunos besos y risitas tontas, nos vamos a mi piso. Creo que Sergio vive en una peli de Bond, porque con dos besos, ya la está sacando y me está tironeando de las bragas. Creo que está preparando el misil teledirigido, cuando le hago un *ole*, y me evado hacia la cocina, a por un vaso de agua. Él viene y me sigue revoloteando en la cocina. El misil teledirigido ya está en posición, y yo hago otro *ole* y voy al baño. Quizás soy muy vueltera -excepto por el incidente amoroso desenfrenado en la playa, pero es que estaba bajo el influjo de la luna y la marea-, pero prefiero vaciar mi vejiga antes de, y me gusta asearme y súper asearme antes de, y quizás entonces, pueda entregarme al frenesí. Siento palpablemente a mi Pollyanna interior bailando la Maca-rena, así que, sin más *oles*, me entrego a las *olas* de pasión.

Luego de un buen rato que no puedo precisar, y donde puse a prueba mi resistencia física y elongación, llega el reposo. Ha estado bien; sin lluvia y sin rocas, menos erótico, pero igual de frenético. Es difícil comparar nada con aquel episodio, ya que, repito, yo estaba embrujada. No digo que Sergio sea mal amante, pero... ¿Viste cuando son como una máquina, pum, pum, pum, con mucho vigor, pero poco tacto, poco beso? Fue así. Pum, pum, pum, durante un largo rato y en varias posiciones. Se parece a un juguete que hay en la tienda que se llama Sex Machine: un dildo agarrado a una base con un motor potente que genera embestidas a una velocidad de vértigo. Pues, me recuerda a eso. Después nos dicen inconformistas a las mujeres, y nos acusan: “Eres como *la gata Flora*, si se la meten, grita y si se la sacan, llora” -ésta es una frase popular, y sale de una canción-. Pero, maticemos. No nos quejamos por duro, por blando, porque dura mucho, porque dura poco. Es la falta de conexión, de escucha, lo que nos hace disconformes. Y no me refiero solamente a la escucha de las palabras y el oído. La escucha también tiene que ver con gestos y miradas, y con el tacto. Y básicamente, con estar presente cuando el otro está presente. Quizás es porque no nos conocemos, pienso; no hemos generado tanta confianza. Pero tengo mis dudas. Creo que este muchacho hace del sexo un entrenamiento más. Y es para aplaudirlo, ya que es realmente un atleta. Pero ya veremos si sigo mi entrenamiento, o no. A ver qué me dice mi cuerpo estos próximos días.

Transcurre el resto del mes en mi bucle en blanco y negro y con encuentros con Sergio cada dos o tres días, más o menos, que pondrán la nota de color. Igual, la verdad es que hay poca conversación; es más bien sexo. Estoy bastante agotada: me tomé la última cápsula de Maca y creo que si sigo así tendré que encargar más.

Cuando trabajas en un sex shop, todo es sexo en tu vida. No me refiero a tener sexo,

aunque últimamente, eso también. Me refiero a que tus ojos ven sexo en todas partes. Donde pone “pena”, lees “pene”. Donde pone “cono” lees “coño”. Donde pone “actualizar Sistema Operativo Sonoma”, lees “Sodoma”... Y así sucesivamente. Estoy seriamente perjudicada... ¿Tengo arreglo?... No es por quejarme. A los cincuenta años tener libido, y un compañero sexual activo y buenorro, es un lujo. Pero, mi cuerpo me está mandando señales que no van en sintonía.

Como os conté, para Sergio, el sexo es muy frenético, casi deportivo. Mi parte íntima reacciona con inflamación, picor, y un leve dolorcillo, que no me hace feliz. Procuramos en nuestra última cita no tener sexo, sólo dar un paseo y hablar, pero no resultó. Terminé desahogándole yo a él sin muchas ganas, y este hecho no contribuyó a mi felicidad. Así es que empecé a espaciar más los encuentros. Mis partes pudendas están “cerradas por reformas”.

Creo que no soy el tipo de mujer que le gusta el sexo por el sexo mismo. Me aburre. Para hacer deporte ya me voy a correr (en argentino o español latinoamericano, ya que en España, “me voy a correr” es “voy a llegar al orgasmo”). Aunque mi adonis caribeño esté como un tren, tendré que bajarme en la próxima estación.

Esta mañana me encontraba pensativa con este dilema, cuando entró una señora ucraniana o rusa con amigas, y se puso a enseñarles los juguetes como una experta. Este tipo de clientas que casi hacen el trabajo por ti. Ya al rato, con el “micrófono” en la mano, se gira y me suelta sin pestañear:- “¿Cuál es el mejor para llegar antes al orgasmo?... Me quedé *perpléjica* - que es más que perpleja- y luego de un rato que me pareció eterno, conseguí decirle... Articulan-do len-ta-mente las pa-labras... -“De...pen...de... De... lo... que .. te ... guste...???”... Ella remató el diálogo diciendo:- “Yo tengo uno que me costó 120 euros y llego al orgasmo en 5 minutos. ¿Tienes algo más rápido?”... Me dio pena y rabia a la vez. No sabía que había una competición de orgasmos y había que batir un récord. Los humanos estamos un poco -¿un poco?- jodidos. Estuve a punto de venderle el micrófono y decirle que, de paso, se compre un cronómetro en Decathlon, pero me mordí la lengua justo a tiempo.

Al ratito nomás de este episodio, entre triste y pintoresco, entró un sonriente Golden Retriever a la tienda, seguido por su dueño. Me saltó un “¡Bobby!” de la boca, seguido de un “¡Carlos!”, -la verdad es que ambos me trajeron notas de color y una inusitada alegría-, y nos pusimos a charlar. Como no entraba gente, Carlos me hizo preguntas sobre algunos juguetes y echamos unas risas. Charlamos cosas random sobre nuestras vidas ese mes, y se marchó sin antes soltar la frase esperada: “Ya sabes, si necesitas desatascar alguna tubería...” Nos reímos y se fue, dejando una estela de felicidad. Una felicidad sencilla, que tiene que ver con un perro, un día libre, y una charla agradable, sin grandes proezas sexuales ni promesas absurdas. Sin darme cuenta, pasé el resto de la mañana con una sonrisa dibujada y con la esperanza renovada. “¿Ves, Universo? Necesitaría algo así pero con algo de química, y menos barriga”. Schopenhauer está a punto de aleccionarme, ya lo veo alzar el dedo. Pollyana suspira y Tony Robbins, se va a echar la siesta.

Ya solo queda la última hora. Se ha pasado rápido este último rato. He comido a toda velocidad, todo está limpio, el Trello tiqueado y los vibradores que llegaron hoy, comprobados. Pienso en cerrar dos minutos para ir al baño, pero entra un cliente de idioma impreciso, ya que sólo hace ademanes. (Odio cuando estoy por cerrar dos minutos para hacer pis, apurando una

tarea para no dejarla a medias, y entra el típico cliente o clienta que no es cliente o clienta sino turista, y se pasea por la tienda como si estuviera en Disney y toca todos los testers de los vibradores y prueba todos los lubricantes con total impunidad y tú te quedas ahí observando y apretando tus esfínteres como si fuese lo último que harías en tu vida. Entre esto y los hipopresivos, tengo el suelo pélvico de una quinceañera).

El susodicho cliente se marcha unos treinta minutos más tarde. Pego el cartelito de “ahora vuelvo”, y voy al baño. Es increíble cómo la mente puede llenarse de pequeñas tareas o pequeños hitos en algunos momentos de la vida. Te concentras en las cosas básicas de la supervivencia. Pasas de águila a gallina, a través de un misterioso truco de magia tejido por tu propio miedo y el buen hacer del psicópata integrado de turno. Parece que todo se reduce; empezando por tu ambición, y tus sueños; va cayendo una cosa tras otra, y te haces pequeño, cada vez más pequeño.

Llega el día libre y ya aprendí mi lección: pongo el teléfono en modo “no molestar”, porque estoy harta de las llamaditas para venderme cosas o “mejorarme” la tarifa de la luz. O de que me pidan rótulos y neones, porque una imprenta online tiene casi el mismo número que yo, y la gente es disléxica. O, lo que es peor, los mensajitos en el grupo de trabajo con reprimendas porque hay una pelusa detrás del expositor, o porque un vibrador no llevaba el precio actualizado en la estantería. “¡Esto no se puede permitir!”, es el encabezado de este tipo de mensajes. Pues, eso mismo digo yo. No ser libre ni en tu único día libre produce estrés, y no se debería permitir. Siento cómo mis venas se llenan de cortisol, y me da rabia. Así que, lo siento mucho: si me mandas mensajes o me llamas y no te tengo registrado, no te cojo. (Se me hace raro decir “no te cojo”; al fin de cuentas, aunque lleve más de veinte años en España, soy argentina).

Si me ha llamado Almodóvar en estos años, no me he enterado, y no le he cogido. Quizás por eso estoy trabajando en un sex shop.

FEBRERO. DESPISTADA

“Estoy trabajando en un sex shop”, le cuento a una amiga por teléfono, una amiga que no veo hace tiempo. Como suelen tener fama de turgios, oscuros y sórdidos, lo aclaro siempre: “Es una boutique erótica”, y así la gente se siente menos incómoda, o menos preocupada, o yo qué sé. Se sorprende bastante pero se muerde los labios antes de juzgarme: es una buena amiga. A mi madre nunca le podría haber contado esto.

Cuando me fui de Argentina, me dirigí primero a Estados Unidos. Mi plan no estaba en España; mi sueño tampoco. Me fui a Nueva York, con un pequeño *detour* previo por Los Ángeles. Un mes antes conocí a quien iba a ser mi marido y padre de mis hijos, quien yo creía “el amor de mi vida”. Lo conocí de manera totalmente random, como si el destino se hubiese ensañado. Como cuando me eligieron para el gran musical. Las cosas grandes en mi vida llegan así: vienen, patean el tablero, y se instalan, no piden permiso. Antes de conocerle, ya tenía previsto mi viaje a la Gran Manzana en busca de mi sueño de ser estrella de Broadway. Así que me fui. Tuve la suerte de que me alojaran durante un mes - la tía de un buen amigo de aquellos tiempos-, me busqué un trabajo de camarera, y fui construyendo mi sueño -con ayuda de mi madre, debo decir, que me dio algo de dinero para empezar-. El objetivo era hacer un intensivo de Teatro Musical y audicionar. Así que trabajaba de camarera de lunes a lunes, prácticamente, para poder pagar el piso -que alquilé posteriormente- y vivir, mientras realizaba el curso y tomaba audiciones, y me eligieran para un musical en Broadway. Estaba todo planeado. Recuerdo cuando le conté a mi madre que era camarera. Se avergonzó tanto de mí... “¡Sirves a la gente!”-me dijo, -“Pero, ¿si tienes un título de Economía!”-... Imagínense si le hubiese dicho que vendo penes de silicona... Me habría desheredado por completo, y me hubiera pedido que le devuelva la pasta que me dejó para ir a Nueva York, con intereses.

El amor de mi vida y yo mantuvimos una intensa correspondencia por e-mail (en esos momentos no había WhatsApp). Yo iba a unos ciber-sitios a usar un ordenador y poder recibir los mails y escribir. No eran ni siquiera cafés; eran unos locales oscuros, llenos de chinos jugando videojuegos y gritando en chino. Un poco bizarro, la verdad. Así y todo, el amor prosperó, y él decidió acompañarme en mi aventura americana. Y, como se suele decir: “Casi sin conocerlo, de repente, estaban sus camisas colgadas en mi armario”.

Yo no sabía quién era yo, ni qué era ser mujer. No me conocía para nada, y mi amor propio, era del tamaño de una hormiga, lamentablemente. Pero, una fuerza centrífuga me llevaba hacia él, y, no era química; era la razón: mi Schopenhauer interior estaba feliz porque todo cuadraba en su idea del amor, del compañero ideal, del príncipe, de la futura familia. El “amor de mi vida” tenía poco que ver con el “amor”, pero yo no lo sabía. Si te sientes pequeña, maltratada, no mirada, ignorada, no deseada, seguramente, no es amor. Ahora lo sé. Pero esa fuerza centrífuga se instaló y yo creo que era algo así como un mandato divino: mis futuros hijos querían existir, y por eso, un pegamento invisible nos mantuvo unidos, hasta que el milagro se produjera, en un mes de marzo, cuatro años más tarde.

Pero vuelvo a “el aquí y ahora” -está de moda decirlo así; no hay coach que se precie que no lo diga, ni profe de teatro, tampoco-. Febrero es según San Marketing, el “mes del amor”, así

que, toca prepararse para la campaña de San Valentín, que será desenfrenada, donde procuraremos fidelizar hasta a las mascotas, regalando indiscriminadamente corazones y lubricante de diferentes sabores en sobrecitos. La vitrina está llena de corazones y cartitas de amor. Y las chicas, se visten de rojo rabioso.

Lo mío con Sergio no continuó, y decidí darme un tiempo antes de seguir *tindereando*. Tampoco es plan gastarme el sueldo en Maca y cremas de uso íntimo. Necesito recuperar fuerzas. Además, ando la mar de despistada. Miro el horario del trabajo todos los días varias veces por temor a equivocarme. Cuando hay algún cambio, lo compruebo de tres a cinco veces con mi compañera/ayudante de dependienta/encargada. Cómo será que ando despistada, que casi me pongo el retinol en el culo y la pomada antihemorroidal en la cara. Literal. Me pregunto qué hubiese pasado, incógnita que no intentaré desvelar. Bueno, a lo mejor descubro algo. ¿Descubriré el nuevo bótox? Quita, quita.

Hasta que lleguen los días fuertes, mato el aburrimiento en la tienda haciéndome una retorcida manicura con el cúter (llevamos un cúter colgado del cuello para poder abrir las cajas de lencería). -“Oh, shit”, me acabo de hacer una estropicio cuticular. Voy sangrando por el mostrador y necesito desesperadamente una tirita (curita). Como no puedo subir al almacén a por ella, me envuelvo el dedo en papel de cocina. Espero que no entre nadie en este instante. La verdad es que son días tranquilos. La cosa se activará en una semana o así, y los días trece y catorce serán la locura: todos estarán comprando el regalo a último momento.

En los días muertos, ver aparecer al chico de Nacex con cajas de pedido es como ver al Mesías: ya sabes que ese día no tendrás que limpiar lo limpio y aspirar desinfectante. Así que, San Nacex, me trae tres cajas de productos, vaticinando una exitosa campaña romántico-erótica. Paso la mañana comprobando huevos vibradores y balas, con amor y dedicación. Pongo alarma a la cosmética, y sus respectivos precios. (Oh, fuck-shit, resulta que esta vez no había que poner alarmas y precios, porque son muchos botecitos, y hay que economizar alarmas y precios. Sorry, las contradicciones me matan, y el sentido común, es el menos común de los sentidos, diría mi padre). Si se acaban las pegatinas en la máquina de marcar precios, me toca ver el tutorial en Youtube -otra vez- de “cómo cambiar las pegatinas”. Así y todo, más de una vez, la máquina se ha rebelado contra mí, y acabé con pegatinas hasta en las orejas. (Si me estaban observando en ese momento por las cámaras, era como poner un capítulo de Mr Bean).

La mañana se va animando un poco, y empieza a haber movimiento. No sé por qué pero esto va por rachas: un día es el día de los masturbadores caros; otro día pastillas para la erección, cinco cajas al hilo y contando. Otro día, perdón, otro día, es el festival anal. ¿Es que se ponen de acuerdo? ... Si, de repente, oigo voces de niños acercándose, me salta el corazón y me planto en la puerta como un policía. Los niños y adolescentes, sólo pueden entrar acompañados de adultos. Algunas niñas se acercan abducidas por la muñeca de la entrada que lleva lencería bonita, tacones y un pelazo. Pero, no queremos que se encuentren con un pene de veinte centímetros. Así que, ahí nomás, les hacemos dar la media vuelta.

Cuando salgo del trabajo, además de algún recado suelto, no hago mucho. Estoy en plan “oso”; hace fresquito - aquí no se puede decir “frío”- y con el cambio de hora, oscurece pronto. No me gusta eso de cambiar la hora, este afán de querer ser nórdicos... Mis días fuera del trabajo, es decir, el tercio de mi día que me pertenece, cambio el Tinder por el Duolingo. Pasé de la Liga

Carbón a la Liga Cuarzo; ya es algo. Es lo que tiene no ligar, que puedes dedicarle más tiempo al francés -esto suena contradictorio, pero tú ya me entiendes-. El otro tercio que me queda del día, duermo. Cuando lo piensas así, realmente da escalofríos. ¡Un tercio de mi vida vendo dildos y vibradores! Un tercio de vida entre los 49 y 65 años, supongamos, son algo más de cinco años. ¡Cinco años completos haciendo algo a lo que no le hallo sentido! Aunque reconozco que he hecho y hago muy felices a muchas personas en la tienda. Les atiengo bien; soy dedicada, respetuosa y empática. Los hago sentir cómodos y me esmero para que se sientan escuchados y asesorados en el idioma que sea. Y eso, ya es un montón. Si además se van sonrientes, con más autoconfianza y su vida sexual mejora, es un verdadero montón. Bueno, si lo pienso así, no es en vano el tercio de mi vida dedicado a esto. Gracias a esto, en gran parte, tenemos 4,9 estrellitas en Google. Me pongo una medallita.

Yo reconozco que tengo una tara mental con sentirme útil: me cuesta hacer por hacer. Si no le encuentro el sentido a lo que hago, no perduro mucho. Si encima no me siento bien tratada, apaga y vámonos, como se dice comúnmente. Todo en esta vida al final pasa por una balanza: lo que pongo y lo que saco, lo que doy y lo que recibo. En las relaciones también, sean de trabajo, de amistad, de familia y ni hablar si es de pareja. No es que uno esté especulando todo el tiempo, no me entendáis mal, esto sería agotador. Es que uno *da, da, da*, sin esperar a cambio. Pero, si no recibe nadadada, o solo recibe palabras, se va quedando seco, vacío. Parafraseando a The Police, *De Doo Doo Doo, De Da Da Da*: si uno *do, do, do* (hace, hace, hace), y *da, da, da*, y solo recibe palabras confusas y manipuladoras, y se irá vaciando. Para más inri, y esto ya es filosofía heavy metal, *Doo Da*, se pronuncia “Duda”, es decir, carencia de certeza, carencia de claridad, se instala en tu mente un gran “¿Quién soy? ¿Para qué estoy? ¿Qué *carajos* estoy haciendo?...”... (Uf, la introspección me pegó duro; tengo que volver al triptófano y las vitaminas del grupo B). Sólo el Ser puede rescatarme, un encuentro profundo con mi Ser. Caminar, pies descalzos en la arena y baño de mar, aunque sea en invierno, son menester.

Imagínate una cuenta bancaria de donde sólo sacas dinero, ya que entra poco o casi nada. Indefectiblemente se acabará, quedará en rojo, y luego te llegará la factura. A veces uno se da cuenta justo antes de entrar en descubierto; otras veces ya cuando estás en números rojos. Otras veces, con una deuda enorme, que te cuesta un riñón saldar. Ahí ya se materializa la deuda en dolores físicos o alguna enfermedad o patología. ¿Por qué llegamos a estos extremos?... No lo sé.

A veces desearía ser más egoísta, pensar más en mí, y tener menos paciencia. Realmente, ser egoísta no debería tener mala prensa: no digo pensar *sólo* en uno mismo, pero sí, *primero* en uno mismo. Si nosotros mismos no estamos gestionados, sanos, en equilibrio, y gozando de un bello amor propio, ¿Qué podemos dar a los demás?... Si no tienes dinero en tu cuenta, ¿Puedes dar dinero al prójimo?...

Nada, no me hagáis mucho caso. Es el efecto febrero: oso, hibernación, reflexión. Ya pasará; en una semana todo se llenará de corazones.

SAN VALENTÍN

Corazones por aquí, corazones por allá... Purpurina roja allá donde mires. ¡Y plumas!... ¡Me encantan las plumas!

Llega el día 14 y ya llevamos varios días de frenesí. Las ventas van bien: cualquier cosa para sorprender a la pareja, o conquistar a alguien nuevo, o reconquistar al ya conocido. Algo para matar la rutina, para celebrar el amor, para avivar la llama o para hacer una broma, que también los hay. Es llamativo que el 90% de los objetos graciosos y juguetes, pasen alrededor del pene. Es decir, claramente, es una sociedad falocentrista. No se venden vulvas en llaveros, pajitas o pins. No se venden diademas con vulvas. En las despedidas de soltero, los hombres no llevan vulvas en la cabeza, o una corbata con una vulva pegada. Posiblemente en una boda lesbiana, las chicas, sí. ¿Por qué la vulva tiene tan mal marketing?... alguna chapa con pechos encuentras, pero vulvas, no. Es cuando menos, curioso ¿no?... Deberían coexistir en las estanterías las vulvas y los penes. Así nuestra mentalidad se va ensanchando y dejamos de ser tan obtusos (me incluyo). Lo más cerca de esta integración que estuve, fue en un centro comercial donde había un food truck monísimo que vendía vulvas y penes de masa, con distintos toppings. Me comí uno de cada. Riquísimo, y carísimo, por cierto.

Aunque son días un tanto frenéticos, -además de las ventas, el preparar productos y mantener la tienda impoluta, estamos en plena campaña de fidelización-, en algunos momentos hay menos gente y podemos dedicarnos más al cliente. Media hora estuve con este discreto y elegante señor español, de unos setenta y cinco años al menos, que quería un arnés y dildo para satisfacer a su mujer, ya que, según dijo: “A estas edades -y después de una operación de próstata- necesitamos un poco de ayuda”. O esta otra señora, que vino buscando una funda para el pene para el marido, “porque no se le pone dura como antes”, y le explico que si no tiene erección, una funda poco va a conseguir, básicamente porque no se la va a poder colocar -hay quien ha venido con este problema y queriendo devolver la funda-. Se va un poco decepcionada, pero antes de irse del todo, se gira y me dice: “Es una pena que ya no se le pare como antes; aunque tiene unos orgasmos increíbles, sobre todo cuando le meto un pepino por el trasero” -ella no dijo “trasero”- Márame camión: no gano para confesiones.

Estoy ultra sensible y creo que es porque el tema del amor me remueve las entrañas. A veces no comprendo cómo pude vivir tantos años en des-amor, propio y ajeno. Cuando me casé, yo no me conocía, y no sentía amor por mí. Esa es la base de todo. Pero además, el amor de mi vida no era el amor de mi vida, no me amaba, me hacía sentir fea, pequeña, no deseada, no mujer. La electricidad se apagaba. Incluso casi logra convencerme de que eso era lo normal, que la electricidad se apagara una vez casados y con hijos. El caso es que ya no me quería desde antes. Pero uno construye su castillo de naipes y se aferra, aún más con dos bebés recién llegados.

Sin familia cerca, con una economía precaria, sin papeles, y con un marido que no te ama, no son las mejores perspectivas. Pero tú quieres que funcione; necesitas que funcione. Necesitas que te amen, necesitas que te vean. Tú amas, o al menos, quieres amar. Pero no; esto

no sucede. No te aman, y no te ven. Así que, luego de un par de años de sufrir, y no comprender por qué hubo promesa y comedero de coco, si después no hubo nada, y otro año de duelar, y hacerme la idea de que el castillo se estaba cayendo, me separé. Y luego me divorcié.

Recuerdo vívidamente esa mañana en la oficina de la abogada firmando papeles. Me produjo mucha tristeza: un amor loco, una explosión de vida, un montón de electricidad, acaban en un despacho, poniendo un gancho en unos tristes papeles. La gran alma construída a partir de cuatro almas, se rompió, se despedazó. Lo bueno es que se construyó una nueva ligazón, una nueva gran alma, formada por tres almas: mis dos hermosos hijos y yo. (Al menos eso espero. ¿O es que esta herida no cierra nunca?)...

Hasta llegar a esta pequeña ciudad, -a la que vine a parar por circunstancias verdaderamente extraordinarias-, viví siempre en ciudades grandes: Buenos Aires, Nueva York, Madrid. Siempre frenesí, movimiento, ciudades que nunca duermen. Ciudades encendidas gracias a los sueños de las personas que viven en ellas, como si se tratara de una gran red eléctrica. Otra vez la importancia de la electricidad. El combustible de estas ciudades son sin duda, los sueños. Pero los sueños se gastan, y los míos, se han gastado. No quiero decir que me desanime la vida, no. La vida me encanta. Son los sueños de ser tal o cual cosa, de llegar a tal o cual sitio. De tener una “carrera”. De ser alguien en el mundo artístico, porque no vale sólo con ser, porque esta loca cultura del *achievement*, te hace sentir un fracaso la mayor parte del tiempo.

Fracasas si no eres famoso, rico, talentoso, ... Si no tienes tantos seguidores... Si Youtube no te paga... Si eres gordo, flaco, largo, corto,... Si sigues tus sueños, si los niegas... Es difícil no sentirse un fracaso, y conectar con lo verdaderamente importante: la vida. Yo, incluso con cincuenta años, me siento muchas veces así. No ayuda ser artista, claro. Si no eres un artista famoso, parece que no estás validado. Y mucho artista famoso, no es ni siquiera artista. El camino del artista es otra cosa. Las canciones que salen de una máquina de hacer chorizos, no son arte. ¿Nacen realmente como expresión del artista? ¿Es una necesidad del alma?... Uf, estoy densa. No sé si compartís mi pensar, o esto os parece un rollo. Pero tranquilos, tranquilas, que pronto llega marzo, y procuraré sacar a Pollyana de la hibernación.

La cosa es que lo que queda de este mes que se viste de rojo, no hay nada de Tinder, y mi aprendizaje de francés va viento en popa. Ya estoy en la Liga Amatista. El pájaro verde del Duolingo está feliz. Del trabajo a casa y de casa a trabajo, poco más. Bueno, Mercadona, por supuesto. Será difícil conocer a alguien si sigo en este plan. ¡Igual tendría que intentar ligar con algún cajero de Mercadona! ¡Seguro hasta consigo descuentos! De todos modos, la sobredosis de corazones de la tienda, me ha dejado con pocas ganas de amoríos este mes. Marzo arranco con todo; lo tengo decidido.

Estoy con mis pensamientos lacónico-filosóficos, cuando entra un cliente que parece Speedy González, -creo que va colocado- y me pide, literalmente, y con voz ronca, de estrella de rock madrugado: “Véndeme lencería para romper y algo para meter por el culo”... Este, guau. Para la moto. Mátame camión. Vamos a reformular esta frase. “¿Te refieres a lencería fácil de romper y un dildo o plug anal?”... “Sí, algo así, y algo para meter por el c...” Y dale. Que no soy sorda aunque ponga cara de póker. Le muestro la lencería más barata y lo llevo a ver los dildos. Da un respingo del susto, colocado y todo, y me pide algo más pequeño. Así que atravesamos la

tienda hasta el sector anal. “¿Ves algo que te sirva?”... Termina llevándose un tanga y picardías baratos y un plug metálico, talla M. Menos mal. Le recuerdo la importancia del lubricante, y me hace un gesto de, “da igual”. Por poco hago la señal de la cruz en su cara. Pongo una muestra de lubricante por las dudas: paquetito, bolsa y marchando.

Por suerte el resto de días transcurrieron tranquilos, sin gente colocada, y con algunos quehaceres para no pensar tanto. Toca dismantelar San Valentín y preparar la decoración primaveral, y eso me motiva. Pondré flores por aquí y por allá. Montaré el Jardín del Edén, incluso con manzanas. Y cambiaremos el rojo por colores pastel. Hablando de jardines y edenes, un cliente el otro día, me recomendó, así al pasar, un sitio de intercambio de parejas. Me dice que va con su señora y es genial. Se lo pasan en grande. No sé si era una propuesta directa o qué, pero lo he googleado y sí, se llama El Jardín del Edén y es un local swinger. No sé por qué, pero no me apetece nada participar de este edén, comer plátanos random y que un perfecto desconocido coma mis cerezas o mi papaya. Mucho menos mi melocotón. Lo más cerca que voy a estar del jardín lo que queda de este mes es regar a las pobres plantas del macetero de casa. El romero va bien; pero la lavanda, está pocha.

Otra clienta, muy mona y joven, me recomendó las “fiestas perchero”. Yo no sabía ni lo que eran. Resulta que se transmite la información de boca en boca, y son fiestas que se organizan en casas particulares. Al llegar, debes dejar toda tu ropa en el perchero, y quedarte en bolainas. O como mucho, con un tanga hilo-dental. Y así transcurre la velada: entre comer tapas, beber vino, hablar del efecto invernadero quizás, o de los retos de Tik Tok, no lo sé. ¿De qué hablas estando en pelotas rodeada de desconocidos?... De Trump, seguro que no. ¿De fútbol?... Sea como sea, tampoco me llama la atención esta alternativa, la verdad. Desde ya, yo sería de las que va con el tanga: eso de depositar mis partes pudendas en un sofá donde otros cientos han depositado sus partes pudendas, no me da confianza, y no me pone nada, la verdad. Sí; igual me como mucho el coco. Es la única fruta que como últimamente.

Llega el día libre y me siento oruga: embutida en mi bata manta, viendo pelis y comiendo frutas varias deliberadamente. Voy bañando la puntita de la banana en dulce de leche. Luego caen las fresas, bañadas en yogur de coco. Me estoy montando el edén solita en casa. No es época de melocotones ni de cerezas, pero, igual, ya estoy llena. En marzo la oruga se transformará en mariposa. Al final, lo quiera o no, soy muy enamoradiza.

MARZO. ME ENAMORO FÁCIL

Soy muy enamoradiza, qué le vamos a hacer. Desde chica, le escribía cartas de amor hasta a los camareros. Entiéndeme bien. Si un camarero era amable, y sonreía, al final de la estancia (por ejemplo, en un hotel), yo le escribía una carta de agradecimiento poniendo su sonrisa, su amabilidad y el brillo de sus ojos por todo lo alto. No tenía idea de que estas señales se malinterpretan. De niña no pasa nada. Pero te haces adulta, al menos tu cuerpo, y si sigues con el mismo *modus operandi*, el caos está servido -recordemos aquí que soy muy inocente-. Siempre se han generado, sin querer, malos entendidos. Y he perdido un montón de amigos... Amigos hombres. Tengo esta manía de ver lo bueno y lo lindo en las personas y exaltarlo. Y sigo igual; un poco más medida quizás. Pero no tengo remedio.

Además soy adicta a la belleza. Puedo vivir sin lujo, pero no sin belleza. Siempre he buscado la belleza y la armonía a mi alrededor. Es otra cosa irremediable. Las veces que he armado hogares, sencillos, siempre he puesto detalles que le dieran calor de hogar. Las veces que he hecho cenas para amigos, he intentado que se viera bonito (otra cosa es el sabor o complejidad del plato; no soy buena cocinera, lo siento chicos). Siempre que he preparado un concierto, he cuidado el detalle: vestuario, accesorios, objetos escénicos. Cuando he ido de viaje, puedo ir al hostel más sencillo, pero si es bello, me da igual. Si el paisaje es bello, lo llena todo. Si el restaurante es bello, y se nota el mimo, también me vale. No tiene que ser caro; tiene que tener alma, y cariño. Tiene que tener ese aire de que alguien ha prestado atención.

Marzo en Buenos Aires no me hacía tanta gracia, ya que comienza el otoño. Y, como os conté, mi humor va mucho con el clima: el otoño trae el aire fresco, las hojas que caen, los colores ocres y dorados, pero también los días más cortos, y más grises.

Pero marzo en España es el mes de la primavera, la promesa del amor, el calor, las flores, los colores, y los días que se van estirando. Además, en marzo nacieron mis dos soles. Por eso será para mí siempre, el mes del amor.

La maternidad fue dura para mí: no me sentía amada, me sentía sola, y con lo exigente que soy, quería ser la madre perfecta, la esposa perfecta, el ama de casa perfecta, la cocinera perfecta, la limpiadora perfecta, y, estaba de los nervios. Mi yo, aunque aún desconocido, seguía relegado. Mi yo artista, sí conocido, aún más relegado. Mi autoimagen, desvirtuada por completo. Sin cantar, sin subir a un escenario; sin fantasía, sin electricidad. Igual creo que lo hice bastante bien, ya que mis hijos son estupendos (ya sabéis que me he ofrecido a pagar yo al terapeuta). Lo más triste era verme a mí misma tan alienada, tan fuera de mí, tan perdida, teniendo dos maravillas en frente de mí. Me hubiese encantado que la maternidad me encuentre fuerte, sólida, tranquila, amada, estable, madura. Pero no. Así y todo, los mellis crecieron, jugaron, cantaron, vinieron al teatro conmigo; viajamos, vivimos aventuras, y tuvimos unas fiestas de cumpleaños y fiestas temáticas estupendas. ¡Hubo muchos disfraces! Hicimos amigos; cambiamos de casa; practicamos deportes. Vimos atardeceres y amaneceres; gritamos con la selección Argentina. Me dieron fuerzas para hacer mis shows, escribir mis obras y hacer mis canciones. Y son hoy por hoy unas personas hermosas a las que amo y admiro profundamente. Siempre serán mis

chiquitos, mis dos grandes amores.

Su padre y yo tuvimos custodia compartida hasta sus dieciséis años, cuando, por circunstancias bastante extremas, me tuve que ir de Madrid. Resumiendo: tuve un okupa en un piso, me arruiné, vino la pandemia, tuve poco y nada de trabajo artístico -poco, mal pagado y alguno que otro, ni siquiera pagado-, me separé de mi segundo compañero vital, una relación de doce años -ya os contaré este capítulo- y tuve que dejar el piso que alquilaba en Madrid porque no podía sostenerlo sola. Todo me empujó a salir de allí. Como muchas veces en mi vida, me siento como un pájaro, que en cuanto se acomoda en la ramita, un viento la sacude, y debe buscar una nueva rama. Acabé en esta ciudad costera porque tengo un pequeño piso de mi propiedad. Esta separación de mis hijos, al principio me costó mucho: pero, fui comprendiendo, ya el último tiempo que estuve en Madrid, que se hacían grandes, que no necesitaban pasar tiempo conmigo, sino con sus amigos, sus pares, y que yo tenía que estar como un sostén, económico, moral y amoroso. Por eso decidí reconstruir mi vida, porque no me quedaba otra, pero también para ser árbol donde ellos dos pudieran descansar. Creo que lo estoy consiguiendo.

Hay mucho más que podría contar sobre la maternidad, y mi gran decepción con el cuento del “amor de mi vida y la familia” , pero, lo que importa es salir adelante, aferrarse a la vida y al amor, y vivir. Caiga lo que caiga y llueva lo que llueva, levantarse, rearmarse, y seguir. Si todo el vaivén al menos sirvió para aprender eso, ellos y yo, ha valido la pena.

Mi francés ha mejorado sustancialmente gracias a mi abstinencia de Tinder. He llegado incluso a la *Liga* Esmeralda. Es lo más cerca de *Ligar* que estoy. Pero, un impulso vital, me dice que tengo que volver al ruedo. Me apetece un poco de electricidad. Así que abro el escaparate de Tinder y empiezo a mirotear. Así, sin mucha expectativa, pero consistentemente.

Por otro lado, la tienda se relaja un poco, aunque empiezan a verse extranjeros, sobre todo nórdicos, ingleses e irlandeses. A estos últimos siempre les digo que tienen la mejor cerveza del mundo, la Guinness. Me miran incrédulos: parece ser que no es común que a las mujeres les guste la Guinness, menos a una Argentina, donde ni siquiera hay Guinness. El otro día un cliente me invitó a tomar una después del trabajo, invitación que decliné elegantemente. Al rato volvió, y me pidió el teléfono. Lo que tuve que declinar, elegantemente, otra vez. No estoy desesperada por ligar; quiero algo especial. Además, lo reconozco. Tengo cincuenta años, y me atraen los de cuarenta y tantos, o los de cincuenta que parezcan de cuarenta y tantos... No me atraen los de cincuenta o más, que parezcan de sesenta y tantos. Así que ni por una Guinness iba a aceptar esa cita.

En el turno de tarde-noche te pasan cosas insólitas. Una noche, a última hora, entra una chica con la mochila de Glovo -esos servicios que te llevan cualquier cosa a cualquier sitio en cualquier momento-. Entró desesperada diciéndome: “Necesito un lubricante anal”. Yo le pregunto, “¿A base de agua, silicona, grande, pequeño...?” Se queda paralizada y decide irse con la mochila vacía, ya que si compra el lubricante incorrecto, no le pagan el servicio y se lo tiene que comer. Literal. Alguien no ha sido feliz esa noche.

Otra noche, uno se presentó a última hora, en pijama, quejándose porque el líquido vibrador sabor chicle que se llevó, no funcionaba. Hay que apretarlo para que salga, ya que lleva dosificador. Me puse a comprobarlo con él, y le di tantas veces al botoncito, que al final salió un

chorro que fue directo a mi pelo, y me quedé como Cameron Diaz en “Qué pasa con Mary”... ¿Saben a qué me refiero?...

También están esas parejas que vienen a última hora, me refiero a las diez menos cinco o en verano a las once menos cinco, y se llevan todos los afrodisíacos y cremas estimulantes como si se fuera a acabar el mundo. Les vendo todo, les deseo suerte y les doy las “MUY buenas noches”, con un guiño, esperando en el fondo que lo usen con mesura. O la insólita pareja extranjera, mayor, que toca la puerta a las 23:04 -¡Tocan la puerta, como si fuese una gasolinera 24/7! Y lo peor: ¡Abrimos! -por miedo a la reprimenda-. Preguntan por un Lelo, a lo mejor merece la pena el esfuerzo. Pero ni con esas. Tenemos un sólo modelo de Lelo en tienda, y cuesta doscientos euros. Hasta luego, Lucas. Adopten una mascota por favor.

Los efectos de la primavera se empiezan a notar y tengo más energía. Empecé a chatear con un muchacho de cuarenta y tantos, que parece que está bien. Voy a por mi Tinder número cinco, confiada y con una actitud más que positiva. Él es divorciado, con una hija pequeña; es deportista, abogado, argentino, bastante guapo. El orden de los adjetivos -y sustantivo- es totalmente random. La charla virtual es interesante, aunque a veces lo noto un tanto forzado. Llevamos unos días chateando y vamos a quedar.

Llega el día de la cita y me invita a cenar a un sitio Thai. Nunca he comido Thai, y no sé qué esperar. Me entrego a la sorpresa. No repito outfit oriental: me decido por pantalones rectos y un top no demasiado sexy. Este hombre parece un tanto formal y no quiero asustarlo. Además, encuentro cierta seguridad al llevar pantalones.

Le llamaré Daniel, por ponerle un nombre. Me pasa a buscar en un buen coche -no sé qué coche es, pero es bueno, y está impoluto, no como mi Super Sandero-. Lleva vaqueros, una camisa blanca y ese perfume que usan los hombres maduros, no los chicos -igual debo empezar a asumir que no soy más una chica-.

Me da dos besos en la mejilla, y me abre la puerta del coche. Me gusta. Esos gestos me gustan; igual estoy re-chapada a la antigua. Las ultra feministas se me tirarán al cuello, pero me encanta que me abran la puerta del coche, que me hagan pasar primero, y que me separen la silla de la mesa. No porque yo no pueda hacerlo, sino simplemente, porque me gusta (¿O será que mi padre era de principios del siglo veinte?) ... También me gusta que carguen las bolsas, y que maten a las cucarachas y recojan los cadáveres. Y si pueden conducir ellos, mejor, que tengo el psoas ilíaco derecho muy tocado de tanto conducir. Y puestas a pedir... Que inviten la cena, aunque sea de vez en cuando, también. Y que tengan iniciativa. Listo. Lo dije. Me atengo a las consecuencias.

El restaurante Thai está en un primer piso y es divino: muy mágico, mucho mimbre, poca luz, y cojines gordos en el suelo para sentarse. Me pido una especie de tallarines muy finos de arroz frito, con tofu y verduras, y la verdad es que está riquísimo. Bebemos sato, un vino fermentado de arroz. Ya que vengo a un Thai, pienso, no voy a pedir una tónica, y aquí, convengamos, que no hay Guinness. Comemos y charlamos de nosotros. Yo estoy distendida; no siento en ningún momento la electricidad de la atracción, ni de mi parte ni de la suya. La charla es más bien intelectual; no sé si al ser él abogado, yo doy rienda suelta a mi contadora, y estamos charlando totalmente desde la cabeza. Por eso no hay electricidad, creo.

Luego de una cena muy agradable, donde no hubo en ningún momento coquetería, ni seducción, al menos desde mi punto de vista, al bajar la escalera, Daniel me da un beso de sopetón, y me mete la lengua hasta la tráquea. Mátame camión. Esto es un desastre. Me quedo casi paralizada, y pretendo normalidad. Aunque, realmente, mi contadora interna comienza a enumerar: “Uno, superaste los cuarenta y no sabes besar; dos, tienes menos tacto que un cactus; tres, no sabía que había quedado a cenar con un camaleón; cuatro, qué poca sensibilidad; cinco, qué poca escucha; seis, ¿Sabe rica mi campanilla bañada en sato?...” En fin, la vida te sorprende cada día.

Pero esto no acaba aquí. Cuando entramos en el coche, se inclina con la firme intención de arrancarme los pantalones y seguir con su lengua de camaleón explorando otros lares. En alguna clase o libro de autoayuda, se les dijo a los hombres que las mujeres amamos el cunnilingus, bajo cualquier circunstancia y en cualquier momento, y ahí que van. No importa si el timing es bueno o no. No importa si estás en el cine, en el Mercadona o en un partido de pádel. No importa si hay química o no, no importa si la mujer está más tiesa que un Buda de piedra - para seguir con el rollo Thai-. Flipo. Yo, ante el efecto sorpresa, suelo quedarme un poco paralizada; cuando algo supera cientos de veces mi racionalidad, no sé qué hacer. Ésta es una característica bastante mala que ha jugado muchas veces en mi contra -y ha dado lugar a abusos varios-. Por suerte, y porque escuché una sirena que se acercaba, pude reaccionar y frenar su impulso absurdo que no tenía nada de romántico ni de erótico, ni de coherente. ¡Menos mal que me puse pantalones! No es posible ir de cero a cien en electricidad, en menos de un segundo. Este chico se sabrá de memoria el Código Civil, pero de Física y Química, poco, o más bien cero patatero.

La sirena era de un coche de policía, que pasó por al lado nuestro a toda velocidad. Por suerte se cortó el rollo, y Daniel arrancó el coche y me llevó a casa. La verdad, no esperé a que me abriera la puerta; le di gracias por la cena, y ya con medio cuerpo fuera del coche me dice: “¿Quedamos otra noche para terminar lo que empezamos?” Este... Guau... No... Con sonrisa falsa de por medio le suelto: “Vamos hablando, si eso”... Y me voy.

Uf, cuesta reponerse de estas citas catástrofe. Una amiga me habría dicho: “Haberle dejado que haga lo que tenía que hacer, y por lo menos te llevas un par de orgasmos además de la cena”. Pero no. No puedo ir tan en contra mío y quedarme a gusto. Para meros orgasmos, acudo a mi pingüino Tony.

Los días que siguieron, Daniel me escribió varios mensajes. No le contesté por varios días hasta que finalmente me sinceré con él y le dije lo que había sentido. Me sorprendió mucho saber que él lo vivió de manera totalmente diferente: él estaba seguro de que había química, creía fervientemente que su beso lenguaraz me había robado los sentidos, y pensaba sin un atisbo de duda, que yo deseaba con todas mis células, tener una sesión salvaje de sexo oral en el coche. Estábamos en páginas totalmente diferentes.

Decidí correr un estúpido velo después de esta cita-fiasco, y, lejos de desanimarme, reforcé mi ánimo. Con tanto sapo, ya estaba más cerca del príncipe -perdonad ultra feministas, sabéis que es una manera de decir, no soy literal y no creo en los príncipes-. Bueno, aunque el último, más que sapo, resultó ser un camaleón.

SER O NO SER

Un camaleón. Eso es lo que he sido con cada pareja, con cada jefe, con cada relación tóxica. Y no por tener la lengua larga; sino por vestirme del color que me pedía cada uno, o que yo creí que me pedían. Ser o no ser, ésa es la cuestión. Por fin entiendo a Hamlet.

Previo a mi primera separación y posterior divorcio, cuando ya estaba en etapa de duelo, que me duró al menos un año, comencé un camino de búsqueda personal intenso y profundo. No era normal estar siempre triste, deprimida, carente de electricidad, sin esperanza. Menos aún teniendo dos hermosos y fulgurantes soles alumbrándome. Mis bellos hijos, llenos de vida, con ojos nuevos, y en estado constante de maravilla y fascinación por el mundo, y yo, gris, desesperanzada, y abatida. No era normal y no era justo, ni para mí ni para ellos. Así que emprendí mi primer camino de autoconocimiento, de la mano de una ángela-chamana, comenzando con auriculoterapia, flores, respiración psicoactiva, hasta llegar a la Ayahuasca. Yo quería ser una mamá plena y radiante para ellos. Quería devolverles esa cascada de amor cada día.

Solo la respiración, dismanteló mi mente, conectándome por primera vez con mi amor propio, sintiéndolo de verdad. ¡No sabía lo que era! También me permitió batirme a duelo con mi mente: mi mente era un tigre, y yo me medía con él. Y, por último aunque no menos importante, me permitió deshacer tumores antes de que éstos se gestaran. Expulsé “tumores cuánticos” mediante profundos episodios de catarsis.

La Ayahuasca fue la llave maestra que terminó de abrir todas las puertas. Descubrí que no sabía quién era porque me adaptaba a todo y a todos: no tenía forma, ya que no ponía límites. Algo que no se limita no tiene forma. Yo era como una gelatina, pero sin molde. Luego de ver esto con claridad, comprendí que esta falta de límites me había hecho crecer espinas, como un puercoespín. Es decir, fui de camaleón a puercoespín, sin darme cuenta. Necesitaba ser mujer, y ser, en general, y saber cuál era mi materia prima. Así que le pregunté a la abuelita, y me contestó. Le pedí que me definiera y me definió. Fue entonces cuando aparecieron con total claridad palabras e imágenes que constituían mi materia prima: Fantasía Alegría. Vida. Luz. Ingenuidad-sabía. Lucidez. Intuición. Y tres verbos: jugar, fluir y elegir.

Podría ahondar mucho más en esta etapa de mi vida, el aprendizaje, las vivencias, incluso las críticas (mi ex-marido le dijo a mi madre que yo era drogadicta, porque había tomado Ayahuasca, a lo que mi madre adscribió sin dudarlo ni un momento. Gracias por el crédito y la confianza, Ma; de él no esperaba nada menos). Pero, lo pasado, pisado, como se suele decir. Gracias a todas las piedras del camino, soy quien soy, y conseguí, con esfuerzo, romper el círculo vicioso de madre-niña, que traía de mi herencia familiar. Algo hemos hecho.

A Daniel no le contesté más, y, aunque he estado tentada alguna vez de llamar a Sergio, en plan “sexo de emergencia”, siempre opté por mi pingüino Tony, para no arrepentirme y crear confusión en mi cabeza.

Los días transcurren entre una primavera que se abre camino y un otoño ya casi olvidado,

de no ser porque el escaparate parece otoñal. Es precioso, la verdad. La muñeca mira de soslayo con un conjuntito blanco abierto en las partes íntimas, con ligero y medias, y altísimos tacones. Lleva el pelo rojo fuego, y una máscara veneciana, en tonos dorados y ocre, con plumas y piedras incrustadas. El fondo simula madera, y la rodean un sutil biombo dorado con su bata blanca colgando y una mesita baja metálica, donde se exhibe un juguete caro y bello, aunque muy poco práctico. Ese juguete, con forma de U, pero absolutamente rígido, ha sido la incógnita de muchos clientes. Lo he explicado sin mucho convencimiento varias veces, y creo que solo he conseguido venderlo una vez. Sin duda no es mi favorito. Me cuesta vender algo en lo que no creo. Y desde ya, soy incapaz de mentir -por eso no duré mucho en el negocio inmobiliario-. Por ese motivo también me cuesta mucho estar rodeada de personas falsas o con careta. A veces no lo hacen de malos -a veces sí-. Yo, sin maldad, alguna vez estuve allí. Cuando no sabía quién era me relacionaba con los demás desde una construcción de mí misma, pero no desde mi yo real. No era falsa en un mal sentido, sino que no era. Suena complicado, pero es simple en realidad. Se puede ser falso consciente o falso inconsciente. Cada uno con su cruz. Hay personas que se pasan la vida luchando contra su oscuridad. La luz es un don. Y, sin un atisbo de duda, todo es mucho mejor cuando eres real. Seas lo que seas y como seas, pero real.

Sigo pensando que quizás debería apuntarme a un gimnasio. No sé por qué no lo hago y punto. Pienso demasiado últimamente. Igual sigo mirando Tinder a ver si aparece algo, aunque mi Pollyanna interior está desencantada: ahí la veo, tejiendo una bufanda en un rincón. Si mi Pollyanna interior está tejiendo una bufanda, mala señal. Ya solo le falta adoptar dos gatos. Los otros dos, Schopenhauer y Tony Robbins, hicieron la gran Elvis: “they left the building” -se fueron del edificio-, sin dar explicaciones. Mejor, así estoy más tranquila. Creo que sin estas dos criaturas, seré más yo; iré más fluída. Haré mi trabajo día a día diligentemente y el resto del tiempo, descansaré. Disfrutaré los atardeceres que pueda, y el mar. Y ya está. No tengo energía para grandes proezas. A veces toca aceptar el bajón, y no combatirlo.

Llega fin de mes, y me voy de viaje relámpago para ver a mis amores, que es su cumpleaños. Marzo es el mes del amor. Un abrazo de mis dos grandes amores, no tiene precio. Así que, *on the road again*, Super Sandero al ataque. La única manera de cuadrar una escapada, esta vez, es en coche. Ni trenes ni buses me cuadran. Tengo que trabajar por la mañana, salir por la tarde a Madrid, cenar con mis amores, dormir allí, desayunar con mis amores -y, por supuesto, cantarles el cumpleaños feliz, con una velita puesta en alguna tarta de chocolate o *carrot cake*- , y salir otra vez, *on the road again*, directa al trabajo (todos estos cambios de horario gracias a mi compañera maravillosa que se deja las neuronas cuadrando los horarios para que yo se los descuadre). El esfuerzo merece mucho la pena. Ya tiraré mi psoas ilíaco a la basura cuando vuelva -y posiblemente tenga que colgarme de un caño durante cuarenta y ocho horas para descomprimir mis vértebras-. Es el único momento de mi vida en que desearía ser murciélago.

Ya de regreso, me planteo seriamente lo del gimnasio. Como os comenté, siempre el gimnasio me ha traído alegrías. A mi ex pareja -el compañero vital que mencioné antes- lo conocí en el gimnasio: típico cliché -otra vez- , profesor y alumna. Yo venía de la separación y divorcio, con dos hijos pequeños, construyendo lentamente mi autoestima, mi imagen personal, y despertando a mi ser, a mi esencia, y al “ser mujer”. Y ahí estaba él. Lleno de energía, vitalidad, y mostrando un inusitado interés por una mujer mayor, divorciada y con hijos -yo me sentía mayor, ya que sólo le sako un año, y él no sabía lo de divorciada y con hijos en ese momento-.

De a poco compartimos intereses: él estudiaba para fotógrafo, yo era actriz y cantante, -siempre necesitaba un book (en la jerga de actores y artistas en general, es un portfolio de fotos para venderte)-, era una colaboración perfecta. Así empezó un hermoso romance, que devino en historia de amor, convivencia, aventuras, vida, cambios, mudanzas, muchos viajes a IKEA, bicicletas, mascotas, sueños, frustraciones, un sinfín de seminarios de gurús de libertad financiera, fracturas, pandemia, encuentros y desencuentros. Gracias a él me hice mujer. Compartimos mucha vida y también un abrupto adiós -abrupto aparentemente, pero tejido durante años, a base de desencuentros y falta de evolución-. Lo que no avanza, retrocede, dicen.

La única manera de dejar de reparar algo que se está resquebrajando continuamente, es tirándolo al contenedor. Suena duro, pero, peor es el desgaste continuo y sin sentido. Una gran historia de amor que duró doce años. Sí que viví el amor hombre-mujer (aunque a la distancia creo que era un hombre-adolescente). Pero llegó a su fin. Suena fácil y simplista, pero os aseguro que no lo es. De todos modos, yo tengo una especie de resorte que me levanta siempre, y sigo adelante. Como todos, supongo. La resiliencia no es exclusiva de unos pocos, sino que es algo natural en el ser humano. De todos modos es curioso cómo la vida cambia y las personas se esfuman de tu vida, y uno sigue y sigue. Me pregunto si es para todos así, o si soy una *freaking guerrera espartana* sin remedio (parece ser que los miomas en el útero pueden deberse a un cúmulo de duelos no hechos; de eso sé un poco).

De momento, la guerrera espartana está en una tienda erótica, armada con un trapito y un producto químico oleoso, y se afana por remover óxido de los soportes de las baldas: algo hay que hacer para justificar el sueldo, cuando todo lo demás ya está hecho y re-hecho. Evidentemente el óxido no sale, porque el producto no es antióxido. Queda brillante, eso sí. Me voy marcando objetivos: las baldas de bondage, luego las de lencería. Descanso. Las baldas de dildos, masturbadores y arneses. Descanso. Procuro ir y volver del mostrador a cada balda, sólo para caminar y que la circulación de mis piernas no se resienta tanto. Tengo veintidós pasos del mostrador a la lencería, voy sumando y multiplicando, -siempre seré un poco contadora-, para más o menos llegar a la meta de cinco mil pasos diarios que me puso el nutricionista. No llego ni de coña. Desde que trabajo aquí me han salido arañitas en las piernas, y me duelen. A veces me duelen los pies también. Me he comprado por Amazon unas medias de compresión y ahí voy tirando. Pero es verdad que el cuerpo se va comprimiendo cuando pasas tantas horas de pie. La espalda baja duele, aunque haga un ejercicio hipopresivo cada tanto. Me anclo al mostrador, y ahí mismo: apnea, abro costillas y vacío abdominal. Crezco, decoapto mis escápulas para no ser cada vez más pequeña y encorvada. Y sigo.

Estaba yo en mi rutina de limpieza y cardio encubierto, cuando entra una clienta extranjera buscando un juguete muy específico: quería un vibrador que además de vibrar, tuviera succión para el clítoris y movimiento *finger* para el punto G. Como no tenemos en tienda nada semejante, de momento, me ofrezco a buscarle uno *online*, en nuestra enorme selección de productos de la tienda virtual. Encontramos uno que le gusta, lo encarga y se va muy contenta, y haciendo alarde con su amiga de la maravilla que acaba de comprar.

Dos días más tarde viene a recogerlo y se lo entrego bien empaquetado y con un lubricante a base de agua de regalo. Lo que yo no imaginé es que un día más tarde, volvería a la tienda con intención de devolverlo, porque no estaba satisfecha (a ver, la garantía no cubre mal uso ni carencia de orgasmos). Cuando le dije que eso no era posible, con su medio español de

Europa del este, me dijo de todo menos bonita, y se fue ofuscada y gruñendo. (¿Realmente la gente no se da cuenta de que este tipo de productos no se pueden devolver? ¿Qué les pasa?... A mí me daría vergüenza presentarme con un vibrador usado en una tienda, y refregárselo a la dependienta por la cara, como si ella fuera la culpable de mi insatisfacción. Una cosa es que no funcione; otra es que no te satisfaga sexualmente. ¿Estamos tontos o qué?...)

Como cuando aquel cliente mayor, extranjero también, me tiró sobre el mostrador un Womanizer- Premium-Super-Eco-Plus-Max de doscientos euros, porque no funcionaba y no tenía el ticket. Sin ticket se sabe que no se puede tramitar una garantía. Así y todo, me lo tiró allí, con desprecio, como si su gilipollez y el hecho de que su mujer estuviera insatisfecha, fuera mi culpa. Vuelvo aquí a citar aquel dicho fantástico: “Hay gente que es para echarle de comer aparte”.

Cuando comento estas anécdotas con mi compañera/ayudante de dependienta/encargada, que coincidimos en el cambio de turno, no podemos más que abrir los ojos, no ya como platos, sino como soles. “¡Madre mía cómo está la peña!”, me suelta. Y nosotras creemos que estamos para encerrar. Anda que esta gente... Gracias a Dios existe mi compañera. Mi compañera y yo, nos consolamos mutuamente.

ABRIL. I WANT TO BREAK FREE

Mi compañera y yo, nos consolamos mutuamente. El bucle nos tiene un tanto agotadas. Creo que ambas necesitamos vacaciones.

Hoy voy tarde otra vez. (Maticemos: “tarde” son veinte minutos antes de la hora de apertura en lugar de veinticinco, -en mi caso, porque vivo cerca; para mi compañera es al menos una hora, y eso si no tiene que ir antes al banco a por cambio-).

Entré en el parking del Centro Comercial como por un tubo. Ni reduje velocidad -cualquier día me la pego contra el muro o la primera columna-. Seguí conduciendo y moviendo la cintura cual joystick humano, como si el coche me siguiera el movimiento. Puse las luces y subí las ventanillas al mismo tiempo. Con un tercer dedo, apagué la radio que ya era sólo un zumbido. Justo empezaba “el” temazo de A-ha. Shit.

¿Os suena?... Os dije que vivo en un bucle.

Avancé en el parking a 40 km/h, debería ir a 20. Salté los badenes, y con una maniobra final de campeona de F1, me clavé en I13. “Recuerda: amarillo I-13”. Salí y mientras me encaramaba hacia las escaleras mecánicas, cerré el coche con el mando. Corrí escaleras arriba saltando escalones de a dos. Si la escalera mecánica se parara de repente, me la pego. Vislumbé la puerta de la tienda. Le di al mando para abrir y atravesé la puerta.

Tiré el bolso sobre el mostrador mientras subí los plomos y fui encendiendo las luces, ordenador, detector de billetes falsos e impresora. Corrí escaleras arriba, llené el cubo de agua. Puse el desinfectante. Bajé corriendo pero atenta a mis pasos. Llegué abajo, respiré, resoplé, respiré. Encendí la cortina de aire y fregué con frenesí desde la puerta hasta el final de la tienda, pasando por todos los recovecos. Moví el expositor de huevos, asegurándome de que no quedara ni una sola pelusa detrás; ni una sola. Seguí con buen ritmo fregando y fregando, con movimientos coreografiados. Repasé alguna mancha rebelde. Retiré algún cabello largo. Maté alguna hormiga. Bronte ya no está y no tengo ningún nuevo favorito.

Quedaba sólo el último rincón. Desenchufé la aspiradora y la metí en el hueco de la escalera para limpiarla luego. Terminé la zona de caja. Coloqué cuidadosamente dos trocitos de papel de cocina en el suelo para pisar y no manchar, y acabé de fregar el último centímetro cuadrado. Abrí el programa. Pinché mi usuario. Conté monedas a toda velocidad. Conté billetes. Todo correcto. Abrí la caja.

Subí volando la escalera con el cubo de agua. Tiré el agua sucia por el WC. Ya que estaba, hice pis. Apreté el botón y me lavé las manos. Bajé las escaleras. Subí otra vez con el bolso, y me pinté los labios de rojo. Bajé de nuevo. Y ya por fin, abrí la puerta. Después encendí las teles y puse los vídeos corporativos. Respiré. Resoplé. Apagué la cortina de aire. Puse el palo en el hueco de la escalera. Bajé los hombros que llevaba pegados a las orejas. Y arranqué la jornada, cómo no -sin pedido aún a la vista y sin clientes aún a la vista-, abriendo el Trello. Destiqué las tareas diarias para comenzar a tiquear, diligentemente.

Espero que hoy venga San Nacex, y me salve del aburrimiento crónico. Se acerca Semana Santa y necesitaremos muchos productos: la ciudad se llenará de turistas, sobre todo madrileños. No son los que más gastan, pero al menos son curiosos: entran, preguntan, y la cosa se hace amena.

Hay clientes que son muy agradables, y el tiempo se pasa divertido. Se arman degustaciones de líquido vibrador en torno al mostrador, y es muy gracioso ver las reacciones de cada uno. Y es muy gratificante, cuando les gusta y se lo llevan. Esas ganas de jugar y experimentar que tienen algunas personas, es contagiosa. Me alegra poder contribuir al menos un poquito en eso.

Vuelve a sonar *I want to break free* en versión lacónica, y me recuerda cómo necesito vacaciones. Me dan ganas de cantarla a viva voz, como Freddie. Hace mucho que no canto. Extraño mi voz; sé que está ahí. De vez en cuando se cuela un fino hilo de voz siguiendo alguna de las versiones lacónicas del hilo musical de la tienda, y me sorprende: mi voz es bonita. Tiene alma de fondo y tengo lindos armónicos. Puedo decir que es una voz artesanal. La he ido moldeando, y aún sigo en ello: es una escultura de arcilla siempre en proceso.

En general la tienda marcha bien. Los días, aunque pueden ser muy aburridos, transcurren apacibles -excepto cuando alguien gruñe porque no puede devolver un vibrador usado, o cuando alguien gruñe porque la etiqueta del precio está pegada un milímetro por debajo de donde debería estar-. Por eso digo “en general”, siempre que no haya regañinas absurdas y paranoia y persecución, todo va bastante bien. Pero, a veces la gente se aburre, y necesita su dosis de paranoia y persecución. Y esto me produce un gran estrés y cansancio. No tengo ganas de paranoia y persecución: yo quiero una vida apacible, en todos los ámbitos de esta vida. APACIBLE. ¿Es po-sible?...

Refuerzo este deseo con el irrefutable hecho de que ya dos personas me han dicho que posiblemente yo sea una PAS. Yo no sabía lo que era. Una amiga me soltó un día: “Soy PAS, así que esto me afecta más que a otros”. Como buena argentina que no distingue el sonido de la “s” y la “z”, pensé que se refería a la palabra PAZ; pensé que quería decir que es una persona pacífica. Pero luego, el osteópata me lo dijo también. Y tuve que googlearlo. Y sí; tengo todas las papeletas de una PAS: Persona Altamente Sensible. Hice el test para confirmarlo, y sí: soy 93% PAS.

Es bueno comprenderse mejor, porque sino crees que estás fallado, que tienes una tara. ¿Cómo me puede hacer tanto daño la mirada o el mal gesto de un sujeto, sea exmarido, madre, jefe, o el almacenero de la esquina?... ¿Soy boba? ... Ni te cuento lo que puede afectarme un comentario, sea de frente o por la espalda... Llegué -junto con mi terapeuta de la época- a pensar que era bipolar, y ¡hasta me han medicado! ... Nooooo... No soy bipolar, ni gilipollas, ni boba, ni tengo la regla ni estoy pre-menopáusica: soy humana y PAS. Además de ser inocente y nada retorcida. Por eso quiero una vida APACIBLE, porque soy PAS y porque quiero PAZ. Supongo que a las PAS se les hace muy difícil convivir con manipuladores, narcisistas y psicópatas integrados. Hay que joderse. ¡Se me repiten estos personajes en la vida! (Un exnovio, el del nombre raro, me lee una noticia del periódico una vez: “Un niño -no recuerdo de qué país de medio oriente era- explotó al pisar una mina antipersona”. Yo me largué a llorar desconsoladamente y de manera instantánea, como si los ángeles abrieran las compuertas del

llanto ancestral humano. Y él me suelta: “¿Por qué lloras si no le conoces?”... ¿Tengo que explicar más sobre esto?...)

También me ayudó mucho a comprenderme un libro llamado “Agridulce”, donde se normaliza el hecho de no estar siempre “joya”, como en modo “Instagram”, sino en habitar el Humano: arriba, abajo, alegría, tristeza, logro, desazón, fracaso, aprendizaje, ganas, deseo, inapetencia, miedo, fuerza, debilidad, duda, certeza... (Ya lo dice Cheyenne -no se trata sólo de citar a Schopenhauer- en su bachata: “Subimos, bajamos, lloramos, reímos”)... Agridulce. Por algo me gusta la tónica; la original.

Es bueno comprenderse más. Que toda esta introspección e hibernación sirvan para algo. Si conozco algún muchacho que valga la pena, iré por delante con mi PASaporte PAS, para evitar sorpresas y malentendidos a posteriori.

Hice match con un muchacho en Tinder y voy a quedar. Cualquier cosa con tal de que mi Pollyanna interior no adopte dos gatos. Es español, dos años menor que yo, se lo ve en forma y muy entusiasmado. Un poco modo “Instagram” para mi gusto, pero bueno; vamos a darle una oportunidad.

Quedamos para cenar en un restaurante italiano, en la terraza, aprovechando este tiempo primaveral estupendo. Es una terraza enorme y se ve el mar. Es muy bonito, la verdad. Él es elegante, con ese estilo de político de partido liberal; compruebo en vivo y en directo que está muy en forma y es muy vital, casi rozando el hiper entusiasmo. Eso ya no mola tanto. La cita transcurre amena, con una rica cena -siendo vegetariana y anti lácteos, en un restaurante italiano, sólo puedo entrarle a la *insalata* o a la pasta rellena de espinaca y nueces, sin queso, y sin salsa. “Un chorrito de aceite de oliva y pimienta negra, por favor”, le digo al camarero y el muchacho, al que llamaré Alberto, me mira extrañado (no lo hago por ahorrarme los diez euros de la salsa gorgonzola, señores, es que me sientan mal los lácteos). Es difícil ser vegetariana y anti lácteos. Casi tan difícil como ser anti abdominales. La gente te mira como con pena:

-Ay, qué penita... ¿No puedes comer queso?-...

-Sí, puedo. No sufras; es que no me apetece”.

Alberto lleva el ochenta por ciento de la conversación, y yo me esfuerzo cada vez menos en colar un bocadillo de diálogo. Me agota intentar colar líneas cuando la gente no escucha, no le interesa, están muy ocupados hablando de sí mismos, y no se enteran, o cuando ya tienen su idea preconcebida de lo que vas a decir y lo que van a responder. Me agota. Yo no necesito alimentar mi ego. Así que, alimento mi estómago comiendo *ravioli* bañados en *olio*, lentamente.

Alberto me suelta frasecitas estudiadas en los cursos estos que están tan de moda, de liderazgo y libertad financiera, que me irritan levemente (porque yo he estado ahí demasiado tiempo; incluso les ponía a los chicos el audiolibro de Robert Kiyosaki, “Padre rico, padre pobre”, para dormir). Frases hechas de gurús varios. No digo que no haya aprendido. A partir de los cuarenta me empezó a obsesionar la idea de la libertad financiera. Si mis hijos han aprendido algo, y pueden forjarse esa libertad antes de la edad jubilatoria, mejor. Que sirva para algo tanto dinero, tiempo y energía invertidos en estos cursos de diversos gurús.

¿Acaso no es el bien máspreciado del ser humano la libertad? ... Pues, trabajar a destajo, por muy poco dinero, no es libertad. La frase “El trabajo dignifica”, está super obsoleta. Si mi padre viviera, -creo que él me enseñó esa frase-, hoy estaría de acuerdo en que no es verdad. Es una maniobra de manipulación para avalar esta esclavitud moderna encubierta. Dolly Parton con su “9 to 5” tiene toda la razón. Y no por nada el tango *Cambalache* está siempre vigente.

Pero, convengamos que tampoco hay que irse de mambo y llenarse de estas frasecitas, y poner en peligro la economía familiar, y la familia en sí, por esta obsesión. Habrá que poner pan sobre la mesa, y pagar las facturas primero, y comprar una caldera nueva si ésta se rompe, e ir construyendo esa libertad de a poco. Salvo que te hayas dado cuenta a los veinte, y hace al menos diez años y seas un famoso *YouTube*r. No es mi caso.

Alberto cree fervientemente en ello, y me habla de todas sus ideas para conseguirla: pisos en alquiler -adscribo, excepto cuando te toca un okupa, o se te rompen todos los electrodomésticos juntos-; criptomonedas -perdí plata-; trading -no lo entiendo y no tengo paciencia-; vender por Amazon -podría ser-; curso online -no me funcionó de momento-; derechos de autor -algo llega-; y así puedo seguir. Pero de momento, después de un okupa, una pandemia, un cambio de ciudad, y una bancarrota emocional y financiera, toca currar/trabajar.

Alberto es arquitecto, pero además está construyendo su libertad financiera. Claro que es más fácil siendo soltero y sin hijos. Intento que la conversación vaya para otro lado, antes de irritarme del todo y de que se me acaben los raviolos. Pero ni con esas. Cuando por fin consigo que cambie de tercio, media hora más tarde, me sale con el rollo espiritual aprendido en cursos también. Uf, todo me suena, y me agota. Estuve allí también bastante tiempo, por suerte, no demasiado. Se me acabaron los raviolos y estoy en peligro de quedarme dormida. “Todos somos energía; incluso he tenido una conversación con una palmera”, me suelta Alberto en plan revelación. Me saltan todas las alarmas: me quiero ir. Todo mi cuerpo tintinea; espero no estar parpadeando a lo loco para que no se dé cuenta. Mátame camión.

Creo que he apagado mis receptores auditivos, porque veo a Alberto mover los labios pero no me entero de lo que está diciendo. Sólo veo un movimiento, y yo entro como en un estado de hipnosis, en una nebulosa, un estado de relajación profundo, como si estuviese en un bote a la deriva en alta mar, pero sin miedo. Es ahí cuando tengo una revelación: se acabó el Tinder para mí. No está aquí mi amor; no doy una.

Pero seguiré buscando. El gimnasio se me resiste y el pádel también. Quizás es hora de emprender un viaje. Mi último esfuerzo será la campaña de Semana Santa, y después, me tomaré unas merecidas vacaciones.

MUERTE Y RESURRECCIÓN

“¡Vacaciones!”, parece chillar la horda de turistas madrileños cuando entran en el Centro Comercial. Nosotras vamos al revés del mundo: cuando la gente tiene vacaciones es cuando más trabajamos, claro está. Pero no pasa nada, luego tendremos nuestra *vendetta*. Y será mejor aún, porque, vayamos donde vayamos, no habrá atascos y será todo más barato. (¡Ey! ¡Qué positiva! ¿Son éstas palabras de una resurgida Pollyanna?... Esto es alentador).

En Semana Santa un ejército de dildos realistas se prepara para salir marchando -la Semana Santa no tiene nada de santa; yo me los imagino en filita saliendo por la puerta-, junto con otros productos populares como lubricantes de sabores, geles vibradores, y *plugs* anales -sobre todo los pequeños; hay mucha iniciación anal estos días-. También está la situación incómoda donde, en una pareja heterosexual, ella no se atreve ni a mirar los *plugs*, y ellos insisten en comprar uno y que sea lo más grande posible. Que sí, que no, que sí, que no. ¡Chicos! ¡Hablad estas cositas antes de entrar a la tienda, que me siento como en un partido de tenis! Yo, por las dudas, doy una monodosis de lubricante y otra de serum de regalo, y marchando. ¡Cuarto y mitad de *plug* anal!

La Semana Santa me hace reflexionar acerca de la muerte y la resurrección: la vida está llena de pequeñas muertes y resurrecciones. Incluso al orgasmo femenino, se le llama *petite mort*. Pero no me referiré a esta pequeña muerte. Sino a todas las pequeñas muertes de la vida: una ruptura, una desilusión -una desilusión es como arrancar una flor-, la muerte de un ser querido. O cuando sientes que vas a morir, física o espiritualmente, y resurges. (¿Alguna vez habéis sentido al alma en peligro de extinción?... Yo sí. Es muy doloroso). Cuando dismantelas un antiguo yo egoico, y renaces. Así, se me antoja que muertes y resurrecciones, van tejiendo el *patchwork* de la vida.

He eliminado el Tinder de mi móvil en un acto de valentía, y he estado mirando gimnasios. Igual, con calma: primero me iré de vacaciones. Avanzo en la Liga de Duolingo casi hasta Diamante otra vez. Igual no quiero obsesionarme: que el pájaro verde no se flipe. Como empiece a regañarme lo quito también. Buscamos una vida apacible, ¿recuerdan?... No necesito a nadie que me regañe. Y ya no necesito demostrar nada a nadie tampoco. No creo que al fantasma de Edith Piaf le importe si estoy en la Liga Diamante o Carbón.

En un acto de rebeldía esta mañana quito el hilo musical de la tienda y pongo a Elton John. Oye, esto sí que me motiva. ¡La música lacónica adormece y produce bajón! Unas chicas entran a comprar y no pueden dejar de moverse al son de “*I’m still standing*”. Me agradecen la buena música y compran: ya he hecho felices hoy a dos personas. ¡Vamos!

Ya a las doce, vuelvo al hilo musical, porque empieza a entrar gente y no vaya a ser que se active la vigilancia. Justo una señora de mi edad, quizás un poco menos, entra buscando bolas chinas que le mandó la ginecóloga para fortalecer el suelo pélvico, porque se le escapa la orina. Le explico todo lo referente a la bola, y además, le explico los ejercicios hipopresivos -no sólo porque mi libro se vende en la tienda, sino porque me importa de verdad-, ya que son lo mejor para este problema. Me suelta que ya los conoce, que son muy difíciles, y que a ella le encanta

hacer abdominales. Además, si no hace abominables, le crecerá la barriga. Hay que joderse. Le vendo la bola china con su lubricante, aunque me siento desanimada. No digo ni una sola palabra más: lo que no se quiere cambiar no se cambia, con las consecuencias que sean. Debo reprimir el Braveheart del suelo pélvico que llevo en mi interior.

Hacía mucho que no pasaba Jake por la tienda. Yo creo que desde aquella cita fiasco, no le quedaron muchas ganas de sex shop. La cuestión es que vino, con la excusa de que tenía que hacer un regalo, pero creo yo que venía a ver si había chance de algo. Por supuesto que me contó los problemas con su exmujer, lo linda que le quedó la decoración de su baño, todo lleno de flores, me recordó su signo del zodiaco, horóscopo chino y tótem, me tarareó la melodía que tocaba su abuela en el piano, me preguntó si seguía en Tinder, si seguía sola, si quería quedar para otra Guinness, me volvió a hablar de su contacto que me sacará de la tienda porque yo lo valgo, me recomendó tomar triptófano, y así en bucle hasta que entró otro cliente. Me despedí de Jake, mediante la amenaza de las cámaras, y se marchó. Jake sigue teniendo un grave problema de locuacidad.

Más tarde entró un cliente todo rayado porque quería comprar un anillo para el pene pero no sabía cuál, ni el tamaño adecuado. Un chico joven, treintañero; alto, cuerpazo, muy guapo. Le abrí varios modelos, estiramos la silicona y seguía dubitativo. De repente me suelta, así sin preliminares, que si se lo puede probar en el vestidor. “Este... guau. No.” Tomo aire, trago saliva y continúo. -“Como te imaginarás por cuestiones de higiene esto no se puede probar”. Entonces va y me suelta: “A lo mejor tú la ves y me sabes decir, por tu experiencia, qué anillo me conviene”... (¿En serio? ¿Crees que aquí nos la pasamos mirando y midiendo penes? No doy crédito. Mátame camión). Le respondo, no sé ni cómo, que no, que no es posible lo que me pide. Y se marcha. Respiro y resoplo. *Lareconchadelalora y lareputisimamadre que lo remilreparió.* Me quedo a gusto.

A los cinco minutos vuelve a entrar. Me pregunta cuál es la talla de preservativos más grande que tengo, ya que la 69mm le aprieta. La de 69mm es la XXL, la más grande que tengo. Le ofrezco mirar en la web, y encuentro unos de 74mm que se podrían pedir. Dice que 5mm no harán mucha diferencia y decide probar con los de 69mm pero de una marca diferente a los que suele probar. No sé si espera un aplauso o una medallita. Insiste un poco en si puedo echar un vistazo para estar seguro, pero ya ni siquiera pronuncio palabras, sólo meneo la cabeza de lado a lado con cara de póker: eso debería bastar. Por fin se marcha no muy convencido pero orgulloso de su miembro viril. Hay que joderse. ¿Ven que hay gente para echarle de comer aparte?... Necesito dos minutos en el baño para reponerme de ésta. Aprovecho y hago el mini *break*.

Mini *break* hecho, dos minutos cronometrados -soy una enferma de las mediciones, y además me siento observada-, reposición de productos *express*, y ya estoy lista trapito en mano para seguir. Al final tengo que soltar el trapo porque empieza a haber mucho movimiento. Es política de empresa hacer la mariposa: os explico lo que es. Es revolotear por la tienda observando a los clientes para evitar robos. Es decir, finges que haces algo aquí y allá, para que parezca natural, pero en realidad, sólo estás observándoles. Tocas una caja, meneas un huevo, pasas un dedo a la estantería, o simplemente estás ahí, puesta, repartiendo alternativamente el peso de tu cuerpo de una pierna a la otra, y esperando. Por supuesto, todo esto después de haber ofrecido tu ayuda. Y atenta a que no entren más de tres, porque hay que llamar por teléfono urgente para que vean las cámaras, por las dudas que alguien decida robar. Si justo entran tres,

cuatro o cinco y te pilla hablando con algún cliente, estás en el horno. Debes excusarte, correr al teléfono, y llamar. A veces esto es complicado. Sobre todo cuando tu prioridad está en el cliente. Pero al final, aunque me agota, hago la mariposa. Me siento como un asesino en serie a acecho, pero ejecuto esta función de todas formas.

Lo que queda del día y de las vacaciones de Semana Santa, es desenfrenado. No paramos de atender, envolver, despachar, cobrar, limpiar, reponer, comprobar vibradores, y hacer la mariposa.

Hablando de mariposas... Justo entra una clienta preguntándome en francés por “*un papillon*”. Esa la sé. La he repetido en Duolingo un sinfín de veces. Una mariposa. Es un estimulador del clítoris planito, como para poder utilizarlo durante la penetración. O, si es con mando remoto, llevarlo puesto y jugar en público (de este tipo de juguetes hay un montón y están muy de moda). Esta clienta en concreto quería *un papillon* sencillo y barato, con mando no remoto. Acabo encargándoselo *online* ya que en tienda no hay. Aunque, es tan barato que tengo que cobrarle gastos de transporte. La señora reniega en francés, mascullando cosas como “*incroyable*” y “*ce n’est pas possible*”, que entiendo perfectamente y con una sonrisa le digo “*Je suis désolé, politique d’entreprise*” -lo siento, política de empresa-, y me quedo tan ancha, ya que yo no hago las reglas. Al final la convengo de que le sale más a cuenta comprar un lubricante, y así no paga gastos de envío. Y su malestar se disipa, a la par que pronuncia un “*merci beaucoup*”, y se marcha feliz. Prueba superada. Estos son los momentos en que adoro al pájaro verde.

Con respecto a estos juguetes para jugar a distancia, se venden como churros en todas sus variantes: huevo vibrador, estimulador doble, estimulador triple -ya tú sabes-, desde veinte eurillos con pilas hasta ciento cincuenta, dependiendo, marca, modelo, prestaciones, mando remoto o aplicación móvil. “Que sí. Que puedes estar aquí y tu novio o novia en China, y puede manejarlo”, comento, y la gente se queda atónita. Hay mujeres que se lo regalan al marido para “hacer el fútbol más ameno” -literal-. Ya que el marido no se despegue de la pantalla, por lo menos que le dé al botoncito mientras tanto, y eso que se llevan. Hay alguna pareja gay que se ha llevado un huevo vibrador con mando remoto y *app*. ¡El huevo no tiene tope! Si acabaron en urgencias, ya no lo sé. Pero, no se puede estar en todo. Somos adultos. No puedo cuidar a los clientes como si fueran mis hijos. Como veis, las notas de color son muchas y variopintas.

Ya solo queda el domingo de resurrección, y milagrosamente, seguimos vivas y con el espíritu, la paciencia y la moral intactas, o casi. ¡Somos una joya! Debemos estar orgullosas de nosotras como dependientas: cuando uno ve tanto pasota, tanto dependiente que no le importa nada, que trata mal al cliente, carente de tacto y/o educación, ahí vemos realmente lo bien que estamos haciendo nuestro trabajo. ¡Un ole por nosotras!

Ha estado bien la avalancha de clientes: no echo de menos en absoluto a “don trapito” y al desinfectante. Mi cuerpo está cansado, eso sí. Hay que tener en cuenta, que no es sólo el cansancio físico de estar de pie tantas horas y de hacer todas las tareas que tenemos que hacer; sino el cansancio mental, de hablar con tanta gente, en tantos idiomas, de resolver dudas, problemas, quejas, consultas, agobios varios... De estar observadas, y ser juzgadas a diario... Comer mal y rápido, o no comer. Y el cansancio energético que sin duda ocurre en un plano sutil, ya que estamos en contacto con una enorme cantidad de personas por día, y cada uno trae

su energía. Así que, aunque ha estado bien un poco de acción, ya deseo que se acabe la Semana Santa.

MAYO. HUELE A VACACIONES.

Acaba la Semana Santa y quedo crucificada: menos mal que vendrá la resurrección. Estoy tan cansada que mi *Face ID* del móvil no me reconoce. Hago un chequeo rápido de mi Pollyanna interior: se está poniendo las botas -expresión española que significa algo así como “hartarse de algo placentero”. Pero además, literal: se está poniendo las botas de montaña porque se viene el Camino de Santiago. Está decidido. Vamos a caminar y respirar, respirar y caminar. Sin Tinder. Sin Duolingo. Sin dildos, ni succionadores, ni *plugs*. Sin cámaras de vigilancia. Sin regañinas. Una auténtica comunión con la naturaleza y de cierta manera, un acto de fe y valentía, ya que abrazaré la incertidumbre total. Un pie delante de otro, sin saber lo que me traerá el camino, ni el destino. Me tomaré dos semanas de vacaciones para caminar. Aunque aún me queda.

Tres semanitas más faltan para mi *reset*, así que tengo que ponerle onda. Intentaré no exigirme tanto en la tienda: si la simetría en las estanterías no es perfecta, bueno. Si hay una pelusa detrás del expositor, me lo perdonaré también. Y si alguien me regaña, respiraré y lo mandaré a *la reconcha de la lora* mentalmente.

Tengo que contaros que he mejorado en muchos aspectos. Por ejemplo, mis uñas ya no son un cacho de plástico: he conseguido que a base de esmalte efecto gel de Mercadona -por supuesto-, vayan creciendo. Alguna vez se me rompe alguna, pero bueno. Es un mal menor.

Otra cosa es que sin Tinder, tengo más tiempo para Duolingo: llevo dos semanas en la Liga Diamante y el pájaro verde está feliz. En cuanto a mi aprendizaje de francés, bueno, si puedo usar algún día en mi vida frases como “Mon cochon est noir”-mi cerdo es negro- o “Je mange une pomme vert” -yo como una manzana verde-, habrá valido la pena.

Y sigo enumerando cosas positivas. La bola gigante en mi útero ya se sabe que será extirpada, con su envase incluido. Aún no se sabe cuándo, pero al menos he conseguido que me agenden una laparoscopia, y no me rajen al medio: esto es motivo de alegría. Da un poco de miedo; pero confiaré en el proceso y despediré con gratitud al órgano maravilloso que me ha permitido crear a mis bellos hijos.

Hago un repaso de mis citas, y no ha estado mal después de todo: he aprendido mucho de mí. Estoy tranquila y llena de esperanza.

Carlos ha venido un día a ayudarme con una lámpara en casa. No me desatascó las tuberías -mal pensados-. Dimos una vuelta con Bobby y la pasamos bien. Al final, gané un amigo, un manitas y un perro.

El Super Sandero, después de casi mil euros de mantenimiento y reparaciones, está listo para llegar a los quinientos mil kilómetros. ¡Vamos!

Mi romance con el mar va viento en popa y no echo nada de menos a Bronte.

Ya no tomo Maca ni triptófano (de momento). Aunque la B12 es imprescindible siendo vegetariana.

Mi pingüino Tony está bien. Gracias.

Mis queridos hijos están sanos y construyendo sus sueños. Los echo de menos, pero, apenas pueda, me escaparé a Madrid a verles. O, aguantamos un tironcito más, y que vengan ellos a verme a la playita. Mucho mejor.

Me doy cuenta de las innumerables razones que tengo para estar -ser- agradecida y feliz. Pollyanna se viste de fiesta y yo, con una sonrisa, realizo día a día mis quehaceres. Sobre todo porque se ha disipado el miedo, y un oleaje de confianza y esperanza llega a la playa de mi mente, transformándola poco a poco.

Mientras transcurren los últimos días de trabajo antes de las merecidas vacaciones, procuro caminar cada día para no hacer el camino tan novata. Mi cuerpo se siente más liviano y el trabajo se hace más llevadero. Al final, sólo se trata de respirar y caminar, y me olvido de esto una y otra vez.

Empiezo a cantar, cada vez más alto. Mi voz se va abriendo camino. Como cuando la luz se va colando por rendijas y pequeños orificios, y lo va inundando todo. Incluso en la tienda, cuando no hay nada de movimiento, canto. Ya no canto tan bajito. Canto. Los vibradores y *plugs* me sonríen. Los dildos parece que se ponen más derechos. Las luces de colores se hacen más brillantes. Parece que las muñecas se mecen también al compás. Me siento como Blancanieves pero en una peli XXX.

He descubierto una nueva canción en el hilo musical que me encanta; no es tan lacónica y la estoy aprendiendo. *“And I'll rise up, I'll rise like the day, I'll rise up, I'll rise unafraid, I'll rise up, And I'll do it a thousand times again. And I'll rise up, high like the waves, I'll rise up, in spite of the ache, I will rise, And I'll do it a thousand times again”* (Y me levantaré, me levantaré como el día, me levantaré sin miedo, me levantaré. Y lo haré mil veces más. Y me levantaré, alto como las olas. Me levantaré a pesar del dolor. Me levantaré, y lo haré mil veces más). Gracias Andra Day.

Pronto escribiré una canción sobre mi camino vital. Se llamará “Yo soy”, y sé que algún día verá la luz.

EL CAMINO

La luz de mayo es hermosa. La primavera está super instalada y todo huele a jazmines y a galán de noche. Caminar por la calle es embriagador.

Resumiendo mi vida animalista, he sido camaleón, puercoespín, murciélago -¡y vampiresa!-, morsa, oso, pájaro, oruga, mariposa, y pronto seré caracol: llevaré mi casa a cuestas recorriendo el camino. Ya queda menos.

Los últimos días, preparo el viaje, sin prisa pero sin pausa. Tengo una mochila, y algo de ropa. Mi poca experiencia peregrina me ha llevado a poner vaqueros cortos y largos y camisetas de algodón; luego sabré que es la peor ropa para el camino. Tengo botas de montaña y unas zapatillas gastadas, de esas que sé que no volverán a casa. Y un neceser importante con cosmética: no quiero volver arrugada y seca como un papiro.

Planifico mis etapas sin mucho conocimiento y con una alta dosis de optimismo: un promedio de treinta kilómetros diarios para que me dé tiempo a conocer Finisterre luego de Santiago. Luego sabré que me he pasado de rosca, y que pueden doler las rodillas y salir ampollas, y tendré que re-planificar las etapas. Como en la vida misma: prueba y error, ajustar el rumbo, y adaptarse.

He elegido el camino del norte porque quiero estar más bien sola y porque está más cerca del mar. Y también porque quiero volver a Ribadeo, lugar donde estuve hace muchos años, cuando estaba de gira con un musical, y que me ha encantado.

Tengo el billete de ida a San Sebastián, que siempre quise conocer, aunque luego iré a Gijón, donde comenzaré a caminar. Y tengo la vuelta en avión desde Santiago. Tengo una fe ciega en que conseguiré caminar todo el Camino, valga la redundancia, y que será maravilloso. Luego sabré que así fue.

No contaré en este relato mi Camino de Santiago; ése es otro relato aparte. Pero sí contaré que me trajo el amor.

Eso que andaba buscando al principio de este relato, y desde mucho antes también -aunque casi lo tuve, no digo que no-. Ese tipo de amor, hombre-mujer, mujer-hombre.

El Camino transcurrió con *ups and downs*, peregrinos y peregrinas, piedras en el camino, cuestas, pendientes, barro y mucha lluvia; risa y llanto; canciones, amaneceres y atardeceres; comidas ricas y copiosas, y algunas pobres; sin interrupciones del bendito-maldito teléfono móvil, y mucha paz. Algún encontronazo con perros salvajes, y algún dolor físico, pero nada imposible de superar. El Camino trajo aprendizaje y paz.

El día previo a llegar a Santiago vi a un muchacho tomando un café, solo, en un bar en el camino. Una fuerza superior hizo que lo viera; es como si su alma me hubiese llamado. Le comenté a mis compañeras un poco en broma, -en las últimas etapas sí que me uní a unos peregrinos y unas peregrinas encantadoras, no soy tan antisocial-, “Éste es mi tipo de hombre: nórdico”.

Más tarde, ese mismo día, cerca del albergue, fuimos a comer, y allí estaba él, en la mesa de al lado. Una de las peregrinas me introdujo y se fue. Cruzamos cuatro palabras y una mirada. Yo creo que la niña en mí vio al niño en él. Porque, convengamos, que ninguno de los dos estábamos en nuestro mejor momento: sudados, pelo terrible; unas pintas de linyera que no veas; mis piernas todas cubiertas de arañazos -tuve un episodio de cuerpo a tierra y arrastrarme por zarzas unos días antes que no puedo contar aquí-, las uñas, ni te digo: no cachos de plástico ni gel de Mercadona. En fin. Un cuadro de Picasso. Pero ambos nos vimos, creo, de manera inocente. Una semilla se plantó en nuestros corazones con esa mirada. Y la semilla fue regada con dos frases: la primera, decía que él vivía en la misma ciudad que yo -¡por suerte no vivía en Estocolmo!, que es lo que mi mente prejuiciosa pensó-. Y la segunda frase, me pedía el teléfono -en inglés, ya que no domino el sueco ni él el español- para salir, algún día, una vez acabado el Camino y recuperadas las piernas.

Yo no sabía si llamaría o no, pero no importaba. No tenía expectativas. Es el efecto Camino. Pero, mientras terminábamos el camino, cada uno por su lado, y volvíamos a nuestras vidas, y recuperábamos las piernas, se tejía otro plan, fuera de mi mente. Sí pude oír a unos angelotes reírse. Menudos cabritos: yo acá comiéndome el coco durante un año, y ya lo tenían todo pensado.

Fin.

Y, cómo no, un nuevo comienzo.